3 1761 06743214 6

Digitized by the Internet Archive
in 2010 with funding from
University of Toronto

http://www.archive.org/details/manueljosquint00pi

MANUEL JOSÉ QUINTANA

(1772-1857)

ENSAYO CRÍTICO Y BIOGRÁFICO

POR

ENRIQUE PIÑEYRO

PARÍS
LIBRERÍA A. BRIQUET
40, Boulevard Haussmann, 40

MADRID
LIBRERÍA GUTENBERG
14, calle del Príncipe, 14

1892

MANUEL JOSÉ QUINTANA

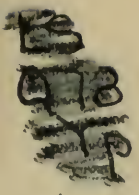
DEL MISMO AUTOR

Biografía del General San Martín (*New York,* 1870).

Morales Lemus y la Revolución de Cuba (*New York,* 1871).

Estudios y conferencias (*New York,* 1880).

Poetas famosos del siglo XIX (*Madrid-Paris,* 1883).



MANUEL JOSÉ QUINTANA

(1772-1857)

ENSAYO CRÍTICO Y BIOGRÁFICO

POR

ENRIQUE PIÑEYRO

377817
29.3.40

PARÍS
LIBRERÍA A. BRIQUET
40, Boulevard Haussmann, 40

MADRID
LIBRERÍA GUTENBERG
14, calle del Príncipe, 14

1892

PQ
6558
P5

AL DISTINGUIDO ESCRITOR CUBANO

RESIDENTE EN BOGOTÁ

RAFAEL M. MERCHAN

SU AMIGO Y PAISANO

E. P.

MANUEL JOSÉ QUINTANA

I.

QUINTANA Y LAS AMÉRICAS. — SUS JUECES EN ESPAÑA. — FALTA DE UNA EDICIÓN COMPLETA DE SUS ESCRITOS.

A sus grandes merecimientos como poeta, como prosista y como hombre público, añadirá siempre Quintana para los americanos el honor de ser uno de los pocos que en España han tratado asuntos de América con imparcialidad completa y viva simpatía; de los muy contados, en los cuatro siglos transcurridos, que dieron prueba de espíritu bastante superior para desdeñar prevenciones de egoísmo nacional, miramientos de pequeño, intolerante ó mal entendido patriotismo, y proclamar

la verdad tal como ante sus ojos aparecía, sin que ni el más suspicaz hubiese nunca podido sorprender en sus actos ó sus escritos el deseo mezquino de atraer la atención pública y singularizarse.

Animáronle durante toda la vida esos sentimientos. En 1797, á la edad de veinte y cinco años, en la primera (cronológicamente considerada) de sus grandes odas, hace pronunciar á Juan de Padilla aquellos inolvidables versos contra los tiranos del siglo XVI, « el siglo vil á quien mi muerte infama », en los cuales palpita el recuerdo de toda una raza desaparecida, la raza que poblaba en tiempo de la conquista las islas del golfo de Méjico, y de que apenas se conserva en alguna de ellas ligerísimo vestigio :

Ni al Indio pudo
Guardar un ponto inmenso, borrascoso,
De sus sencillos lares
Inutil valladar : de horror cubierto
Vuestro Genio feroz hiende los mares
Y es la inocente América un desierto.

El mismo sentimiento continuaba de idéntica manera dueño de su espíritu cuando, cerca de diez años después, prorrumpe, al comenzar la oda á la Expedición que llevaba á América la vacuna, en aquellas dos famosas estancias, honra de la literatura castellana, que contará otras iguales, ninguna más hermosa, y que todo americano aprende en la infancia y guarda siempre frescas y brillantes en la memoria.

Y que esas palabras magníficas no fueron recurso retórico ni pasajera excitación de vate lírico, lo prueban, no sólo multitud de páginas en las biografías posteriormente escritas de Balboa, Pizarro y Casas, las mejores de sus « Vidas de los Españoles célebres », sino igualmente otras frases claras y terminantes, que en ocasiones muy señaladas deliberadamente consignó.

Encargado, durante su residencia en Cádiz, en 1810, de redactar el manifiesto de la Regencia para anunciar en América

la convocación de las Cortes y la futura elección de diputados, condensó en una sentencia la opinión que como hombre imparcial tenía sobre el régimen colonial que la metrópoli había practicado durante tres siglos en el Nuevo Mundo : — « Desde « este momento, españoles americanos, os « veis elevados á la dignidad de hombres « libres; no sois ya los mismos que antes, « encorvados bajo un yugo mucho más « duro mientras más distantes estabais del « centro del poder; mirados con indife- « rencia; vejados por la codicia y des- « truídos por la ignorancia. » — ¡Qué inesperada, qué extraña mudanza de las cosas debió parecer tan justa y enérgica condenación de tres siglos de desgobierno, pronunciada en nombre de quien en ese momento representaba la autoridad soberana y continuaba la larga serie de reyes de España y de sus Indias! Tardía compensación que plugo á la suerte adversa ofrecer á la maltratada América! Tocó á Quintana el alto y peligroso honor de for-

mularla, lo aceptó sin miedo, lo desempeñó con su habitual energía, pero pronto hubo de pagarlo á precio excesivamente caro. Cuando, un año más tarde, enemigos políticos y envidiosos literarios se juntaron para perderlo ante las Cortes y ante la opinión pública, exhumaron esa frase de la proclama y lo acusaron, entre otros cargos, de haber contribuído á la insurrección de las Américas. Comparadas las fechas, ni aun aparentemente podía subsistir semejante acusación, que era además en el fondo un despropósito. De causa tan mínima no había de provenir efecto tan vasto; á producir la revolución americana concurrieron, es claro, infinitos elementos y siglos de gestación, y el mismo manifiesto de la Regencia llegó al otro lado del Atlántico en medio de tal agitación que, á despecho de su elocuente lenguaje, apenas fué advertido. Mas la especie echada á volar cayó en terreno adecuado para fructificar. La jauría de detractores, á cuya cabeza se puso Cap-

many, el autor de la *Filosofía de la Elocuencia,* se cebó furiosa contra su talento, su reputación, su patriotismo; las Cortes mismas atendieron á los feroces ladridos, y en sesión pública se infirió al gran poeta el agravio de desaprobar el empleo y los honores, con que la Regencia deseaba premiar sus eminentes servicios.

Antes de la votación final ya había él renunciado al puesto disputado, y de la inmerecida afrenta apeló al público, por medio de un impreso en *Contestación á los rumores y críticas que se han esparcido contra él en estos días,* en el cual trató de desvanecer los cargos políticos, dejando en la sombra los ataques literarios. Capmany furioso replicó agravando las injurias, y como no podía Quintana provocar un lance personal, porque ni estaba en su carácter ni era decente con adversario de setenta años de edad; como tampoco había de establecer querella ante las Cortes, que sostendrían indudablemente á Capmany, que era un legislador, contra

un simple empleado como él, determinó callarse.

El suceso en nada alteró su modo de mirar los asuntos americanos. Al dar á luz en 1833 el tomo último de su principal obra histórica, que contenía la biografía de Bartolomé de las Casas, juzgó su deber afirmar en la Introducción, con tristeza, pero con la sinceridad de todos sus actos y palabras, la misma opinión emitida cuarenta años antes por boca de Juan de Padilla. Es un párrafo notable por la nobleza de las ideas y como exacto reflejo del alma elevada de Quintana :

« Glorioso fué sin duda para nosotros « el descubrimiento del Nuevo Mundo ; « blasón por cierto admirable, pero á « cuánta costa comprado ! Por lo que á mí « toca, dejando aparte por no ser de aquí, « la cuestión de las ventajas que han sa- « cado los europeos de aquel acontecí- « miento singular, diré que dondequiera « que encuentro, sea en lo pasado, sea en « lo presente, agresores y agraviados,

« opresores y oprimidos, por ningún res-
« peto de utilidad posterior, ni aun de
« miramiento nacional, puedo inclinarme
« á los primeros ni dejar de simpatizar
« con los segundos. Habré puesto pues en
« esta cuestión histórica más entereza ó
« desprendimiento que el que se espera
« comúnmente del que refiere sucesos
« propios ; pero no prevenciones odiosas
« ni ánimo de injuriar ó detraer. Demos
« siquiera en los libros algún lugar á la
« justicia, ya que por desgracia suele
« dejársele tan poco en los negocios del
« mundo. »

A pesar de su gloria, de sus servicios, de la patética dignidad de esas y otras palabras, no todos le perdonaron la franqueza de sus opiniones. Basta como prueba de ello recordar que cuando apareció en 1852, con el título de *Obras completas* de Quintana, el tomo XIX de la Biblioteca de Autores españoles de Rivadeneyra, trajo al frente á guisa de prólogo un artículo espontáneamente ofrecido por don Antonio

Ferrer del Río, discípulo, amigo y « sincero admirador » — como se llamaba, — en que sin rodeos califica de exageradas y demasiado severas opiniones de Quintana, y citando con inexactitud desdeñosa[1] la frase famosa del Manifiesto á los americanos, agrega : « *Como si* hasta entonces « hubieran sido esclavos, *como si* las leyes « de Indias no fueran una elocuentísima « protesta *contra las declamaciones* que « han producido la independencia y la « ruina etc. » Acaso no exista ejemplo igual de términos tan poco amables, con tanto magisterio formulados, precediendo á obras que se pretenden recomendar y encarecer : las ropas de discípulo y admirador con que se viste el censor, la ocasión, la diferencia de edad y títulos litera-

1. Ferrer del Río cita de memoria, sin ajustarse al original, y cae además en inexactitud porque endosa á la Junta Central el Manifiesto expedido á nombre de la Regencia, y porque añade : « que se atribuye al señor Quintana », cuando desde el año siguiente (1811) estaba públicamente reconocida la paternidad, en el folleto que hizo imprimir en contestación á sus detractores.

rios, hacen más grave y excepcional el caso; aun sin recordar que millones de personas están muy convencidas todavía en América de que sus padres fueron hasta entonces esclavos en el sentido político del término, como esclavos de Roma fueron antepasados de los españoles ó de los franceses modernos, sin que en esto haya honra ni desdoro especiales para nadie, pues es un modo de decir más ó menos fundado en un hecho histórico. Las decantadas leyes de Indias, que no conocería Ferrer del Río mejor que Quintana, son en gran parte una ilusión; dictadas en la metrópoli, no eran siempre obedecidas del otro lado del Océano, ni en su espíritu ni en su letra; al llegar tenían á menudo perdida su principal virtud por razón de la lejanía, y la fuerza que por ventura les quedase se desvanecía en presencia de virreyes, presidentes, oidores y capitanes generales, á poco que se hallase en pugna con intereses establecidos.

Si tales amenidades pudieron decirse en

vida de Quintana y en su propia casa, sin escrúpulo de agraviarlo y mortificarlo, nadie extrañará tampoco que el distinguido literato que le sucedió en la Academia de la lengua creyese indispensable hablar en el discurso de recepción de su *extraviada* filosofía; que, para motejarla mejor, usase armas por Quintana mismo forjadas, y retorciendo uno de sus versos dijese que la perniciosa doctrina era *crimen de su tiempo, no suyo*[1].

En cuanto á la coronación, al acto ruidoso en que se dignó la reina de España ceñir las sienes del venerable anciano de ochenta y tres años con hojas de laurel de oro costeadas por pública suscripción, no puede haber dos distintos pareceres: fué un suceso perteneciente á la historia política, un alarde de triunfo del partido político que acababa de encumbrarse al poder. Sin seguir al señor Cueto, en el discurso

1. Discursos leídos ante la Real Academia Española el día 14 de Marzo de 1858. Madrid, 1858. Página 35.

de recepción en la Academia que acabamos de citar, donde sostiene que *la nación* consideró el acto « como una especie de anacronismo », confirman lo reducido del papel que en la pieza tocó á las musas austeras de la poesía ó de la historia, el artículo de los redactores del diario *La Iberia* que lanzaron el proyecto, y el no encubierto desvío que hasta el fin mostraron muchos escritores, academias y corporaciones[1]. Quintana así lo comprendió : sin afectación innecesaria de modestia dijo, en la breve y admirable oración que preparó, que era aquello « más bien una ceremonia cívica que la « coronación de un poeta », y aprove-

1. Coronación del eminente poeta D. Manuel José Quintana. — Madrid, impreso en las máquinas de M. Rivadeneyra, 1855. En 4°. — Véase la página 20 del artículo suscrito : V. Barrantes. — En ese artículo además (pág. 12) se habla de Quintana como « el infatigable *diputado* y periodista de Cádiz » ; y en el discurso de Calvo Asensio (pág. 28) se le supone proscrito y trabajando « entre las nieblas del Támesis ». Todo lo cual prueba bien que la política, no la erudición histórica y literaria, intervino en ese acto.

chando gustosísimo la ocasión de afirmar esa última vez su inalterable amor á los principios liberales, agregó que para él la patria y la libertad eran una misma cosa, y que los españoles tuvieron patria cuando se alzó en Madrid, medio siglo antes, « el pendón de la libertad y la independencia ».

Hasta quince años después de su muerte no se imprimieron los manuscritos que dejó inéditos[1], y, víctima siempre del mismo sino, confirióse el encargo de apreciarlos y presentarlos al público á un escritor de indudable valer, pero de opiniones filosóficas y políticas diametralmente contrarias, que repitió en otros términos los reparos hechos ya por el señor Cueto, y adujo nuevamente consideraciones de un todo fuera de lugar, en soñada atenuación ó disculpa de ideas ú opiniones que, á aquella hora y aquella distancia, ciertamente no las necesitaban.

1. Obras inéditas del Excmo. señor D. Manuel José Quintana, precedidas... de un juicio crítico por el Ilmo. Señor Don Manuel Cañete. Madrid (1872).

En realidad no hay todavía edición completa de sus escritos, y bien de celebrar sería que alguien la emprendiese, reuniendo todas las poesías que se encuentran desparramadas, colocándolas en lo posible conforme al orden cronológico, agregando á lo ya coleccionado los artículos publicados en las *Variedades de Ciencias, Literatura y Artes,* algunos de *El Semanario Patriótico,* el folleto de 1811 *Contestación á los rumores y críticas,* aquellas de las proclamas y manifiestos de la Junta Central y la Regencia que constan como suyas, según los datos contenidos en la *Memoria* sobre su proceso y prisión inserta en las *Obras inéditas,* proclamas que Alcalá Galiano con mucha verdad calificó de « odas en prosa[1] », y todo lo demás en fin que buscando con esmero llegaría á encontrarse. Esa empresa, no intentada en España, pudiera realizarse en América;

1. Discursos leídos ante la Real Academia etc. Página 63.

con ella se prestaría muy señalado servicio á las letras, se rendiría á la memoria del ilustre autor adecuado homenaje, y quedaría en cierto modo pagada una deuda de gratitud, que es lástima dejar « flotante » y desatendida.

II

NACIMIENTO. — PRIMEROS ENSAYOS : POESÍAS IMPRESAS EN 1788. — EPÍSTOLA DE 1790. — LAS REGLAS DEL DRAMA Y LAS NOTAS DE 1821. — INGRESO EN LA VIDA PÚBLICA. — VERSOS Á LA PAZ DE 1795. — SITUACIÓN POLÍTICA. — EL PRÍNCIPE DE LA PAZ. — LA FILOSOFÍA DEL SIGLO Y LA ENCICLOPEDIA. — INFLUENCIA POÉTICA DE GESSNER Y THOMSON.

Quintana historiador, crítico literario, autor dramático, periodista, es siempre digno de atención y aplauso; pero la admiración de la posteridad se concentra en el poeta, sus versos forman la gloria principal, la aureola fulgente que circunda sus sienes. El genio lírico que lo arrebata, lo conduce por alturas desde donde pare-

cen mucho menores sus otras cualidades. Aunque produjo número relativamente corto de composiciones, de las cuales no más de unas doce son de orden superior, es su nombre el primero entre los líricos castellanos, y mientras la lengua exista, serán sus versos leídos y admirados, cualesquiera que fuerén los caprichos ó las revoluciones del gusto. En el género que casi únicamente cultivó, el más elevado de la poesía lírica, ninguna otra voz le vence, quizás ninguna le iguala, ni la voz celestial, de timbre más apagado de Luis de León, ni la voz robusta de Fernando de Herrera más artificiosa, de menos directa sinceridad. Su influencia es notoria é innegable sobre cuantos después han venido y seguido el mismo ideal poético, á partir de Gallego, su contemporáneo, hasta Núñez de Arce en nuestros días; en América, el ilustre ecuatoriano Olmedo, los cubanos Heredia y Gertrudis Avellaneda, varios otros en las demás regiones, son ó sus alumnos ó sus continuadores.

Es en suma el gran poeta español de toda una época, del período que desde el reinado reformador de Carlos tercero va hasta muy entrado el siglo XIX; la fecha de su nacimiento en Madrid, el 11 de Abril de 1772, corresponde precisamente al momento en que empezaba á revivir la poesía lírica española, exánime y abandonada desde antes de acabar el siglo XVII, herida de muerte por la infelicidad de los tiempos y por el ejemplo pernicioso de Góngora y sus discípulos. Comenzó ese renacimiento en la ciudad de Salamanca, antiguo asiento de célebre y ya bien decaída Universidad, donde en 1771 se reunieron Cadalso, entusiasta é ilustrado capitán de ejército, y el sabio Maestro Diego González de la orden de San Agustín, formando el núcleo de un grupo de cultivadores de la poesía; en 1772, que nació Quintana, estaba ya agregado al grupo un joven de diez y ocho años llamado Meléndez Valdés, que prometía ser verdadero artista, no simple aficionado

como Cadalso ó como González, y con él la poesía española desplegó las alas y emprendió nuevamente el vuelo.

A Salamanca fué Quintana enviado por su padre, no con motivo de la inesperada primavera poética cuyas flores anunciaban ya frutos sazonados y jugosos, sino para que estudiara y adquiriera grados universitarios, que lo habilitasen para seguir como él la carrera de empleado público. Fué un favor de la fortuna (uno de los pocos que le debió en el curso de su larga existencia) que coincidiesen la época de su educación juvenil y la parte final del reinado de Carlos III, período excepcional en que llegó España « á un grado tal de prosperidad y cultura » que se concibieron con razón grandes esperanzas para un próximo porvenir. Aunque las promesas resultaron falsas y todo vino á ser como relámpago seguido de más densa oscuridad, el beneficio sirvió, por lo menos individualmente, de provecho á muchos, y en el año mismo (1788) en que murió

el bien intencionado monarca, y ocupó el trono su hijo el inútil Carlos IV, inauguró Quintana su carrera literaria, publicando un pequeño volumen de versos escritos á los quince años de edad [1].

Comprende esa temprana colección once composiciones, de las cuales ninguna alcanzó el honor de ser incluída en las cuatro ediciones de sus obras poéticas por él mismo dispuestas en diferentes momentos de su carrera [2]. Si en cuanto á las

1. Poesias de D. Manuel Joseph Quintana. Madrid — MDCCLXXXVIII — En la oficina de Benito Cano — Un tomito de 71 páginas. — La edición debió ser de muy corto número de ejemplares, ó quizás el autor mismo recogería alguna parte después, porque son tan escasos, que no existe ninguno en las bibliotecas públicas de París ni de Madrid, y se nos informa por persona competente que en esta última capital no se encuentra tampoco en ninguna colección particular. No conocemos más ejemplar que el que perteneció á Ticknor y se conserva en la Biblioteca pública de Boston.

2. 1802. Imprenta Real, 1 vol. (XII-170 páginas). — Poesías de D. Manuel Josef Quintana.
1813. Imprenta Nacional. 1 vol. (253 páginas). — Nueva edición aumentada y corregida.
1821. Imprenta Nacional. 2 vol. Tercera edición aumentada y corregida. — El tomo II contiene las tragedias y las Reglas del Drama.

fechas no es excesivamente grande la distancia, en cuanto al mérito un abismo las separa de las demás. Las grandes cualidades de su genio poético, el vigor de la entonación, la exactitud y sobriedad de las imágenes, la elevación de las ideas, la serenidad del espíritu, no son de las que surgen rápidamente y pronto crecen ; no entra Quintana en el número de los que, como el angloamericano Bryant ó el cubano Heredia (prescindiendo de otros ejemplos, que no faltan en las literaturas europeas) han producido, antes de pasar el límite en que la ley romana fijaba la plena pubertad, composiciones notables, que se distinguen y sobresalen, aun reunidas con las mejores que después hayan escrito, v. g. la solemne meditación de Bryant sobre la muerte (*Thanatopsis*), ó la

1852. Biblioteca de Autores Españoles. Tomo décimonono. — Obras completas del Excmo. Sr. D. Manuel José Quintana. Imp. y Estereotipia de M. Rivadeneyra, 1852.
Todas de Madrid.

no inferior de José María Heredia enfrente de la pirámide de Cholula en Méjico.

Una cosa empero es producir precozmente lo muy bueno, y otra manifestar desde temprano felices disposiciones. En estas poesías de los quince años hay ya algunos versos en que vagamente despunta el vate futuro ; la oda, por ejemplo, « recitada en la Real Academia de San Fernando el 14 de Julio de 1787 » tiene la siguiente estrofa, segunda de la composición :

Y tú, rabel humilde, que ya un día
Entonaste en las húmedas riberas
Del Tormes abundoso
Las canciones que Apolo luminoso
Alegres me inspiraba y placenteras
Baxo de alguna cavidad sombria,
De un alto Fresno quedarás pendiente
En tanto que celebra heroycamente
La cítara atrevida
La gloria de la patria esclarecida.

Esto no es precisamente plausible, pero

en tan corta edad algo supone mantener una estancia entera en el mismo levantado diapasón. El tomo lleva al frente una dedicatoria en endecasílabos sueltos, llena de alabanzas al Conde de Florida Blanca, en que anuncia el joven autor que se arranca á los halagos de la poesía por penetrar « en el templo de Themis », por donde sabemos con fijeza que comenzó en 1788, año de la impresión del tomo, sus estudios de derecho [1].

1. He aquí los títulos de las once composiciones, y los metros en que están escritas: — Dedicatoria al Exmo. Señor Conde de Florida Blanca. — Carta de Matilde Condesa de Boloña á Alfonso tercero rey de Portugal (ambas en endecasílabos libres). — Oda recitada en la Real Academia de San Fernando (silva). — Elegía (tercetos). — Oda I. A un opulento avaro. — Oda II. A Filena (la primera en estrofas de siete versos, la segunda en liras de cinco). — Silva I. A una garganta. — Silva II. La Ausencia. — Romance. A Thirso. — Romance. A la esperanza. — A la inocencia (versos de seis sílabas no rimados)

Dos versos de la silva « A una garganta » dicen así:

Tú añades magestad y gentileza
A la hermosa cabeza,·

casi iguales á los que se encuentran en la poesía titulada *La Danza: A Cintia*, de la edición de 1802:

Y el cuello desviando
Blandamente hacia atrás, das gentileza
A la hermosa cabeza...

Pero, como sucede siempre, el instinto ó vocación natural se sobrepuso á las buenas intenciones y no impidió Temis que en 1790 recitase, otra vez en la Academia de San Fernando, la epístola á un pintor insigne[1], y que en 1791 compusiese un poema didáctico en tercetos, *Las reglas del drama,* para un concurso abierto por la Academia Española. A pesar de que no obtuvo el premio es esta última la única de sus producciones juveniles reconocida en la madurez; habiendo tropezado en 1821 con un antiguo borrador extraviado, la insertó al final del segundo volumen de la edición

La más larga de todas, la carta supuesta de Matilde esposa repudiada de Alfonso III, que cuenta 267 versos, no es la mejor, á pesar de su extensión y de ser la especialmente ofrecida á Floridablanca, como lo expresa el final de la Dedicatoria:

> Tú, entretanto, Munífico Mecenas,
> Del Imperio Español digna coluna,
> Escucha atento los lamentos tristes
> De una infeliz...

1. Insertada en el tomo 67 de la Biblioteca de Rivadeneyra. — Poetas líricos del siglo XVIII, — tercero de la copiosa colección dispuesta é ilustrada con gran erudición por don Leopoldo Augusto de Cueto, luego marqués de Valmar.

publicada en ese año, limpiándola, según advierte, de algunos descuidos « para hacerla menos indigna del público ». Por desgracia la revisión le quita importancia como dato histórico de la vida del autor, y sólo le deja su valor relativo como obra de arte, que por de contado no puede ser muy grande. Las correcciones de estilo y lenguaje fueron probablemente muchas, porque si se comparan algunas de sus brillantes series de tercetos con la epístola *A Valerio,* no ya con los versos de 1787, la diferencia es muy marcada. Tanto en las reminiscencias históricas, no escasas en dicha epístola, como en su carácter general, hay mucho de indeciso, de inmaturo, y nada que se acerque siquiera á los tercetos finales del « ensayo didáctico », al bello elogio de Lope y Calderón y á otros pedazos.

Las notas añadidas en 1821 serán siempre interesantes, pues su objeto principal es ir señalando con su franqueza genial las atenuaciones ó cambios, que el andar

del tiempo había causado en sus opiniones literarias, aunque sin transformarlas en nada esencial. Próximo á los cincuenta años continuaba siendo el mismo fiel seguidor de las prescripciones de la escuela clásica grecofrancesa, que á los veinte había defendido y propagado ; las divergencias entre el texto y las notas, más aparentes que reales, dependen al cabo de la diversidad de fechas, de los seis lustros que median entre el uno y las otras : signos de un grado mayor de tolerancia, de asentamiento traído por la experiencia, no de que empezasen á influir en él ideas estéticas de otra índole, como las que en esos mismos momentos provocaban polémicas é inspiraban obras nuevas en Inglaterra, en Francia, hasta en Italia, países cuyos idiomas y literaturas le eran familiares.

Residió en Salamanca hasta obtener en la universidad[1] el grado de Bachiller en

1. Véase la comunicacion del Rector y Decanos de esa

Cánones. Recibióse como abogado en 1795, año en que fué nombrado Agente fiscal de la Junta de Comercio y Moneda, en la capital, empleo que conservó hasta que á fines de 1808 abandonó todo, empleo, hogar y ciudad, al entrar los franceses en Madrid por segunda vez. Ese destino, y el de Censor de teatros que le dieron en 1806 y desempeñó por tanto dos años solamente, fueron los únicos que debió á la monarquía absoluta [1].

Su ingreso en la vida pública ocurrió en triste período de la historia de España, cuando todas las mejoras y reformas, tan laboriosamente puestas en planta por los ministros de Carlos III, fueron agostándose y perdiéndose una á una; período luctuoso de veinte años, invertidos « por la desventurada España », como dijo enérgicamente después, « en levantar, enri-

universidad, fecha Octubre 30 de 1854, en el cuaderno « Coronación del eminente poeta » etc. Madrid, 1855.

1. Obras inéditas. Madrid (1872). Páginas XI y nota á la 234.

« quecer y endiosará un hombre solo », y en el cual « las letras y los estudios eran « mirados con ceño y con desdén, á veces « perseguidos y siempre miserablemente « degradados » [1].

Ese hombre era Godoy, el omnipotente favorito que dispuso de todo y gobernó á su antojo durante el reinado de Carlos IV, y lo juzga Quintana con mayor dureza aún en la primera de las cartas á Lord Holland, en que habla de su « ominosa ineptitud », maldice la memoria de aquellos días « en que la nación se le puso de « rodillas, las mujeres le sacrificaron su « pudor, los hombres su decoro y digni- « dad ; un volver de ojos suyo alzaba, « derribaba las personas ; disponía de los « tesoros, de las provincias, declaraba la « guerra, ajustaba la paz » [2]. Estaba Quintana sin embargo condenado á iniciar su carrera de cantor de los grandes acaeci-

1. Discurso en la instalación de la Universidad Central, 1822. — Rivadeneyra, tomo XIX, pág. 197.
2. Ibid., pág. 534. Cartas á Lord Holland.

mientos públicos, de poeta pindárico, ensalzando, aunque indirectamente, á ese mismo odioso personaje, en una oda dedicada al suceso en que vinculó su pomposo título de Príncipe de la Paz. La oda « con ocasión de la paz hecha entre España y Francia el año de 1795 » — título que lleva en la edición de 1802 — le costaría quizás verdadero esfuerzo ; fué como el sacrificio propiciatorio á que las circunstancias lo forzaban en pro de su carrera oficial, en ese mismo año comenzada ; primera prueba de una larga serie de amarguras. No es una de sus buenas poesías, pero habrá siempre que notarla, no sólo por la fecha, sino porque ya en ella claramente se bosquejan algunas de sus dotes características, la entonación solemne, el lenguaje robusto, aunque el conjunto sea escabroso y la construcción laboriosa. Lo más saliente en ella, la invocación final á los montes y los mares pidiéndoles que caigan sobre el mundo y lo sepulten en castigo de los crímenes de la ambición y de

la guerra, parece demasiado enfático, en desproporción violenta con todo lo demás. No contiene por supuesto rasgo alguno de adulación vituperable ó de complaciente debilidad; es muy de aplaudirse, por el contrario, que, á pesar de la juventud del autor y de que no era en ese instante Godoy todavía el personaje antipático que fué después, diera á sus versos un carácter abstracto, teórico por decirlo así, independiente de toda influencia personal, encomiando el tratado de paz, no por méritos especiales, sino como término de los horrores de la guerra. Algo parecido hizo Cienfuegos; pero éste era ocho años mayor, y ya conocido como poeta y como hombre de entereza; no obstante, su oda vale mucho menos [1].

Es probable que bullesen ya en el fondo del ánimo de Quintana sentimientos que las circunstancias le ponían en el caso de

1. Obras poéticas de don Nicasio Alvarez de Cienfuegos, 1816. — Tomo I, pág. 69.

acallar y sofocar, y no podían ser muy diferentes de los que indignadamente expresó más tarde, en la carta á Lord Holland ya citada, cuando habla de la *guerra impolítica* con Francia, á que *sucedió la paz vergonzosa de 1795*. El último adjetivo es bien fuerte, no concuerda con la opinión de otros escritores, Lafuente entre ellos, que afirma no haber razón para calificarla tan duramente, después de haber dicho antes que la guerra fué *popularísima*[1]; pero Lafuente escribía en 1868, mientras que Quintana juzgaba á Godoy y todos los actos de su privanza poseído de la implacable crueldad con que universalmente se le trataba durante el primer tercio del presente siglo, crueldad que era acaso lo único en que se aunaban defensores y adversarios de las libertades políticas, unos detestando al favorito de Carlos IV como personificación de lo que encierra el

1. Historia general de España, tomo XXXI, páginas 419 y 456.

poder absoluto de más reprobable ó despreciable, otros explotando muy gustosos la ocasión de achacar á su carácter, torpeza, audacia y ambición escandalosa, lo que en realidad era efecto natural del sistema que dejaba al soberano en situación de ejercer su voluntad sin trabas y sin freno. Poco importa en definitiva que personalmente no fuese Godoy ni tan inepto, ni tan malo, ni tan ruinoso á su país, como se ha dicho; lo malo, lo incurablemente ruinoso era el despotismo monárquico, el régimen siniestro que por la ligereza de una reina y la ceguedad de un rey permitía encumbrar tan súbita y prodigiosamente á un joven desconocido é ineducado, hacía instantáneamente volver al fondo tenebroso de un abismo de ignorancia y fanatismo la nación, que unos cuantos hombres ilustrados acababan de sacar con gran dificultad de su torpor y asociar al movimiento científico, literario é industrial, que impulsaba á Europa y realizaba maravillas por todas partes.

Sobre nadie debía pesar esa situación más terriblemente que sobre Quintana ; nacido y educado en la última parte del siglo, todo su desarrollo intelectual se había verificado bajo el amparo de las ideas filosóficas, cuya exposición, defensa y propaganda son el honor de Francia durante esa centuria, y acaso nadie en España se hallaba entonces más íntimamente empapado en las doctrinas de libertad y mejoramiento universal, de tolerancia y de cultura, de orden y progreso fundados en la reforma de la educación y las instituciones sociales, tales como se encontraban en el gran libro de donde extrajo, cual de mina riquísima, su instrucción vasta y variada, en la Enciclopedia de Diderot y Alembert, monumento que precisamente en 1772, año del nacimiento de nuestro poeta, había recibido su última piedra con la publicación de su último volumen. Nunca fué él de los que olvidaron los inmortales servicios á la causa de la civilización que representa la Enciclo-

pedia, á pesar de haber vivido hasta muy entrada la época en que la obra, abandonada y oscurecida por otros trabajos, era ya solamente un título, un recuerdo histórico.

La influencia de ese libro y esa filosofía en cuanto tuvieron de bueno y de mediano, de práctico y de ilusorio, de esa enseñanza preciosa que traía vigorosamente al terreno de los hechos y de las aplicaciones sociales las doctrinas fecundas de Bacon, Locke, Montesquieu y demás eminentes pensadores, se afirma y resalta en todos los escritos en prosa de Quintana, señaladamente en el informe de 1813 á la Regencia sobre reformas de la instrucción pública, en la hermosa biografía de Meléndez Valdés, y en el discurso pronunciado al abrirse la Universidad central en Madrid el año de 1822[1].

Las mismas huellas son visibles en los

1. Los tres se hallan en el tomo XIX de la Biblioteca de Rivadeneyra.

versos. En la edición de 1802, donde fué publicada por primera vez la oda *A la invención de la imprenta,* aunque incompleta, mutilada por el terror de la censura, hay una nota (suprimida, como todas las otras, en las ediciones posteriores) en que dice que la idea de componerla le asaltó por medio de un artículo de la Enciclopedia, que aconsejaba á los poetas como temas de sus cantos los adelantos y maravillas de las artes mecánicas; y aceptando la sugestión, agrega que la invención de la pólvora, de la aguja náutica y algunas otras « son objetos que pueden enriquecer la poesía de una infinidad de bellezas originales ». No se sirvió él de los dos asuntos que menciona, pero la misma especie de inspiración de ese himno magnífico á Gutenberg (en la citada nota llamado « ensayo poético ») ó de los versos á Jenner en la poesía á Balmis, domina en la oda *Al Mar,* en la cual glorias humanas, hazañas de navegantes y descubridores de regiones ignotas, inte-

resan al poeta mucho más que el aspecto físico ó la grandeza extrínseca del elemento poderoso, que contemplaba desde las playas de Cádiz. Por dondequiera, en verso ó en prosa, se siente el dominio de la filosofía generosa en cuyo seno creció y vivió; hasta en la ardiente composición *A Juan de Padilla,* en que desde temprano se empeñó por armonizar su ardiente patriotismo de español con su inextinguible amor de la libertad, la línea famosa con que comienza, tiene bien el acento, el legítimo timbre Enciclopédico, por así decirlo:

Todo á humillar la humanidad conspira.

Ocupándose de Cienfuegos, en el estudio sobre la poesía castellana del siglo XVIII, dijo Quintana que si el fondo de ideas sobre que se ejercitaba la imaginación de ese poeta, su contemporáneo, estaba tomado de la filosofía francesa, el tono y carácter más bien se acercaban á la

poesía osiánica y á la alemana. La observación en su primera parte es aplicable á Quintana, pero no en la segunda, pues un instinto más seguro, ó quizás un gusto menos voluble y mejor subordinado á la voluntad, le aconsejó no penetrar tanto como Cienfuegos por la espesa niebla de las « tierras altas » de Escocia, y le mostró siempre que para dar á su estilo y dicción el necesario temple debía bañarlos en el torrente de la antigua poesía castellana. Es verdad que, como todos en su época, encomió más de lo oportuno las insípidas pastorales en prosa poética del escritor de Zurich, Salomón Gessner, y leyó con deleite las *Estaciones* de Thomson, poeta inglés que valía mucho más que Gessner, á quien precede, pero que es de todos modos artista de orden secundario y modelo poco inspirador, á pesar de lo « pintoresco de su pluma »[1].

1. Dedicatoria á don José Somoza del tomo IV, segunda edición, de las *Poesías selectas castellanas*, no reproducida en el tomo de la Biblioteca de Autores Españoles.

Por fortuna esa influencia que hacia 1797 imperaba todavía en él y le hacía exclamar, en la epístola convidando al mismo Cienfuegos á venir al campo :

¡ Divino Gessner ! ven ; lleva mis pasos
Y enséñame á gozar ;

no duró mucho tiempo más, y por la tendencia natural de su genio lírico se apartó de ese rumbo salvándose de peligros, que no evitaron Meléndez, Cienfuegos y varios otros.

III.

ESCUELA DE SALAMANCA. — MELÉNDEZ, CIENFUEGOS Y QUINTANA. — LA EPÍSTOLA *A Andrés* DE MORATÍN; CRÍTICAS DE HERMOSILLA, TINEO Y CAPMANY.

Pertenece Quintana al grupo de poetas conocido con el nombre de escuela de Salamanca, y también de Parnaso salmantino; grupo formado por unos cuantos individuos entre quienes, según ya indicamos, descollaron al principio Cadalso y Diego González, que contó luego en su seno á Meléndez y á Cienfuegos; y que podría considerarse terminado con él, como el más notable de todos, si no debiera incluírse también á Gallego, que se educó en la misma Universidad, siguió las mismas doctrinas literarias, era unos

cinco años más joven y murió primero, en 1853. Pero Gallego, que escribió muy poco en verso, aun menos que Quintana, nunca le aventaja, no le supera por ninguna cualidad esencial, y sólo se le acerca ó se le iguala por ráfagas, en sus momentos muy buenos, en parte de su elegía *El Dos de Mayo,* ó en las dos maravillosas estancias con que empieza el canto « á la muerte de la Duquesa de Frías ».

Quintana reconoció siempre públicamente á Meléndez como maestro, y de Cienfuegos se llama, en la dedicatoria de la edición de sus versos de 1813[1], « discípulo, amigo y compañero » ; la antorcha poética, no cabe duda, pasó por esas manos antes de llegar á las suyas, pero con qué diferencia de esplendor! Ambos predecesores gozaron en sus días de brillante y exten-

1. Esa dedicatoria á Cienfuegos suprimida en la edición de 1821 reapareció en la de 1852, añadiéndole al pie la fecha en que fué escrita. A Meléndez están dedicadas en los términos más reverentes las dos ediciones, de 1807 y 1830, de las *Poesías selectas castellanas.*

dida reputación, y pudo Quintana, sin exageración de falsa modestia, por algún tiempo colocarse humildemente detrás ; pero pocas veces ha revocado la posteridad más completamente el fallo de los contemporáneos. Las poesías del uno se leen y admiran como obras de primer orden, mientras que las de los otros están completamente olvidadas, y apenas si se recuerda algún título, algún fragmento.

Meléndez, « padre ó príncipe de la poesía castellana restaurada », como le llamó Alcalá Galiano, cultivó todas las especies líricas desde la letrilla hasta la oda filosófica, y en todas desplegó cierto grado de facilidad y de elegancia, cualidades que en su época representaban adelanto muy estimable, sirviendo como de norma y ejemplo á la juventud, para apartarla tanto del culteranismo, vicio persistente del siglo anterior, cuanto del prosaísmo, tendencia funesta que dominaba á mediados del XVIII. Eso, que justifica el aprecio de que en vida fué objeto, ha perdido la

mejor parte de su eficacia, ahora que la elegancia nos parece unas veces insípida, otras afectada, y que los dos vicios combatidos no nos hacen el efecto de haber sido tan formidables. Su mérito mayor consiste en la consonancia completa entre sus pensamientos, sus imágenes, su estilo y su lenguaje; de ahí también su debilidad, porque sus pensamientos no son profundos, ni sus imágenes valientes, ni su estilo vigoroso, ni su dicción perfecta. Solamente así se explica que tan pronto bambolease, se derrumbase, y se desvaneciese como el humo, lo que en el primer momento pareció fabricado de sólido material [1].

Cienfuegos, por el contrario, con mayores dotes naturales, hasta con suma riqueza á veces de pensamientos fuertes é imágenes atrevidas, fué víctima del más

1. Quintana dijo que Meléndez tuvo en vida « la satisfacción de ser citado y reputado como un clásico dentro y fuera de su país ». Dedicatoria de las *Poesías selectas*, 1807-1830.

extraño desequilibrio. Sus aspiraciones é impulsos eran tan grandes y ambiciosos como limitados sus recursos para darles forma, y la ejecución es tan pobre, tan desigual, tan de pésimo gusto, tan excéntrica, que vacila el lector en decidir si el mal efecto depende de la afectación de arcaísmos ó del abuso de neologismos por él mismo acuñados, si es sobra ó falta de inspiración lo que le hace fracasar. Descúbrese, sin embargo, á veces, en sus versos líricos penetrante acento de sincera y dolorosa melancolía, y hay en sus tragedias algunos pasajes tan elocuentes y sentidos que bastan para justificar, en buena parte por lo menos, la reputación de que disfrutó.

En los mismos moldes vació Quintana su inspiración. Dotado de facultades de temple mucho más fino, tuvo el cuidado de no aventurarlas innecesariamente, de encerrarse en los asuntos para que se sentía llamado, y evitar así con igual fortuna los escollos de la facilidad de Meléndez ó de la imprevisión de Cienfuegos,

aguardando sin impaciencia la hora de la inspiración, meditando sus planes, escribiendo en prosa[1] sus grandes odas antes de emprender versificarlas, aprovechando las ocasiones que le ofrecían la realidad, los sucesos públicos, la historia viva, palpitante de su tiempo y de su patria. A él puede aplicarse en su más trascendental sentido la profunda observación de Gœthe sobre sus propios versos: « Todas mis poesías son de circunstancias, la vida real las hizo brotar y en la vida real hallaron su materia y su base[2]». En vez de malgastar sus fuerzas como Meléndez en temas tan estériles como la *Prosperidad aparente de los malos,* ó la *Presencia de Dios,* ú otros parecidos; en vez de cantar como Cienfuegos las estaciones del año ó la *Rosa del desierto,* reservó su talento para asuntos más dignos de él, siguiendo desde

1. Menéndez y Pelayo, *Historia de las ideas estéticas*, II, vol. 2°, pág. 542.

2. *Conversations de Gœthe recueillies par Eckermann* (Trad. Délerot, tomo I, pág. 35).

muy alto la marcha de los sucesos, manifestando su entusiasmo ó su indignación, sus esperanzas, su patriotismo, su ansia siempre viva de libertad y de progreso, desde la aparentemente venturosa, aunque breve é inútil, subida al poder de varón tan ilustre como Jovellanos, en 1797, hasta la terrible convulsión nacional de 1808 ; en el intermedio, dispuesto siempre á alzar la voz en honor de acaecimientos como el combate de Trafalgar ó la expedición pacífica de Balmis ; y cuando la realidad misma no ofrecía el motivo, escogiéndolo de manera de aplicarlo inmediatamente á la situación social en que vivía, como la arenga de Padilla á los Castellanos, ó la trágica aparición de las sombras en el Panteón del Escorial.

Cuando los tres, aproximados siempre de antemano por sus opiniones filosóficas y literarias, se acercan aún más por la identidad de los asuntos escogidos, la superioridad de Quintana en el acto se acusa por la fuerza de la mano, la maes-

tría del cincel, el vigor del contorno ; el uno en admirables relieves traza escenas completas, destaca figuras, dispone cuadros que en algo recuerdan obras de estatuaria, ciertos ejemplos notables del arte clásico moderno, como los grupos de la fachada princípal del Arco de triunfo en París ó el frontón de Santa Genoveva, mientras que las composiciones de Meléndez y Cienfuegos confusas, borrosas, mal dibujadas, como sobre materia más blanda, ni sugieren ni podrían sostener esa comparación con obras de escultura, que soportan muy bien las de Quintana.

Van también todos igualmente envueltos, confundidos como reos de una serie de crímenes contra la pureza del lenguaje, que creyó poner en la picota Moratín, por medio del centón de ejemplos que versificó y reunió bajo el título de *Epístola á Andrés*. Lo más hostil de la sátira moratiniana es la nota, que la acompaña [1],

1. Obras de Moratín, Rivadeneyra, tomo II, pág. 585 y 613.

puesta para que no quedara duda de su origen y objeto, y para que por la alusión á las *Lecciones* traducidas de Blair se supiese bien quiénes eran los escritores que se empeñaba en ridiculizar, buscándoles con sus vidrios de présbita defectos de forma. Cienfuegos es naturalmente el que hace peor figura en ese sainete; más de los dos tercios de las frases entresacadas son de él, algunas bien grotescas como *bostezante sueñecito umbrátil, crujientes heladas pesadumbres, insaciabilidad del oro insomne,* las exclamaciones repetidas, los diminutivos y otros rasgos curiosos, que bien pudo sin embargo el gramático no acumular tan complacidamente, pues era notorio el afán de Cienfuegos por inventar vocablos y atropellar el uso. En número menor son las tomadas de los escritos de Quintana, y dió Moratín irrecusable muestra de cortedad ó pobreza de ánimo en algunas de ellas. *Hervir vividor,* aplicado al bullir rítmico é incesante del mar, no solamente no merece

vituperio, sino que es frase original y digna de aplauso. Del verso, célebre por su armonía imitativa :

En seco són de su furor quejarse,

extrae las tres primeras palabras y las junta con el « vértigo del polvo », cosa que Quintana no hizo, pues las aplicó al ruido de las mieses agitadas del viento, sentido en el cual están muy bien puestas. Ignoraremos siempre, ya que no nos lo avisa Moratín, el motivo porqué saca á plaza el primer hemistiquio de la soberbia estancia de la oda *Al Mar :*

Heme en fin junto á tí : tu hirviente espuma
El alto escollo sin cesar blanquea
Do entre temor y admiración te miro.

Si es por el *heme,* que quizás le parezca galicismo, ó lo encuentre prosaico como dice Hermosilla del *hete* y *hele* de Meléndez[1], bien debía saber que se ha usado

1. Hermosilla, *Juicio crítico de los principales poetas españoles*, Paris, 1840. Tomo 1°, pág. 302.

en verso constantemente desde la época del Poema del Cid y desde el Arcipreste de Hita[1], y de todos modos el reparo es bien menudo al lado de apóstrofe tan grandilocuente. Con mejor razón cita este pasaje:

El triste freno
De la prudencia y su compás helado;

que efectivamente es pequeño lunar que desfigura una estrofa de la hermosa *Despedida de la juventud;* pero la incongruencia de un epíteto no es culpa grave, ni puede constituir lo que llama el cruel gramático *inhumana jerigonza;* tampoco habría cuando acabar si otro se pusiese á rebuscar defectillos de esa laya en cualquier poeta, incluso el mismo Moratín, como lo demostró con suma gracia Nicasio Gallego[2] en el *Examen* del *Juicio crítico* de Hermosilla.

1. Poema del Cid (Edición Vollmöller, verso 269); Arcipreste de Hita (Rivadeneyra, tomo 57, copla 1432).
2. Véase en el tomo 67 de Rivadeneyra, pág. 426.

Nadie negará el mérito de Moratín como escritor correcto y elegante, pero es evidente que procedió en esta ocasión movido por rencores personales, ó por excitaciones de la bandería hostil, á cuya cabeza estaba. Lo cómico del caso es ver después á Hermosilla y á Tineo hinchar los carrillos y pronunciar como el más decisivo é indiscutible fallo contra cualquier pasaje la frase sin apelación : « está en la epístola *A Andrés* ». Se abroquelan ambos con Moratín para atacar sin piedad á cada instante á Meléndez y su grupo, á los que llaman la escuela galosalmantina; y Tineo singularmente, que desde muy temprano había roto lanzas con Quintana á causa de *La Mojigata* [1], seguía tan enconado que, muchos años después, al rememorar las observaciones de éste á la comedia (observaciones justísimas y muy moderadamente expresadas, á algunas de

1. El juicio primero de Quintana sobre la *Mojigata* publicado en *Las Variedades*, se halla reproducido en Rivadeneyra, tomo 67.

las cuales atendió Moratín al corregir la obra) ni aun se digna nombrar á Quintana, lo llama *el otro,* y lo califica primero de *censor pedante* y á las pocas líneas, dejándose de ambages, de *necio pedante*. Esto en el párrafo mismo[1] en que muy orondo proclama que *El Barón, La Mojigata* (únicas que menciona allí) son comedias « más « perfectas y estudiadas y de más seguro « ejemplo, así en cuanto al arte como en « cuanto á la moral, que las del mismo « Juan Bautista Poquelin de Molière. » El mal humor probablemente tenía embotado en Tineo el sentido de las proporciones.

Esos poetas que, en público y privado, tan duramente trataban Moratín[2] y sus amigos, conocían muy bien, á pesar de todo, la lengua y la literatura castellanas. Cienfuegos mismo compuso tratados de filología y gramática; uno sobre sinóni-

1. Hermosilla, *Juicio crítico* etc., pág. 3, vol. I.
2. Véanse las « Cartas » de Moratín en los vol. II y III de sus Obras póstumas, Madrid, 1867.

mos, entre ellos, que se ha impreso varias veces y contiene sagaces y discretas observaciones; y sobradamente probó Quintana que nadie le ganaba en apreciar equitativamente y comentar con simpatía las obras de los poetas anteriores. Dar ó no dar importancia á nimiedades de forma es independiente del grado de habilidad en el cultivo del arte y la poesía, y someterse espontáneamente á vocabularios reducidos y á reglas inflexibles de gramáticos es condición del todo inútil, cuyo minucioso cumplimiento seducirá sólo á quienes no arrastre mucho el ímpetu ó vigor de la inspiración. Meléndez y Quintana son hoy estimados como autoridades en cuestiones de estilo y de lenguaje á despecho de la vieja ojeriza de los puristas, y á pesar de que muy deliberadamente se abstuvieron de seguir la vaga superstición de lo castizo [1]. Esa superstición todavía no

1. Jovellanos y Quintana no están citados menos á menudo que Moratín, y todos como autoridades del mismo peso, en lo que va publicado del admirable *Diccionario de*

era entonces una moda, casi una manía, como lo es ahora, que cualquier escritor, — aumentando la anarquía que existe por falta de un diccionario cuya parte histórica valga siquiera tanto como la del francés de Littré, y que ofrezca suficiente número de ejemplos clasificados y ordenados según las acepciones, — se erige por su propia cuenta en legislador de la lengua, indulta ó proscribe, entierra ó resucita á su antojo giros y vocablos, y encuentra siempre, en Europa ó en América, quienes imiten el andar y ajusten el paso.

Esa misma acusación de impureza de lenguaje había servido de pabellón en 1811 á otro género de mercancía, cuando en Cádiz las pasiones políticas y el odio á las reformas se pusieron á la zaga de un gramático furioso para arremeter contra Quintana, ya en esa época considerado, dice

Construcción y Régimen del sabio filólogo colombiano don Rufino José Cuervo. También ocurren á cada paso ejemplos de Quintana en las Notas á la última edición de la *Gramática* de Bello (París, 1891) del mismo autor.

Alcalá Galiano en sus *Memorias*[1], como « el patriarca de la secta político-filosófica » que en las Cortes preponderaba. Ya vimos que el ataque obtuvo, en cuanto á los fines políticos, el resultado que sus maquinadores apetecían, amotinando gente de varios lados contra el ilustre poeta; pero como episodio literario no conserva interés para la posteridad, por más improperios que llegase á amontonar Capmany. Valía éste mucho menos que Moratín, carecía de fuerzas para desacreditar á escritor de la nombradía que ya entonces Quintana alcanzaba; ni unos cuantos descuidos, en documentos oficiales rápidamente redactados, bastarían nunca á disminuir el prestigio literario de nadie. Precisamente el manifiesto de la Regencia á los americanos, del que tanto partido se quería sacar contra él, empieza con una narración magistral de las operaciones de la guerra,

1. Memorias de Don Antonio Alcalá Galiano, 2 vol. Madrid, 1886. — Véase tomo I, pág. 289.

que es una página de primer orden, cuadro histórico trazado á grandes rasgos que importa más, á la historia y á las letras, que la mole indigesta de cuanto escribió Capmany.

Cierto es que se nota á veces en la prosa de Quintana (mucho menos en sus versos) un gusto afrancesado, que principalmente se revela por el uso de algunos vocablos especiales y por la presencia, no siempre necesaria, de pronombres y artículos, cuya supresión aumentaría el movimiento y la gracia de las frases. Dadas la educación que recibió, la atmósfera literaria y filosófica que respiró durante sus estudios, las formas que desde la niñez se grabaron en su cerebro, todas las condiciones en fin que nadie mejor que él ha enumerado y analizado en su excelente discurso sobre la poesía del siglo XVIII, era natural, forzoso que se adhiriese á su estilo y dicción un ligero tinte francés, entonces muy común, equivalente al tinte italiano que en otra época se notó, y que tan visible á veces

persiste en Cervantes mismo; pero ese colorido fué en Quintana poco á poco haciéndose más tenue, y apenas se descubre ya en los trabajos de la última época de su vida, es decir, posteriores á 1820.

Unicamente en sus versos de estudiante se encuentran algunos galicismos de la especie de los inútiles, pero esos pasatiempos de niño no entran en cuenta, y si no hubiesen sido coleccionados é impresos, ni debieran mencionarse, pues su autor los repudió. Desde el lindo tomito de 1802 aparece el Quintana que admira la posteridad, y se marcan ya las líneas de su gran figura como el más nacional de los líricos del siglo XVIII. Las alas poderosas lo encumbran á regiones que, ni en ese siglo ni en los anteriores, había explorado ningún otro poeta, pero el acento, el estilo, la entonación, la grandilocuencia son esencialmente españolas. La elección de sus asuntos es por sí sola una innovación, el espíritu es más abierto, más generoso, pero se reconoce siempre al heredero del

arte nacional, al que sabe acrecer el caudal de la familia, el acervo hereditario, y trasmitirlo engrandecido á sus sucesores.

La saña con que fué hostilizado por algunos críticos, el injurioso desprecio con que se permitieron tratarlo escritores adocenados como Capmany, insignificantes como Tineo, en nombre de algo tan convencional y transitorio cual lo que llamaban pureza de la lengua y medían por sus propias reglas arbitrarias, es espectáculo siempre penoso de contemplar, aunque á la verdad sea bastante frecuente en la historia literaria de todos los países.

IV.

CLASIFICACIÓN GENERAL DE LAS POESÍAS LÍRICAS — SILVAS « AL SUEÑO » Y « DESPEDIDA DE LA JUVENTUD. »

El período de actividad poética es muy corto en la vida de Quintana; dejando á un lado los ensayos prematuros á que hemos aludido ya, comprende un espacio de trece años, de 1795 á 1808, ó en otros términos, de los veinte y tres á los treinta y seis años de edad, y encierra además un número reducido de composiciones. Privado de bienes de fortuna, con una salud delicada que no parecía prometer la dilatada existencia que le estaba reservada, forzado por su cargo de Fiscal en materias de comercio y hacienda « á ocupaciones muy ajenas de la amenidad de las Musas »,

como dijo él mismo en 1802[1], se veía en el caso de emplear la mayor parte de sus horas libres en trabajos de prosa, por ser de inmediata utilidad y más prontamente remunerados. También la censura, que en tiempo de Carlos IV era con los libros impresos terriblemente dura, no dejaba pasar muchos de sus versos, y en cuanto á los otros el peligro de la persecución era tan real y las consecuencias podían ser tan graves que no osaba conservarlos ni aun en manuscrito, y para hacerlos conocer de amigos de confianza, tenía que reducirse á guardarlos en la memoria y recitarlos muy á escondidas. Por eso la composición á Padilla, escrita en 1797, no se imprimió hasta 1808; y por eso sólo parcialmente y con grandes alteraciones pudo aparecer la oda *A la invención de la Imprenta* en la edición de 1802[2].

1. « A mi amigo don Toribio Núñez » dedicatoria en prosa al frente de la edición de Madrid, Imprenta Real, año de 1802, no incluída en las otras ediciones.

2. « Nunca se confiaron al papel : el miedo á la opre-

La colección formada en 1813, que es la definitiva, pues con escasas y ligerísimas correcciones fué reproducida textualmente en 1821 y 1852, comprende veinte y seis poesías originales; añadiendo una, *A Elmira,* que, incluída en la edición de 1802, le pareció probablemente demasiado pálida para ir al lado de las otras, y un romance

sión no lo consentía; y el Autor se contentaba con recitarlos alguna vez de memoria á sus amigos en la confianza de un festín ó en la soledad de los campos. Ajeno de presumir, ni aun por delirio, que llegase un día en que pudiesen imprimirse... »

Poesías Patrióticas de Manuel Josef Quintana. Madrid, *en la Imprenta Real.* Año de 1808.—Advertencia (no reproducida en ninguna edición posterior).

Es un pequeño cuaderno muy bien impreso de 55 páginas y contiene las seis composiciones siguientes: — *I.* A la expedición española para propagar la vacuna en América. — *II.* A Juan de Padilla. — *III.* A España después de la revolución de Marzo.—*IV.* A las provincias españolas armadas contra los franceses.— *V.* El Panteón del Escorial. — *VI.* A la invención de la imprenta.

El texto de todas las seis es en esa edición de 1808 el definitivo (salvo el título de una de ellas, la IV) idéntico al que aparece en las editiones de 1813, 1821 y 1852, suprimidas ya algunas desigualdades y reminiscencias de la primera versión de las dos odas III y IV, publicadas en Agosto de 1808, juntas bajo el título de *España libre.* El tomito de las *Poesías Patrióticas* apareció en Octubre del mismo año.

desperdigado que, con fecha de 1795, aparece en las *Obras inéditas,* suman todas veinte y ocho, y son el único capital acumulado en todo ese espacio de tiempo. Después, entre 1813 y 1830, fecha del abandono definitivo de la poesía, produjo seis más por todo; y de ellas en realidad habría que rebajar la más extensa, la *Cancion epitalámica* á Fernando VII y á Cristina, que fué escrita por compromiso, por invitación expresa, y peligrosa de desairar, del monarca mismo, ante cuya voluntad no había más que inclinarse en ese caso, pues le pedían un acto de pura cortesía; y bien se adivina por la hueca entonación y rigidez del epitalamio su desdeñosa antipatía[1].

1. « ¿Y Quintana? (preguntó Fernando al Ministro Ballesteros): ¿Cómo no dice nada en esta ocasión?— Señor (le contestó el Ministro), Quintana está en desgracia y oscurecido y no es de creer rompa el silencio que se ha impuesto — *¿Cómo qué?* (replicó Fernando): *Arregla tú esto de cualquier modo, y dile que yo deseo haga escuchar su voz en obsequio de la Reina.* — Con lo cual el Ministro comunicó este deseo, ó más bien esta orden del Monarca, al mismo Quintana, y pudo recabar de él que (sin des-

El número de composiciones es bien corto, pero no es Quintana, entre los más célebres poetas modernos, el único en el mismo caso; Andrés Chénier, su contemporáneo en parte, no dejó ciertamente más, aun entrando en la suma todos los fragmentos, y hubo en nuestro siglo un gran artista, colocado entre los primeros por la admiración universal, Leopardi, cuyas obras líricas, descartando lo incompleto ó lo traducido, llegan á treinta y cuatro, exactamente la cifra de las de Quintana[1]. Ello nada tiene que ver con el mérito absoluto ni con la reputación definitiva; la facilidad, la fecundidad es cualidad muy grande y atendible, la perfección escrupulosa de la forma lo es también y en grado no menor; y poetas á ese respecto tan diferentes como Leopardi

mentir en modo alguno su sincero patriotismo) prorrumpiese en aquella admirable oda etc. » — MESONERO ROMANOS, *Memorias de un setentón*, tomo II, pág. 45).

1. Véase la edición de Florencia (G. Barbèra, 1886) *a cura di Giovanni Mestica*, admirablemente dispuesta, y como bien desearíamos otra igual de las poesías de Quintana.

y Victor Hugo que dejó veinte tomos de versos líricos, pueden muy bien hallarse á altura idéntica ante la posteridad.

Las treinta y cuatro se clasifican por sí mismas en dos secciones : el grupo pindárico ó tirteico por así llamarlo, en que la grandeza del asunto, de interés público, universal ó nacional, concuerda esencialmente con el ímpetu del movimiento lírico y la elevación del estilo ; en él sobresalen, enumeradas en orden cronológico, las ocho siguientes : *A Juan de Padilla,* compuesta en 1797 ; *Al Mar* y *A la invención de la imprenta,* en 1798 y 1800 ; *Al combate de Trafalgar* y *El Panteón del Escorial,* 1805 ; *A la expedición para propagar la vacuna,* en 1806 ; y las dos patrióticas inspiradas por la crisis de 1808, corona inmarcesible de su genio y de su gloria. El otro grupo es el de las que tienen carácter en cierto modo íntimo, un interés personal, subjetivo para usar el término técnico, y en que, sin llegar el poeta hasta el punto de ponerse en escena y revelar secretos de su

alma, cosa hasta entonces no común en la lírica española y poco propia de la estoica reserva de su carácter, vibra una nota apasionada y especial: la *Despedida de la juventud* con su acento profundo de viril y resignada tristeza, *A la hermosura, La danza, Al sueño, Para un convite de amigos,* y señaladamente la titulada *A Célida,* cuyo melancólico final aumenta en sobrio y musical efecto por la repetición del bello verso con que termina:

Angel consolador, ¿dónde te has ido?

Entre ambos grupos, sin pertenecer enteramente á ninguno, hay que colocar los dos notables romances escritos en 1826[1], al cabo de larguísimo silencio. El dirigido *A Somoza* participa de ambas clases, es el grito de dolor é indignación

1. En las Obras inéditas (Madrid, 1872) uno solo de los dos, *A Somoza*, tiene la fecha 1826; pero el señor Menéndez y Pelayo (*Historia de las ideas estéticas*, III, vol. 2°, pág. 224) asigna el mismo año al otro romance.

que el estado abyecto de la patria oprimida y la libertad escarnecida arrancan al poeta, refugiado entonces en un rincón de Estremadura. El otro romance, *La Fuente de la Mora encantada,* es ejemplo único entre todos, conserva el sabor clásico de los demás, pero tiene algo de nuevo, de más rico que recuerda un poco las baladas de Schiller ó de Gœthe.

Entre las que forman el grupo que llamamos, por distinguirlo del otro, de las personales, sobresalen dos, *Al sueño* y *La Despedida de la juventud.* La primera, bellísima, provoca desde luego el paralelo con la silva de Fernando de Herrera al mismo asunto, y de que no es inferior estamos plenamente convencidos. Lo mejor en la del lírico andaluz es el principio, la invocación exquisita:

> Suave sueño, tú, que en tardo vuelo
> Las alas perezosas blandamente
> Bates, de adormideras coronado
> Por el puro, adormido y vago cielo
> Ven.....

y á ella se acerca, sin igualarla enteramente, la estrofa de Quintana :

Ven, que ya las dos osas
Al ocaso avecinan
Su refulgente carro, y presurosas
Las centellantes pléyadas se inclinan.

Pero todo lo demás es superior en la silva del poeta madrileño, contiene más verdad y más poesía juntamente, y el tono de íntima y profunda emoción, apenas perceptible en Herrera, no se aparta un instante de los versos de Quintana acompañándolos sin disminuir hasta el final. En esto supera también á otra muy conocida de Quevedo al mismo asunto, de la cual con mucha exactitud dijo más tarde, al insertarla en las *Poesías selectas* (donde no hubo lugar para la de Herrera) que es una declamación, más bien que verdadero poema. Cuéntase sin duda entre las mejores obras líricas de Quevedo, pero tiene los mismos defectos y las mismas cuali-

dades de todas : pensamientos fuertes y versos felicísimos al lado de otros triviales y prosaicos, mientras que principalmente brilla la de Quintana por la igualdad de su estilo y la armonía de sus partes.

La *Despedida de la juventud* es de más alta categoría ; dulce y solemne, de un esplendor melancólico como luz crepuscular, sugiere bien, por medio del ritmo, el orden de las estrofas, la clase de las imágenes, esa hora crítica en que fenece la mañana de la vida, en que se desgarra el velo de la ilusión, y los males reales de la existencia aumentan en intensidad y se multiplican por la angustia de sospecharlos por todos lados y temerlos.

Es una de las pocas que aparecen seriamente corregidas por el autor entre la edición de 1802 y la de 1813, pues la mayor parte de las otras diferencias, que entre ambas se observan, proviene antes que todo de exigencias de la censura, la cual naturalmente dejó de ser, después de la revolución de 1808, un « degolladero

literario », como llamó Quintana[1] á aquel tristemente célebre Juzgado de imprenta presidido por Melón, el amigo de Moratín, de que llegó á ser Capmany « una de las espadas ». Fué el poeta mismo quien retocó esta vez la primera estancia, y en el modo de hacerlo dió muestra de gusto severo y delicado. Primeramente comenzaba así :

Plantas hermosas, que elevando al cielo
Vuestra frondosa cima
En dulce lobreguez bañáis el suelo,
Piadosas acogedme, y vuestras hojas
Me den la obscuridad donde no sienta
Mi mente desolada
El vivo resplandor que el sol ostenta.

Debió de parecerle demasiado explícito, demasiado directo el apóstrofe, y hallar quizás que el penúltimo verso imprimía al todo una exageración de sentimiento innecesaria. Además la frase « Piadosas aco-

1. Obras inéditas. Memoria sobre el proceso etc., pág. 206.

gedme » es débil, con suprimirla gana mucho el exordio en majestad; por medio pues de ese ligero cambio, y del nuevo epíteto « sonantes » oportunamente introducido, adquiere la estrofa forma inmejorable y definitiva:

Creced y floreced, plantas hermosas,
Creced y floreced, y alzando al cielo
Esas ramas sonantes y frondosas,
Bañad en dulce lobreguez el suelo:
Que yo angustiado á vuestra sombra amiga
Me acogeré, y en ella
Tendré un asilo al fin donde no sienta
El vivo resplandor que el sol ostenta.

Lo demás no exigía retoque, quedó tal como estaba en la edición primitiva.

V.

LA ODA Á PADILLA. — COMPOSICIONES DEDICADAS Á JOVELLANOS, Á MELÉNDEZ Y Á CIENFUEGOS. — ODA AL MAR. — FORMAS DIFERENTES DE « LA INVENCIÓN DE LA IMPRENTA ».

En el breve examen de las otras composiciones ya mencionadas es dado seguir estrictamente el orden cronológico, pues todas desde la edición de 1813 aparecen con la fecha al pie, algunas, las dos de 1808, por ejemplo, con el mes y el año, como si en el aluvión de poesías que trajeron los sucesos del Dos de Mayo y días posteriores, quisiese marcar bien que en ciertos rasgos, comunes á las más de ellas, no fué él quien siguió, sino otros quienes le siguieron.

Nada sería más inoportuno, al apreciar una obra lírica como la oda á Padilla, que exagerar la diferencia, por lo mismo que es muy real, entre el personaje tal como la historia lo describe y el poeta lo imagina en su composición. El intento principal de Quintana fué exaltar la libertad celebrando la apoteosis del hombre que había sido, conforme á la tradición popular, uno de sus más famosos y heroicos defensores, para anatematizar enérgicamente las « tres edades » de tiranía y superstición incesantes, que habian traído el marasmo ignominioso en que se hundía la patria bajo Carlos IV y su favorito. Poco importa que no sea ése el Padilla de la realidad, el que se vislumbra en las relaciones contemporáneas, aun de testigos no del todo hostiles, como Pedro Mártir en sus epístolas ; poco importa que las libertades políticas estuviesen ya perdidas en Castilla, quienquiera que hubiese sido el vencedor en Villalar, pues no se jugaban allí intereses verdaderamente populares. No se amengua

por eso la grandeza del héroe que crea el poeta, que le inspira versos de tanta belleza, que le arranca, al conmemorar la venganza horrible, — la muerte en el cadalso, la mansión arrasada, la tierra arada y sembrada de sal, el padrón de oprobio levantado en su lugar, — aquel soberbio trozo:

> Tajo profundo, que en arenas de oro
> La rubia espalda deslizando llegas
> El pie á besar de la imperial Toledo...

y la arenga inflamada en que prorrumpe, digna verdaderamente de un Tirteo, digna del insigne vate español que tan anchamente abrió su pecho, derramó á raudales sus sentimientos generosos, y nunca, nunca, ni aún en los momentos de mayor exaltación por la invasión del extranjero y la guerra santa de la independencia nacional, se mostró poseído de entusiasmo más ardiente y más sincero.

En ese mismo año de 1797 experimentó,

al poco tiempo probablemente de haber compuesto el himno de Padilla, un instante de alegría en medio de sus patrióticas angustias, cuando fué nombrado ministro de Gracia y Justicia su maestro y amigo, el ilustre Jovellanos, suceso que excitó vastas y halagüeñas esperanzas en muchos, que creían ya divisar, en el inmediato horizonte, como iluminado por un relámpago, el término del favor, humillante para todos, de Godoy, la supresión de las más odiosas atribuciones del Santo Oficio y otros suspirados y beneficiosos cambios. Fué la ilusión más engañosa ; á los pocos meses Jovellanos caído del poder volvía exonerado á Asturias, hasta diciéndose que habían querido hacerlo desaparecer por medio de un veneno. La privanza de Godoy se ostentó más segura que nunca, y el malvado ministro Caballero recogía la cartera de Gracia y Justicia. La epístola, en endecasílabos á ocasiones rimados, que dirigió Quintana á Jovellanos, demuestra que fué él de los

más engañados, y es fácil medir la extensión penosa de su desencanto por lo grande y feliz de la nueva era que se complacía en anunciar. Si no el remedio, una limitada compensación al desastre designaba la epístola de antemano en el elocuente elogio de las letras, que recuerda el tan conocido de Cicerón en el *Pro Archia:*

> Ellas fueron tu amor, ellas tu encanto
> Siempre serán...

Corresponden también al año 1797 dos obras más: una dedicada á Meléndez «en la publicación de sus poesías», homenaje de admiración del alumno agradecido, notable por sus estrofas regulares rimadas con esmero y simetría, sin las libertades de la silva, molde cómodo en que vertió más de la mitad de sus poesías[1]. La otra,

1. No olvidamos que era el metro usual de ese género de poesía, no sólo en su tiempo, sino aun después; más de la mitad de las composiciones líricas de Leopardi está también en silva.

á Cienfuegos « convidándole á gozar del campo » es demasiado larga, y algo desigual; en la edición de 1813 aparece con un verso más que en la de 1802, por haber sido necesario suprimir en ésta la frase « esclavos ó tiranos » que se encuentra hacia el final.

La parte descriptiva de la oda *Al Mar,* la impresión directa del espectáculo, es, como apuntamos antes, secundaria, demasiado pobre para los que estamos acostumbrados á la abundancia de imágenes, con que ha sido después descrito el Océano por Byron, Victor Hugo, ó Michelet. Unos cuantos versos, unos cuantos rasgos esparcidos, y pronto se fija en otros aspectos más en armonía con sus facultades; sin detenerse mucho sobre el efecto de luz del sol poniente que en su cristal « inquieto centellea », busca la faz geológica ó geográfica, los progresos de la navegación ó la historia de los descubrimientos, para terminar, como en la de 1795, maldiciendo la guerra, las « soberbias naos »,

Que preñadas de escándalo y rencores
Turban vuestro cristal con sus furores;

con más elevado estilo, movimiento más rápido é imágenes mejores, aunque no todavía con la sobriedad enérgica de 1808.

Algo diferente resulta en la que es, por muchas razones, no todas exclusivamente estéticas, la más famosa de sus obras, *A la invención de la imprenta,* escrita dos años después; esta vez no hay vacilación, el poeta y el pensador se ponen fácilmente al unísono, el tema indispensablemente requería un gran desenvolvimiento histórico y filosófico, y desde la primera á la última línea se halla el artista en posesión cabal de sus recursos. Es el vate sagrado, el elocuente ministro del culto de la ciencia, de la poesía, del saber humano, que levanta inspirado la voz para exaltar, endiosar los grandes benefactores de la especie, el inventor del alfabeto, de la imprenta, los creadores de la astronomía moderna, el que proclamó el libre exa-

men en cuestiones religiosas, los libertadores en fin de la razón y la justicia esclavizadas, mutiladas por la ignorancia y el fanatismo. Si otros han penetrado más profundamente y expuesto en forma más completa y metódica el espíritu de la época, ninguno se encontrará quizás que tan convencida y tan sublimemente lo expresara, en frases de fuego, como el modesto poeta madrileño que, en el año último del siglo XVIII, recitaba privadamente á sus amigos esa magnífica composición, sobre el suelo mismo donde el Santo Oficio ejercía todavía sus funciones, y donde favoritos insolentes disponían, con tanto desenfreno como en Constantinopla ó en Teherán, de la vida y la fortuna de millones de individuos.

Hay de esta poesía dos versiones distintas; la que se encuentra en la edición de 1802, además de contar diez y seis versos menos, ofrece numerosas diferencias, si se compara con el texto impreso en 1808 é incluído en la colección de

1813. Aunque Quintana limara cuidadosasamente sus versos, no era de los que continuaban retocándolos cada vez que la ocasión se presentaba, sin miedo de privarlos de la primitiva frescura y echarlos á perder. Cotejando ediciones, nótanse importantes correcciones únicamente en esta poesía, y la ya indicada refundición del exordio de la *Despedida;* pero los cambios que, por temor, ó por acción directa de la censura, hubo que hacer en 1802, dejaban grandes vacíos, la trama interrumpida tenía que soldarse, ó zurcirse, de alguna manera, y una vez dedicado á esa tarea varió y mejoró por diversos lugares la versión original. Desde los primeros versos sustituyó con el giro más elegante, ya por él mismo usado en otra ocasión: *¿Será que siempre* la ambición sangrienta?... etc., la entrada menos rápida y algo prosaica que primero escogió, y era así:

¿Con qué fin el destino
La trompa de la fama, hijos de Apolo,

A vuestro aliento armónico y divino
Quiso entregar ?...

muy inferior al cuarteto y á los consonantes alternados de la forma definitiva. Las demás variaciones son de poca monta, hasta la famosa exclamación :

¡ Ay del alcázar que al error fundaron
La estúpida ignorancia y tiranía !

Era claro que de ahí en adelante, aludiendo en el sentido más libre é independiente á la Reforma luterana y al poder civil y religioso del Pontífice romano, no había de expresarse, bajo la férula de los censores de Carlos IV, como pudo hacerlo más tarde cuando, ausentes los monarcas, padre é hijo, palpitaba toda España agitada, embargada por la agresión y la perfidia del emperador de los Franceses ; entonces apareció sin velos ni cortaduras la composición, tal como había sido concebida al contacto de una frase de la Enci-

clopedia, y tal como creció y se desarrolló en la mente del poeta, para abrazar campo inmenso, llegar á ser el símbolo, la glorificación de la libertad intelectual y del progreso indefinido.

Es sin duda extraño, aunque explicable por las emociones patrióticas de aquel año, que diesen salvoconducto los censores á estos cinco versos que, cincuenta y tantos años más tarde, parecían aún al heredero de la silla de Quintana en la Academia española [1], « desvarío tan sacrílego que casi no es posible indignarse contra él », como si nadie más que un demente fuera capaz de formularlos :

¿ Qué es del monstruo, decid, inmundo y feo
Que abortó el Dios del mal, y que insolente
Sobre el despedazado Capitolio
A devorar el mundo impunemente
Osó fundar su abominable solio ?

1. Don Leopoldo Augusto de Cueto, después marqués de Valmar. Discursos en la Academia, *ut antea*. Pág. 234.

trozo que después de todo nos parece literariamente el menos bueno de toda la composición.

Pero lo que la censura de 1808 no tuvo tiempo ó voluntad de escudriñar, saltó más tarde á la vista de la Inquisición restablecida en 1814; y luego que hubo Fernando VII repartido por los presidios de Africa, castillos y conventos de la península á la flor y nata de la monarquía española, á los que habían heroicamente defendido su trono y promulgado la constitución liberal, pero esencialmente monárquica, de 1812; cuando se hallaba Quintana en la ciudadela de Pamplona, cumpliendo la pena de seis años de reclusión á que de una plumada lo había condenado el rey, creyó oportuno el Santo Oficio abrumar al preso con una segunda causa, sometiendo á juicio las poesías impresas en 1808 y 1813. El proceso fué largo, y llevando ya cuatro años de incomunicación, tristeza y desvalimiento, necesitó el pobre poeta refutar uno á uno los cargos que en larga

serie de nuevo le dirigían ; el principal, el que « con más prolijidad y agrura analizaba y tiznaba » la censura inquisitorial [1], era naturalmente el pasaje que acabamos de citar. Defendióse lo mejor que pudo, alegando que « el monstruo inmundo y feo » era la barbarie que sucedió á la caída del Imperio romano, lo cual parece evidentemente lo que en inglés llaman un *afterthought.* El Tribunal falló mandando que no cursasen las composiciones *A Padilla* y *El Panteón del Escorial* y se suprimiesen dos estrofas de la oda á *La imprenta,* á no ser que el autor las corrigiera, como humildemente había ofrecido. Pero corregir, esto es, variar fundamentalmente las dos primeras, era imposible ; « muerto (dijo en su último memorial) « como me « hallo á la sociedad y al mundo, exigiría « otra disposición y tranquilidad de espí- « ritu, que la que mi desgraciada situación

1. OBRAS INÉDITAS. *Defensa ante el Tribunal de la Inquisición*, pág. 77-109.

« me permite, hacer casi enteramente de « nuevo las dos composiciones. Por lo « cual las abandono á su mala suerte », — y copiaba unos versos nuevos para enlazar el sentido, una vez suprimidas las dos estrofas de la oda á la Imprenta.

Compréndese bien que el desenlace pareciera al prisionero buen librar de las nuevas garras que pretendían asirlo ; lo extraño es que el tribunal eclesiástico no sintiese lo ridículo de expurgar, á los veinte años de escritas, composiciones que habían circulado en millares de ejemplares, gracias precisamente al glorioso invento en una de ellas preconizado.

De las dos versiones la segunda es á todas luces superior á la primera, son como el boceto y el cuadro definitivo ; pero hay un pasaje sobre la invasión de los Bárbaros en Europa que fué excluido de la última, y del que es lástima haber perdido estos versos muy curiosos :

No será ya que el Septentrion helado,
Que los senos del Asia hirviendo en gente,

Vomitando su inculta muchedumbre
Sobre el triste occidente,
La luz eclipsen, la razon profanen,
Exerciendo su bárbara costumbre:
Como quando feroces, sacudidos,
Un pueblo de otro pueblo, en fiero estruendo,
Los tigres de la Scitia se arrojaron,
Y en sed de guerra y de furor ardiendo,
De Rómulo el imperio devoraron.

La exclusión es índice seguro del grado mayor de severidad á que llegó el gusto del poeta, y por lo mismo merece recordarse.

VI.

EL PANTEÓN DEL ESCORIAL. — TRAFALGAR. — Á BALMIS. — LAS DOS TRAGEDIAS: EL DUQUE DE VISEO Y PELAYO.

Las composiciones que faltan, escritas todas después de 1800, pertenecen por tanto al siglo XIX: detalle que señalamos por escrúpulo de orden, sin atribuirle importancia particular. Quintana es uno de los poetas en cuyo estilo se observa desde el principio hasta el fin una sola « manera », sin otra diferencia que la habilidad y firmeza que el tiempo y la práctica traen siempre gradualmente consigo.

El Panteón del Escorial es un poema lírico-dramático; en su escena capital busca el poeta el efecto trágico haciendo comparecer ante Felipe segundo á su hijo

el príncipe Don Carlos y á su mujer la reina Isabel de Valois, á quienes, según era opinión corriente en tiempo de Quintana todavía, había hecho morir secretamente; después congrega los espectros de los demás monarcas de la casa de Austria, trazando en breves y vigorosas imágenes el drama de la vergonzosa decadencia, precipitada por la rápida degeneración de esa familia de soberanos. Es sobre todo notable en esta composición el acento de profunda sinceridad, la firme, indestructible convicción, de donde brota el fallo tremendo que el poeta pronuncia, rasgos que comunican palpitante interés á una escena tan llena de osadía que el menor desliz, el menor desfallecimiento de la inspiración, la más ligera duda respecto á la intención del autor, hubieran convertido en ridícula ó pueril. Desde los primeros versos siente el lector que no existe ese peligro, y despierta por el contrario viva simpatía el amargo, no fingido desconsuelo del poeta y el patriota,

abrumados de dolor por la situación del país, por la hora infausta en que les ha tocado vivir,

> Al tiempo que el destino
> Las espantosas puertas desquiciando
> Del imperio del mal sus plagas todas
> Sobre España lanzaba
> Y ella míseramente agonizaba.

Versos excelentes como este último, en que el adverbio colocado al medio produce un ritmo pausado de marcha funeral en buscado contraste con los que preceden, abundan en el poema, el más extenso, el de mayor y más armónica brillantez de estilo entre todos, y, así considerado, quizás su obra mejor. La descripción del famoso monumento, la invocación á la Musa del saber, el retrato de Felipe segundo, son trozos de primer orden, por nadie superados en lengua castellana. La descripción particularmente de las facciones del rey constituye un cuadro per-

fecto, con el relieve, la fuerza de expresión á que solo por el pincel de grandes artistas logra llegar el arte de la pintura. Detrás de esos once versos se ve el carácter del monarca tan bien como se adivina el alma de León X en el famoso cuadro de Rafael.

A causa en gran parte de esas excelencias literarias resalta en esta obra, más que en ninguna otra de Quintana, el impulso principal, el resorte motor del carácter del hombre y el escritor: amor intenso de la patria, de su independencia, de su gloria, dominado y dirigido por otro amor igualmente intenso de la libertad y de la justicia, ambos sentimientos fundidos en uno solo, poderoso, avasallador, tan íntimamente enlazado á todo su sér, á su inteligencia y su corazón, que no hubo ocasión ni instante de su larga vida, en la fortuna ó en la desgracia, desde la juventud hasta la ancianidad, que vacilase en sus convicciones, ó en lo más mínimo alterase la inflexible rectitud de la línea de conducta que se había fijado. De ahí que la

pérdida de la libertad equivaliese siempre para él á la pérdida de la patria ; pero de ahí también que se le viese, sin titubear, de los primeros, á pesar del estrecho vínculo espiritual con la civilización francesa, con los artistas y filósofos en cuyos libros se había educado, excitar hasta con ferocidad la cólera nacional, el *rencor inacabable* contra Francia, contra la política impuesta á la nación durante el reinado de Carlos IV y la privanza de Godoy ; y de ahí en fin que, como adivinando la imperdonable agresión, preparase la resistencia en las frases candentes que hace pronunciar á Felipe II contra « esa gente abominable », y en los versos proféticos del final del *Pelayo*. Sentimiento idéntico también al que, sin esfuerzo alguno, desde temprano lo elevó al punto de vista más imparcial para juzgar las crueldades de la conquista y la injusticia secular de la colonización, y que custodiando incólume y perfecto en su corazón hasta el término de su vida expresó por última vez, en las nobles

frases del discurso en el acto de la coronación.

1805, año de la malhadada alianza entre el gobierno de España y el emperador Napoleón, es el *annus mirabilis* de su carrera, porque en él compuso, ó dió á luz, además de *El Panteón del Escorial,* el *Pelayo* y la oda á Trafalgar, tres obras cuyas magistrales cualidades de estilo indican bien que pertenecen á un mismo momento.

En la oda *Al combate de Trafalgar,* escrita apenas llegaron las primeras noticias de la desastrosa batalla naval[1], sorprende que ni se mencione ni se aluda una sola vez á la escuadra francesa; tanto que cualquiera, no enterado, podría leerla sin sospechar que España en esa campaña marítima no tenía empeñado ningún interés trascendental, y entró en ella remolcada por la Francia; que la parte principal de

1. El título con que se imprimió suelta fué: « Oda á los marinos españoles en el combate del 21 de Octubre ». *Madrid: Imprenta Real.* 1805.

la escuadra, como barcos y como tropas, era naturalmente la francesa, francés el almirante en jefe que desatentado buscó y trabó el combate, y francesa en fin la bala que derribó á Nelson mortalmente herido sobre la cubierta de su navío. No es verosímil que la preterición fuese exclusivo resultado del plan sencillo que primero asaltó su fantasía, sino más bien sería deliberada intención de ensalzar el heroísmo de sus compatriotas y protestar al mismo tiempo, de la única manera indirecta entonces á su alcance, contra la política insensata y funesta que uncía la patria al carro de guerra del emperador Napoleón. De esto acaso dependa el tono vago, un tanto frío, de las primeras estrofas, que no permite desplegar todos los recursos hasta que emprende la descripción de la batalla. Pero desde el verso

Tres veces fiero el insular avanza

hasta el último, no hay la más leve des-

igualdad que señalar. La trompa lírica nunca ha lanzado notas más vibrantes y poderosas.

Sucede lo contrario en la silva « A la « expedición española para propagar la « vacuna en América bajo la dirección de « don Francisco Balmis », donde lo mejor es el principio, las dos primeras estancias, joya de metal finísimo que engarza como á piedra preciosa la figura tan rápida, tan expresiva, tan bella :

No somos, no, los que á la faz del mundo
Las alas de la audacia se vistieron
Y por el ponto Atlántico volaron.

Desde la siguiente estrofa la inspiración cambia de rumbo y desmaya, el poeta se copia á sí mismo sin necesidad, insertando un verso ya usado[1] ; el estilo pierde mucho hasta caer alguna vez en redun-

1. « Tened, ¡ay ! compasión de mi agonía » igual al « Tened ¡ay ! compasión de mi amargura » de la *Despedida de la Juventud.*

dancia, en abuso de adjetivos, ó en perífrasis artificiosas como las peores de Delille. El asunto á la verdad no es de los que sostienen al poeta; en vano exalta el aspecto benéfico, humanitario, y encumbra á las nubes el nombre del propagador del descubrimiento de Jenner, el resultado no compensa el esfuerzo, y lo que tan lucidamente había comenzado se desenvuelve con languidez y termina pálidamente, después de haber en el intermedio, una vez por lo menos, frisado con el ridículo en la perífrasis tan poco feliz para designar la vaca : « esposa dócil del celoso toro ».

El *Pelayo,* estrenado á principios de 1805, es una tragedia á la manera clásica, y en endecasílabos asonantados, lo mismo que otra, *El Duque de Viseo,* representada cuatro años antes ; de ambas habla el autor mismo, en el prólogo que redactó al coleccionarlas en 1821, como « de hijas de la inexperiencia y tal vez de la temeridad, » fallo no del todo injusto, contra el cual sería inútil entablar apelación. La primera

es imitación poco afortunada de un mediano original inglés, *El espectro del castillo,* de Lewis, y la única cualidad que á éste generalmente se reconoce, la ingeniosidad de la construcción, desaparece por completo en la reducción castellana, hasta quedar más fría y más seca que la menos buena de las tragedias de Alfieri.

El nombre de Pelayo, y la aventura tradicional en Gijón con que se hace empezar la lucha de siete siglos contra los mahometanos, atraían entonces más que nunca á los poetas españoles, y ya antes habían tratado el mismo argumento en forma dramática Moratín el padre y Jovellanos; pero la tragedia de Quintana obtuvo pronto el favor popular y sumió en sombra las de sus precursores; fué acogida más como esfuerzo patriótico que como obra literaria, y en lo revuelto de aquellos tiempos aplaudida á menudo, como protesta contra la política dominante, contra la intervención que empezaba á ejercer en las cosas de España el emperador francés.

Las efusiones patrióticas en que abunda no hubieran bastado, sin embargo, á asegurarle el éxito, ni á equilibrar la falta de interés de la trama y la vaguedad de los caracteres ; el elemento patriótico en literatura es un valor esencialmente fugaz, por sí solo de poca resistencia á la acción del tiempo, y en el teatro mismo, donde mejor encaja, viene á estar respecto del arte dramático en la relación que las modas en el vestir respecto del gusto público, ante el cual la más reciente desaloja y destruye siempre á la anterior.

Brilla el *Pelayo* por la robustez del estilo y por la sonora elocuencia de los versos ; unido esto al carácter nacional, al fuego de amor patrio que despierta el argumento, y que tan felizmente se enlazaba con el genio lírico del poeta, dió por resultado una obra más lírica que dramática, llena de ardor, y capaz de trasmitirlo cada vez que sus soberbios endecasílabos resuenen en oídos populares dentro de los muros del teatro. Inferior por muchos

conceptos importantes á las tragedias de Cienfuegos, á *La Condesa de Castilla* y sobre todo á la *Zoraida,* obtuvo facilmente por la influencia de esas circunstancias el éxito que estas obras más poéticas nunca pudieron alcanzar, y continuó representándose, no sólo durante la guerra de la Independencia, sino en períodos posteriores. Los aplausos con que era escuchado todavía, medio siglo después, al ser nuevamente puesto en escena á fines de 1854, en un teatro de Madrid, sugirieron á varios jóvenes entusiastas la idea de ir á sacar al autor de su retiro, y públicamente coronarlo á la antigua usanza italiana [1].

1. La edición original de la primera de esas tragedias lleva el siguiente título :

El Duque de Viseo, tragedia en tres actos por D. Manuel José (*sic*) Quintana. Madrid. En la oficina de Benito Garcia y Compañía. Año de 1801. — 96 páginas.

Trae al frente una *Advertencia* (no reproducida ni en la colección de 1821 ni en la de 1852) en que va señalando, muy por encima, aquellos lugares en que siguió de cerca el original, y aquellos en que se apartó, que son muchos, además de los nombres de los personajes, el país y la época, del todo diferentes.

Es de notarse allí este párrafo, en que hay una frase

sobre Shakspeare, muy en armonía con la opinión general de entonces tal como la creó Voltaire :

« El público de Londres acostumbrado á las mayores extravagancias en las *obras sublimes y desatinadas del extraordinario* Shakespeare, ha perdonado á Lewis, ó por mejor decir ha aplaudido en él, la mezcla absurda de las bellezas más trágicas y teatrales con las bufonadas más groseras ; la verosimilitud y decencia corrompidas con apariciones y juegos de teatro pueriles, y la verdad y naturalidad de los diálogos rotos con una música inoportuna ; este conjunto de incoherencias ha dado lugar á que se diga, que el *Espectro del Castillo* es un drama lírico-tragi-cómico con puntas de farsa ».

En 1821 había modificado algo Quintana su opinión, pues en vez de eso dijo, que « la licencia de un drama, el prestigio de la música, y el sistema más abierto en que trabajan los autores ingleses y alemanes autorizan las libertades, cubren las inverosimilitudes y agrandan las proporciones ». (Obras completas, *Rivadeneyra*, p. 41.)

La edición príncipe de la otra tragedia está titulada así : *Pelayo* : tragedia en cinco actos por Don Manuel Josef Quintana, representada en el teatro de los Caños del Peral el dia 19 de Enero de 1805. Madrid, *en la oficina de García y Compañía*, Año de 1805.

Tiene este lema : *Patriaeque impendere vitam* al dorso del título, y lleva también una *Advertencia*, no reproducida, como tampoco el lema, en las colecciones completas ; en la advertencia explica que al valerse de un argumento ya manejado « por dos escritores justamente distinguidos » ha usado de su derecho como autor dramático, porque « ha querido dar por su parte al heroico restaurador de nuestra Nación y Monarquía el tributo de admiración y de alabanza que todo buen español le debe ».

Ambas tragedias fueron muy cuidadosamente corregidas para entrar en la colección de 1821, y las diferencias son numerosas y esenciales.

Año y medio antes de la invasión francesa (como advierte en la *Memoria* sobre su proceso, etc.), agregó los versos « en tono profético » al final del *Pelayo :*

Y si un pueblo insolente allá algún día
Al carro de su triunfo atar intenta
La nación que hoy libramos, nuestros nietos
Su independencia así fuertes defiendan,
Y la alta gloria y libertad de España
Con nuestro heroico ejemplo eternas sean.

Versos que acudieron, muy oportunamente, á dar movimiento y calor al final de la obra demasiado lánguido antes; sustituyendo á los siguientes, sin duda inferiores :

Viendo estáis mi dolor, mi amargo luto ;
Pues bien, yo os le consagro en noble ofrenda ;
Recibidlo; y la patria desde ahora
Mi solo amor y mi familia sea.

Es no obstante de tenerse en cuenta que ciertos trozos, muy notables por brillantez ó energía de estilo, aparecen desde la primera edición en su forma definitiva. En el famoso parlamento de Pelayo : ¿ *No hay ya patria ?...* sólo aparece cambiado un verso, de valor secundario ; mientras que la alusión á la batalla del Guadalete :

Yo vi, yo vi la patria desplomarse ;

y la descripción del rey Rodrigo :

En ruedas de marfil, envuelto en sedas...

son, sílaba por sílaba, idénticos en todas las ediciones, en que tan frecuentes variaciones por otra parte se observan.

VII

ARTÍCULOS EN LAS « VARIEDADES DE CIENCIAS, LITERATURA Y ARTES ». — TRABAJOS EN PROSA DE 1807. — VIDA EN MADRID HASTA 1808. — SUCESOS DE ESE AÑO. — LAS DOS ODAS « A ESPAÑA LIBRE ». — RESIDENCIA EN CÁDIZ. — PRISIÓN EN 1814. — AUTOBIOGRAFÍA.

Llegamos en la vida literaria de Quintana al año 1807, en cuyos meses últimos el nuevo tratado de alianza con Napoleón llamado de Fontainebleau, y la causa formada en el Escorial por Carlos IV contra su hijo Fernando, anunciaron inequívocamente la gran explosión que se preparaba, y que brotó por fin á principios de 1808 con la caída de Godoy, la abdicación de

Carlos y la subida de Fernando VII al trono.

« Antes de que empezase la agitación pasada » dice Quintana en el magistral fragmento autobiográfico que nos ha dejado bajo el título de *Memoria sobre su proceso y su prisión en 1814* « disfrutaba yo de « una situación la más agradable que pu- « diera desear un hombre de letras.... « Llegar á componer algunas tragedias « que fuesen recibidas bien del público y « estimadas de los inteligentes, y escribir « un buen trozo de historia, era toda mi « ambición y todas mis miras; ni más « honores, ni más empleos, ni más ganan- « cias » [1].

Las poesías líricas y las dos tragedias habían extendido por la nación su nombre como poeta. El periódico, *Variedades de Ciencias, Literatura* y *Artes,* que salió dos veces al mes en 1803 y en 1804, de que fué principal redactor y en que insertó diver-

1. Obras inéditas. *Defensa ante el Tribunal de la Inquisición*, pág. 167-168.

sos artículos de atinada crítica sobre muy variados asuntos literarios[1]; las *Poesías selectas castellanas* desde el tiempo de Juan de Mena publicadas en 1807 con dedicatoria á Meléndez y una notable introducción[2], y otros trabajos anteriores[3], habían arraigado firmemente entre los lectores su reputación como humanista. La obra

1. De esos artículos de Las *Variedades* se encuentran cinco reproducidos, ó en todo ó en parte, en los tomos 63 y 67 de la colección Rivadeneyra, y son: *Fábulas de Iriarte*, tomo 63, pág. 2. — Sobre la *elegía de Sanchez Barbero á la Duquesa de Alba*, ibid. pág. 558. — *El Cid de Corneille*, tomo 67, pág. 188. — *La Mojigata*, id., pág. 191. — *La Inocencia perdida*, id., pág. 209. Con uno más sobre Rima y Verso suelto, son los que con provecho pueden leerse todavía. (*Véase capítulo IX.*)

2. 3 vol. Madrid: Por Gomez Fuentenebro y Compañía. 1807. Edición que, segun dijo Quintana en la Advertencia de la segunda, « estaba apurada poco después de la guerra de la independencia ». Hízose otra en Perpignan, 4 vol., 1817, que también se agotó.

3. Vida de Cervantes en la edición del Don Quijote 6 vol. en 12°. Madrid, Imprenta Real, 1797; así como varios prólogos (no firmados) de la Colección de poetas castellanos de don Ramón Fernandez y su continuación, publicados en 1786-1808 — 20 vols, — parcialmente incorporados á la Introducción del tomo I de las *Poesías selectas*, como lo advierte pág. LVI, nota, y en la *Musa Epica* al tratar de *La Bética*. (Véase más adelante, en el capítulo IX de este ensayo).

histórica, *Vidas de Españoles célebres*[1], concebida bajo un plan amplio, y cuyo tomo primero « había merecido el aprecio de propios y extraños »[2], acabó de cimentar su fama, y aun le trajo lo que suele ser complemento indispensable de la fortuna, enemigos ó envidiosos, entre ellos Capmany, el futuro implacable detractor de 1811 en Cádiz ; pero entonces no era llegada la ocasión de alzar la voz, contenidos hasta cierto punto los malquerientes por las numerosas relaciones y simpatías de que gozaba, por su carácter conocidamente afable y cortés, por su conducta como crítico siempre imparcial y moderado. Reunía frecuentemente en su casa algunos amigos y compañeros en el cultivo de las letras, que entre ellos se leían sus escritos, sobre todo aquellos que no podían imprimir ; y era ya en esa época como el jefe de un núcleo de oposición

1. Madrid, Imprenta Real. 1er vol. 1807.

2. Obras inéditas. *Defensa ante el Tribunal de la Inquisición*, pág. 167.

literaria y previsoramente patriótica, que (para usar sus propias palabras, en el ya citado trozo de autobiografía) se mantuvo de pie en medio de la degradación y del envilecimiento de las letras. Era de elevada estatura, de aspecto grave, y aunque de salud escasa en esa fecha todavía, pronto había de traer la edad el gran desarróllo físico que le comunicaría ese porte y andar majestuosos de que, en parodia de Virgilio y aplicando al poeta el título de su tragedia, se reía agradablemente Sánchez Barbero en una sátira latina, *En patet incessu majestas celsa Visei*[1].

Los votos modestos del hombre de letras no debían cumplirse, y por falta de tiempo y ocasión favorable nunca compondría las aplaudidas piezas de teatro, ni tan pronto los buenos trozos de historia que ambicionaba producir. Las tragedias, á pesar de estar ya escogidos los argumentos y

1. Molins, *Bretón de los Herreros*, p. 189.

aun ejecutadas algunas partes, *Roger de Flor, Viana, Blanca de Borbón,* quedaron en borradores, que luego se extraviaron y desaparecieron ; la obra histórica, después del primer retazo de 1807, no sería reanudada hasta veinte largos años más tarde, bajo circunstancias bien diferentes y bien aflictivas para el autor.

Las consecuencias de los sucesos de Marzo de 1808, desencadenándose y precipitándose como Furias, se apoderaron de él y decidieron de su destino : la discordia entre los reyes, el padre y el hijo ; la pérfida ocupación del país por las tropas francesas, y la entrada de Murat en Madrid al frente de un ejército, dieron al traste con la tranquilidad de los españoles, y en uno ú otro sentido á todos sacudió y llevó de encuentro. « Yo he visto (decía Quintana[1] recordando esos días) no servir de amparo el amor del sosiego á los pru-

1. Advertencia preliminar al tomo III de las *Vidas de Españoles célebres.* Julio de 1833.

dentes, ni los consejos del miedo á los cobardes ». Fué él de los primeros que, á despecho de la enorme desventaja, juzgaron la lucha forzosa, inevitable como cuestión de vida ó muerte, y que el deber consistía, no sólo en compartir la ira que la presencia de los franceses inspiraba, sino en contribuír eficazmente, con todas sus fuerzas, á poner la nación « en aquel estado de exaltación y frenesí »[1] con el cual se podría únicamente salvar ; íntimamente convencido, es verdad, en el ardor de su entusiasmo, de que el pueblo capaz de tan costosos y terribles sacrificios por su independencia y libertad nunca más se dejaría oprimir y explotar por los tiranos.

Mientras los franceses ocupaban la capital compuso, antes y después del famoso dos de Mayo, es decir, en Abril y Julio de 1808, las odas *A España* y *Al arma-*

1. Noticia histórica y literaria de Meléndez. — Rivadeneyra, XIX, pág. 119.

mento de las provincias. Cuando los invasores se retiraron de la ciudad con motivo de la capitulación de Dupont en Bailén, las publicó, y asociado á dos amigos dió á luz el *Semanario patriótico,* periódico que fundó para predicar y propagar las mismas ideas, y cuyo éxito fué inesperadamente grande. La Junta central establecida en Aranjuez le confió la redacción de dos manifiestos, uno á la nación y otro al mundo, documentos que escribió con más esmero y calor del que ordinariamente se encuentra en proclamas oficiales, revelándose la intervención del poeta por el acento vibrante de arrebatado patriotismo de algunos pasajes. Mas artículos de periódico y manifiestos de cuerpos colegiados eran de todos modos trabajos de corta vida é influencia limitada ; las dos odas, fabricadas con materia indestructible, fueron el servicio inapreciable, el grande y poderoso medio de despertar y levantar las masas, contribuír á aunarlas en esfuerzo común por la mágica virtud de sus estro-

fas, y animarlas á la pelea; conservando además todo su valor y su eficacia, después de prestado el servicio directo, para llevar á remota posteridad, junto con el nombre del autor, el eco imperecedero de los sentimientos heroicos que agitaron á aquella generación.

Difícil sería — si á algo condujera — escoger entre esas dos odas y designar la más valiosa. La primera, *A España*, empieza y acaba mejor sin duda, el torbellino poético gira y asciende con perfecta regularidad, manteniéndola siempre en las alturas de un arte exquisito; pero en la segunda las tres estrofas que empiezan: — « ¿ Y tú callas, Madrid ? » — á ninguna otra ceden la primacía. Ambas son obras severamente definidas, de gusto clásico puro, animadas al mismo tiempo de movimiento extraordinario, de una frescura y naturalidad sin artificio, como si tuviesen algo también de los productos de siglos primitivos, de civilizaciones jóvenes, no muy apartadas todavía del punto de par-

tida. Bien recordada y pedida está en una de ellas la lira del poeta tradicional de las guerras helénicas:

Desenterrad la lira de Tirtéo
Y al ayre abierto, á la radiante lumbre
Del sol, en la alta cumbre
Del riscoso y pinífero Fuenfria,
Allí volaré yo, y allí cantando
Con voz que atruene en rededor la sierra,
Lanzaré por los campos castellanos
Los ecos de la gloria y de la guerra.

Tirteo es una sombra, del personaje casi nada sabemos, y del poeta poquísimo nos ha llegado; mientras el Tirteo español, surgiendo en medio de período histórico famoso, ha levantado su fama sobre imperecedero fundamento.

El grito de guerra, la evocación de los héroes de la historia y la leyenda, del tercer Fernando, el Cid, Gonzalo, Bernardo el hijo de Jimena; después, el juramento, el apóstrofe á los « ínclitos mayores », todo es bello, es grande, algo

pomposo como la lengua, como el arte, como el patriotismo nacional, pero sincero, vehemente, digno en una palabra de la crisis tremenda que simbolizaba.

No desaparece por supuesto ni un instante la personalidad del poeta filósofo y reflexivo, no es un exaltado ciego, feroz, con el alma embargada por el odio al invasor, y únicamente ansioso de satisfacer la pasión de su venganza, ó de despertar instinto dormido de secular crueldad, nó; presente siempre se halla allí también el filántropo que cantó á Jenner, á Balmis, á Gutenberg; presente sobre todo el político generoso para quien defender la independencia es el medio seguro de conquistar y afirmar la libertad, que recuerda sin cesar, con íntima fruición, que quien lucha contra las legiones formidables de Napoleón es el pueblo español, solo, abandonado de sus jefes, de sus reyes:

Sus déspotas antiguos
Consternados y pálidos se esconden;

y el autor de *El Panteón del Escorial,* el cantor de Padilla pregunta:

¿ Dónde están, sagrado río,
Los colosos de oprobio y de vergüenza
Que nuestro bien en su insolencia ahogaban?

para exclamar inmediatamente, en verso que parte del fondo del corazón :

Su gloria fué, nuestro esplendor comienza !

En esta oda segunda es en la que aparece aquel rasgo brillante y atrevido, sobre el poder de España en los días que á dondequiera que el Océano revolviese sus olas :

A quebrantar su furia
Siempre encontraba playas españolas,

que renueva la conocida imagen del sol nunca puesto en los dominios de la casa de Austria, y compite con otra posterior de un discurso de Daniel Webster sobre

el redoble de tambores ingleses que sigue al sol en su curso, y que en cada una de las horas del dia lanza el toque de diana en algún lugar diferente del globo [1].

Era demasiado pronto á principios de 1808 para adivinar al través de la situación que el coloso napoleónico tenía los pies de barro y se derrumbaría por su propio peso; pero aunque hubiese podido Quintana verlo así, ni su ardor se habría entibiado ni cambiado su conducta, puesto que anhelosamente buscaba, junto con la independencia nacional, el establecimiento de la libertad política y civil, el reconocimiento del derecho de pensar, de hablar, de escribir, de moverse sin trabas odiosas, de vivir y morir en suma, conforme á los libres impulsos de su espíritu. Por eso alzó la voz con tanta fe y tanta energía animando á todos á la resistencia, á la pelea, por eso, á pesar de sus gustos estu-

1. Discurso en el Senado del 7 de Mayo de 1834 sobre la protesta del Presidente Jackson contra el acuerdo del 28 de Marzo del mismo año.

diosos y sedentarios, de la blandura de sus costumbres, *mes mœurs molles,* como decía apropiándose palabras de Montaigne, se arrojó al vórtice sacrificando paz, fortuna, gloria literaria ; por eso, en fin, terminó sus funciones de poeta nacional con esas dos odas patrióticas, y en adelante sólo por compromisos de amistad ó de conveniencia social volvió, á muy largos intervalos, á escribir en verso.

Cuando los franceses por segunda vez ocuparon á Madrid á fines de 1808, y vino con ellos en persona el emperador Napoleón, salió de esa ciudad en que había nacido y siempre vivido, se arrancó con honda angustia á su hogar, á sus libros, á sus hábitos, emprendiendo la peregrinación á pie y solo, con rumbo á Avila, para dar la vuelta, encaminarse á Sevilla y alistarse á las órdenes de la Junta Central. « El hombre más amigo del orden y de « un tenor de vida arreglado y siempre « igual se entregaba desde ese momento « á las vicisitudes de una suerte incierta

« y borrascosa[1]. » La Junta le asignó un puesto de primer oficial en la Secretaría general, y continuó entonces haciendo, por obligación de su empleo, ló que por patriotismo había comenzado un año antes en Aranjuez, esto es, redactando las proclamas y papeles importantes del gobierno. Con éste pasó más tarde á Cádiz, hasta que, disuelta la Junta, creada la Regencia y suprimida la Secretaría general á principios de 1810, se vió « al cabo « de un año de trabajo incesante en un « estado precario y sin recursos[2] ». Por fortuna no tenía todavía enemigos declarados, y los Regentes lo nombraron en seguida Secretario de Interpretación de lenguas (el cargo precisamente que en 1796 había debido Moratín á la protección de Godoy) para poder mantenerlo á su lado y confiarle la redacción de aquellos documentos que exigiesen esmero espe-

1. Obras inéditas, Memoria, etc., pág. 184.
2. Ibid., pág. 196.

cial. Ese fué el tiempo en que extendió los manifiestos famosos que tanto la Regencia, como la Junta local de Cádiz, dirigieron á España y á América, el primero de ellos sobre la convocación de las Cortes, de que ya hemos hablado al principio de este trabajo.

La ciudad de Cádiz, repleta entonces de habitantes como residencia de los poderes supremos y refugio de crecido número de personas venidas de las provincias ocupadas por los franceses, era un hervidero de pasiones, de intrigas, de miserias; las alternativas de la guerra, las peripecias de la revolución profunda verificada en el país, la discordia de tantos intereses opuestos y acumulados, manten an allí como en cerrado invernadero una elevada temperatura, que excitaba los ánimos y vedaba toda especie de reposo ó de sosiego. No era ciertamente el lugar más á propósito para hombre tan amigo como Quintana del orden y la tranquilidad, tan poco afecto al ruido, á la audacia, á la

dosis, siquiera infinitesimal, de charlatanismo, sin la cual en política es imposible medrar. Vivía pues encerrado en su casa la mayor parte del tiempo, evitando los lugares frecuentados, reducido á sus trabajos de oficina y al cultivo de unas cuantas amistades ; y, como era natural, sucedió que, al realizarse las elecciones para las Cortes, sus paisanos los madrileños no se acordaron de él para el cargo de diputado, « ó si se acordaron fué sólo para excluírlo[1] ».

La reunión de las Cortes le produjo inmenso regocijo, le arrancó palabras que traen á la mente el *Nunc dimittis* de Simeón. « Las lágrimas que arrasaron mis ojos « cuando vi desfilar los diputados desde « el palacio de la Regencia á la iglesia « fueron fiel demostración de mi gozo y « mi entusiasmo[2]. » Cuando la célebre asamblea soberana decretó un poco des-

1. Obras inéditas. Memoria. etc., pág. 200.
2. Ibidem.

pués la libertad de imprenta, y creó una « junta suprema de censura » con el objeto previsor de proteger su ejercicio y quitar del conocimiento de la clase hostil de los togados[1] los llamados delitos de imprenta, fué por ella misma elegido como uno de los vocales, y conservó el puesto mientras hubo en España libertad de escribir é imprimir.

Ese fué el ápice de su fortuna política, inmediatamente comenzó el descenso y la desventura.

La Regencia, que por sus frecuentes relaciones con él apreciaba en todo su valor empleado tan excepcional, para guardarlo aun más cerca y premiar á un tiempo mismo anteriores servicios desinteresada y silenciosamente prestados, resolvió, con anuencia de las Cortes, restablecer bajo el nombre de Secretaría de la Real Estampilla algo muy parecido á la

1. Toreno, *Historia del levantamiento, guerra y revolución de España* (Rivadeneyra, tomo 64, pág. 303).

antigua Secretaría general; para ella nombró á Quintana, y propuso luego darle consideración y sueldo de Ministro interino. En el espacio de tiempo mediado entre ambas proposiciones inició Capmany su ataque, por medio de escritos anónimos en que se burlaba de documentos recientes de la Regencia redactados por Quintana; pero al anuncio de los honores propuestos, desenmascaró el ataque, dióle mayor amplitud poniéndose al frente de una coalición formada por el partido anticonstitucional, los empleados de las otras secretarías que no querían el restablecimiento de la nueva oficina, y los malquerientes ó envidiosos, que surgen siempre que se trata de perseguir al mérito verdadero. Ya expusimos el resultado en otro lugar; privado de los honores, pues no llegaron á votarse, y de la nueva Secretaría, porque la renunció inmediatamente, volvió Quintana al retiro de su casa, « y nadie notó en mis escritos » dijo más tarde con legítimo orgullo « la

« menor alteración, la señal más pequeña « de resentimiento ó venganza »[1].

Otra desazón le estaba reservada en ese año de 1811. Lardizabal, miembro del primer Consejo de Regencia, del que formó parte á titulo de americano, como hijo de Nueva España, lo acusó en un manifiesto de haber ocultado, dos años antes, el decreto de la Junta Central sobre la manera de convocar y reunir las Cortes. La acusación era tan prepóstera é insensata, como la precedente de haber favorecido el levantamiento de las Américas por medio de una frase en una proclama ; pero como provenía de los mismos adversarios, y la impulsaban las mismas nefandas intenciones, fué preciso atajarla y salir á vindicar en los periódicos « la pu- « reza, buena fe y delicadeza notorias con « que había manejado los negocios públi- « cos[2]. »

1. Obras inéditas, pág. 212.
2. Interrogatorios (Apéndices á las *Obras inéditas*) pág. 256.

Fuera de las proclamas y papeles oficiales, que después de todo no son verdaderas obras literarias, á pesar de la belleza de algunos pasajes, sólo nos queda un ejemplo de sus labores de ese período en Cádiz, pero muy notable y muy completo: el Informe sobre los medios de arreglar la instrucción pública, que redactó en nombre de una comisión de que, con él, formaban parte Clemencín, Tapia y otros menos conocidos, designados al efecto por la Regencia; expuso en él metódica y claramente sus ideas filosóficas sobre reforma tan esencial en ese momento para España, y de seguro que habría producido grandes beneficios si se hubiesen comenzado á aplicar, siquiera en lo referente á la enseñanza superior, á los programas de las Universidades, pues delirio hubiera sido esperar allí, á principios del siglo actual, el establecimiento de la instrucción primaria universal, laica y gratuita, tal como en el informe se proponía. Se leen con encanto todavía las

reflexiones generales con que comienza, la feliz comparación de ciertos institutos creados, en medio del atraso de las épocas anteriores, con « jardines amenos y « apacibles, plantados entre arenales, que « tarde ó temprano perecen anegados en « la esterilidad que los rodea », y también el vigoroso párrafo sobre la sustitución de la lengua castellana á la latina en los estudios de teología y jurisprudencia[1].

Nombrado socio de número de la Academia Española, tomó posesión en Marzo de 1814, leyendo un discurso de pocas páginas, en que compara la situación de las letras en la época en que se fundó ese Instituto á principios del siglo pasado, con el estado en que se hallaban después de la « degradación » del reinado de Carlos IV y « el estrago » de la guerra contra los franceses[2]. Al concluír, luégo que

1. Obras completas (Rivadeneyra), XIX, pág. 175.

2. Este discurso, no incluído ni en las Obras completas, ni en las inéditas, se halla en las Memorias *de la Academia Española*, año I, tomo II, pág. 633-638.

modestamente se reconoce poco acreedor por sus trabajos al favor que se le hacía, añade: « Pero si en vez del talento y la « instrucción profunda que me faltan, la « Academia ha querido recompensar en « mí el tal cual decoro con que he mane- « jado las letras; si el concierto nunca « desmentido entre mi corazón y mi « pluma; si mi entusiasmo por la libertad, « tan exaltado y tan antiguo, me han « atraído vuestra indulgencia; en tal caso, « el título que me agrega á este Cuerpo « ilustre es más bien una corona cívica « que una palma literaria ».

El concierto nunca desmentido entre el corazón y la pluma: frase típica, inolvidable, que podría servir de epígrafe á toda biografía exacta de este ilustre poeta y adorador de la libertad, en cuyo espíritu la inteligencia y la energía moral no perdieron jamás el equilibrio firme, seguro, que desde temprano lograron.

A las pocas semanas de pronunciado el discurso de recepción encargó la Aca-

demia al nuevo miembro la arenga de felicitación por el arribo de Fernando VII á Madrid, arenga que, si llegó por ventura á componer, le faltó ocasión de presentar, pues el Rey, llamado en aquellos días el Deseado, no entró en su fiel capital hasta el 13 de Mayo, y en la noche del 10 al 11 fué arrestado Quintana al mismo tiempo que todos los liberales prominentes de la nación, inclusos dos de los Regentes, dos ministros de estado, muchos diputados á Cortes; como ellos encerrado en un calabozo, y procesado capitalmente.

Cuando el monarca, desconfiando de la prontitud y severidad de los tribunales, avocó á sí las causas incoadas, falló la de Quintana condenándolo á seis años de prisión en la fortaleza de Pamplona, con los aditamentos usuales de privación de honores, sueldos, etc. ¿Por qué tanta dureza con quien, en resumidas cuentas, no había pasado de categoría muy secundaria en el orden político, pues no

había sido ni ministro ni diputado, y mal por tanto podían achacársele las supuestas doctrinas democráticas de la constitución de 1812 ? Los interrogatorios del sumario, la confesión con cargos, el dictamen fiscal [1], desenterraron para el proceso todas las acusaciones y calumnias de 1811 : proclama á los americanos, decreto extraviado de la Junta Central ; pero basta recorrer la segunda *Respuesta fiscal,* fechada el 15 de Abril de 1815, para comprender que su delito principal, el no expiado, el que exigía aún purificación, era la publicación de las *Poesías patrióticas* en 1808, y más que nada la reincidencia al coleccionarlas todas en 1813 [2]. El ensañado funcionario, que lo califica como *verdadero criminal,* se contenta empero con pedir que se le confine durante cuatro años en la plaza de Badajoz, mientras que Fernando, más impla-

1. Apéndices á las Obras inéditas, II, pag. 253 á 273.
2. *Ibid.*, pág. 272.

cable, lo hizo salir de su encierro de Madrid una madrugada entre bayonetas, destinándolo por seis años á la ciudadela de Pamplona, lo cual era terrible agravación de la sentencia pedida.

Ahí, en estricta incomunicación, apartado de todo linaje de recursos, nada pudo hacer en los primeros tiempos; á los dos años largos de martirio comenzó con el título de « Memoria sobre el pro- « ceso y prisión de don Manuel José « Quintana en 1814 » una breve relación, apología, si se quiere, de los actos de su vida desde 1808 hasta su entrada en el castillo, trabajo que hemos citado repetidamente, copiando muchos pedazos; muy notable por su elocuencia, precioso como documento histórico, y el más brillante testimonio de la ingénita elevación é irrecusable veracidad de su carácter. Es, conforme al título, una *memoria,* con la calma, la sobriedad, el riguroso encadenamiento de un documento forense, un alegato *pro domo sua;* pero trazado por un

artista y dirigido á la posteridad imparcial, no á jueces falibles ó apasionados, y mucho menos al monarca malvado causante de su desgracia, asume desde luego y conserva hasta el fin la amenidad de la obra de arte, así como el tono y trascendencia de un gran trabajo histórico. Reúne además datos biográficos que de otro modo no hubiera sido siempre fácil encontrar.

La patria en tanto, que no se cansaba de victorear al Rey absoluto, y ni siquiera mostraba compasión por los antiguos servidores liberales encarcelados y maltratados, tampoco parecía acordarse del aplaudido poeta de la era revolucionaria. ¡Tremendo desengaño para quien imaginaba que la lucha en favor de la independencia enseñaría por lo menos al pueblo español á nunca más consentir, á no avenirse, tan fácilmente como hasta entonces, con el despotismo monárquico, con la opresión eclesiástica! — « ¿Quién no se hubiera « engañado como yo? » exclama triste-

mente. « La lección que Bonaparte daba á « los españoles era harto fuerte y terrible « para poder sospechar que la olvidasen « tan pronto y les fuese sin provecho[1]. »

1. Obras inéditas. Memoria, etc., pág. 180.

VIII

DE 1820 Á 1828. — DISCURSO EN LA UNIVERSIDAD CENTRAL. — CRISIS DE 1823. — CARTAS A LORD HOLLAND. — ROMANCE Á SOMOZA Y ELEGÍA Á LA DUQUESA DE FRÍAS.

Los seis años « de abominable recordación »[1] tocaron á su término cuando, el primero de Enero de 1820, el comandante Riego proclamó la constitución de 1812, al frente de su batallón en las Cabezas de San Juan. La revolución así iniciada se extendió poco á poco por el país, llegó á Pamplona el 11 de Marzo, día en que se sublevó la guarnición, juraron todos la restablecida constitución, y salió Quintana en triunfo de la ciudadela. El nuevo

1. Rivadeneyra, tomo XIX, pág. 197.

gobierno le devolvió los honores y empleos de que había sido despojado en 1814, y atinadamente lo colocó después en el lugar desde donde mejor podía servir á la patria : en la presidencia de la Dirección de estudios, cargo que lo ponía á la cabeza de la instrucción pública, y á que se consagró con su diligencia y laboriosidad características.

En ese período de 1820 á 1823, — fuera de la noticia crítica y biográfica para una edición de las poesías de Meléndez Valdés, trabajo de amor, de gratitud, en que la indulgencia no enturbia demasiado los ojos del crítico,[1] — nada importante produjo más que el discurso en la instalación de la Universidad Central á fines de 1822. Es una oración en extremo notable, va en primera línea entre sus obras en prosa, y bastaría por sí sola para dar alta idea del sabio y del poeta, porque sus doctrinas en materia de instrucción superior están ma-

1. 4 vol. Madrid. Imprenta Nacional, 1820.

gistralmente desenvueltas, y encierra buen número de imágenes, algunas tan bellas y felizmente expresadas como en sus versos; ésta, por ejemplo, en que aludiendo al oro y á la plata que inútilmente se remitía en un tiempo de América á España, y que, en vez de contener, precipitaba la decadencia nacional, agrega: — « El oro se « gastó, la desidia y la ignorancia preva- « lecieron, con ellas la pobreza; y el genio « de las ciencias, viéndonos sumergidos « en aquel profundo lodazal, echó una « ojeada desdeñosa sobre nosotros, y « llevó su antorcha vivificante á otros « países. »

También el patriota severo é indomable toma allí, como siempre, la palabra, y después de recordar los antiguos protectores de las ciencias y las letras, los dos Alfonsos, el Noble y el Sabio, los Reyes Católicos, el Cardenal Jiménez de Cisneros, á quienes no regatea los elogios, exclama con justo regocijo: « La Universidad « Central es obra de la nación, nacida con

« la libertad, y si los demás institutos,
« ufanos con el renombre de sus funda-
« dores, quieren en esta parte rivalizar
« con el presente, habrán de ceder venci-
« dos cuando comparen la grande distan-
« cia que hay entre las cosas y las perso-
« nas, entre las naciones y los individuos,
« entre las leyes y los privilegios. »

La ilusión liberal duró poco más de tres años. La nueva universidad nacía fatalmente condenada á no llenar el programa, con tan vivo deleite trazado por el orador. La propaganda europea de tiranía y opresión sacerdotal, que se llamaba sistema de la Santa Alianza, ligada con la vanidad militar de Francia, y la comezón de su ministro Chateaubriand, el autor de *René,* de singularizarse y obtener la admiración del mundo como político, decidieron intervenir en los asuntos de España por medio de un ejército, con el Duque de Angulema á la cabeza ; ante él fué cejando el Gobierno liberal, como quince años antes, hasta encerrarse dentro de los

muros de Cádiz; pero llevando consigo esta vez á Fernando VII. Pronto fué preciso capitular; el rey, risueño y decidor, escondiendo hipócritamente sus siniestras intenciones, pasó del lado de sus ministros y vasallos liberales al campamento francés, y recuperando *ipso facto* el ejercicio de su soberanía absoluta nombró ministro universal al Canónigo Páez, declaró nulo cuanto había estado mandando y firmando desde 1820, y ebrio de cólera dió la señal para empezar la más sangrienta, implacable, desesperante persecución.

De esta crisis salió Quintana mucho mejor librado que de la anterior, y pudo, retirándose á un lugar de Estremadura, vivir en silencio, olvidado por los sicarios de la reacción. Mas si las consecuencias materiales fueron soportables, la pena moral debió ser muy grande. El desastre era á la verdad desolador; la libertad nuevamente despeñada en hondo é ignominioso abismo, el rey estimulado, por los aplausos y gritos de triunfo de la apa-

rente mayoría del país, á reasumir la obra infernal con tanto cinismo y tanta crueldad ejecutada en 1814. Cualquier otro, á la edad que él tenía, próximo á cumplir los cincuenta y dos años, gastada parte de la elasticidad de sus órganos y facultades intelectuales, sumido otra vez en la oscuridad y el ocio forzado, hubiera dado todo por perdido definitivamente, y renunciando á la esperanza enmudecido para siempre. Pero como carecía de bienes de fortuna, y como en la población rústica donde residía faltaban medios útiles de emplear su tiempo y trabajar, ansiaba volver á Madrid á continuar las obras de historia y de crítica literaria en suspenso. Algún tiempo había de pasar todavía antes de que se lo concediesen.

En el intervalo pudo hallar, gracias al mismo talento de historiador que le hacía ver más terrible y profunda la caída, alivio pasajero de su dolor inconsolable, escribiendo la relación de cuanto había sucedido, de cuanto había visto en esos

agitados tres años de incesante revolución. Era, es verdad, demasiado pronto para darle forma de narración continuada, filosóficamente completa, y ni por sueño había que contar imprimir en España nada semejante. Por fortuna tenía en Londres un amigo, personaje importante en la política de la Gran Bretaña, miembro muy distinguido de la aristocracia gobernante, conocido y estimado en toda Europa, y cuya opulenta mansión era el lugar donde se reunían todos los jefes del partido *whig* entonces en la oposición, pero cada vez más cerca del poder, y á que acudían los diplomáticos extranjeros y cuanta persona notable por cualquier concepto que residiese ó se hallase de tránsito en la metrópoli de Inglaterra; ese amigo era Lord Holland, tercero de ese título, sobrino carnal y pupilo de Fox, del famoso tribuno y rival de Pitt; hombre además de extensa y variada instrucción adquirida en libros, en viajes repetidos y en el trato social, y de carácter tan seductor que

Ticknor, haciendo suya una frase de Walter Scott decía, que era el individuo más agradable que había conocido[1].

Lord Holland, que contaba casi la misma edad que Quintana, un año más joven solamente, había estado hasta tres veces en España; en una de ellas deteniéndose cerca de dos años en Madrid acompañado de su esposa, la célebre Lady Holland que menciona Napoleón en su testamento hecho en Santa Helena para legarle una prenda, agradecido á la admiración que le había mostrado y á las atenciones con que se empeñó desde Londres por endulzar su cautiverio; en lo cual seguía ella las opiniones y tendencias liberales de su marido, aunque, como es bien sabido, fué de carácter muy distinto y de un temperamento esencialmente dominante y batallador. Lord Holland se relacionó en la capital de España con los principales lite-

1. *Life, letters and journals of* GEORGE TICKNOR, Boston, vol. II, 176.

ratos é hizo los estudios necesarios para componer una detenida noticia crítica y biográfica sobre Lope de Vega, que á su vuelta á Londres publicó en un volumen[1], al que precede una dedicatoria en términos tan lisonjeros, tan encomiásticos y llenos al mismo tiempo de tanta sinceridad, que no es lícito olvidarla en una biografía de Quintana. Hela aquí fielmente traducida del inglés:

1. *Some account of the life and writings of Lope Felix de Vega Carpio* by HENRY RICHARD LORD HOLLAND, London, 1806. — 1 vol.

La segunda edición, á que añadió una vida de Guillén de Castro, ni tan extensa, ni tan interesante, ni tan exacta como la de Lope, se titula así:

Some account of the lives and writings of Lope Felix de Vega Carpio and Guillen de Castro. — London, 1817 — 2 vol.

Atribúyese también á Lord Holland un tomo de traducciones: — THREE COMEDIES *translated from the Spanish*, London, 1807 — 1 vol. — Las tres comedias son: *La Dama duende* y *Nadie fíe su secreto*, de Calderón y *Un bobo hace ciento*, de Antonio de Solís.

Ticknor, en el Catálogo de su Biblioteca (Boston, 1879, pag. 372, 1ª columna) niega que sean de Lord Holland esas traducciones y aduce razones decisivas; sin embargo, dos obras recientes y de gran crédito en Inglaterra (THE ENCYCLOPAEDIA BRITANNICA, 9th. edition, vol. VIII, y el DICTIONARY OF NATIONAL BIOGRAPHY EDITED by LESLIE STEPHEN, vol. XX), persisten en atribuirlas á Holland.

« DEDICATORIA

« A

« DON MANUEL JOSEF QUINTANA

« Señor,

« Al ofreceros las siguientes páginas no « deja de occurrírseme que pudieran los « lectores acusarme de intenciones muy « diferentes de aquellas que deseara ex- « presar, y sospechar con aparente razón « habilidad de autor y vanidosa satisfac- « ción, en lo que es solamente homenaje « de amistad y reconocimiento de favores « recibidos. En efecto, si fuera mi objeto « pasar entre mis compatriotas por una « autoridad en asuntos de literatura cas- « tellana, nada sería más eficaz para ello « que el aludir á la dirección y á los auxi- « lios que he debido, en mis estudios é « investigaciones, á un español tan emi- « nente por la delicadeza del gusto y los « conocimientos literarios. Nada implica-

« ría más hábilmente títulos en mí para
« juzgar de célebres poetas españoles,
« que han muerto, que el proclamar la
« íntima amistad con que me honra otro
« poeta español, que está vivo. Pero como
« prefiero merecer del público el cargo
« de vanidad más bien que el de ingrati-
« tud, no me es posible enviar á la prensa
« estos pliegos sin declarar las ventajas
« que he obtenido de vuestros consejos y
« de vuestra conversación al colegir los
« materiales de mi tarea. La única circuns-
« tancia en verdad que me permite mirar
« con satisfacción obra tan imperfecta y
« superficial como la mía, es el recuerdo
« de las muchas horas agradables y las
« muchas valiosas relaciones que me ha
« traído en el país á cuya literatura está
« consagrada.

« Vassall Holland[1] ».

Holland House, Kensington,

Julio 19 de 1806.

1. Lord Holland obtuvo autorización de usar el apellido

En forma, pues, de cartas á ese famoso personaje emprendió su trabajo, y en algunas partes dióle realmente carácter de coloquio amistoso: « Yo me figuro (dice « en la primera) que el raudal de la for- « tuna me ha llevado á Londres, y que en « vuestro gabinete ó en vuestra biblioteca, « á la manera que en otro tiempo en Ma- « drid hablábamos de letras, de filosofía « y de política, echamos una ojeada sobre « esta última época de nuestra revolución « y contemplamos el curso que han lle- « vado nuestros negocios políticos hasta « el abismo en que acaban de sumer- « girse. »

Son diez extensas cartas, con el objeto primordial de defender á sus correligionarios de la acusación que por toda Europa se les hacía, bajo la inspiración de la Santa Alianza, de indignos é incapaces

de familia de su mujer añadiéndolo á los suyos. Véase la biografía de ésta, bajo el nombre de ELIZABETH VASSALL FOX, en el Diccionario biográfico de Leslie Stephen, vol. XX.

de la libertad. La obra, como dirigida á un extranjero neutral en las discordias españolas, es de una gran imparcialidad; hasta parece imposible á ocasiones que hubiese sido compuesta inmediatamente después de los dolorosos sucesos que relata, y mejor quizás habría sido que el poeta y el patriota indignados hubieran sin temor dado rienda suelta á sus sentimientos. Era demasiado pronto para juzgar con desapasionamiento completo; los trozos más animados y brillantes son siempre aquellos pocos, en que se siente la amargura ó el despecho del vencido debajo de la aparente calma, en que la proximidad del desastre, el interés personal del narrador y la afrentosa situación pueden más que los deseos, y llenándolo de ira sugieren acentos de verdadera elocuencia. Otros pasajes hay bellos por sí mismos, acreedores á un puesto en las antologías, como buenas muestras de su nervioso y varonil estilo; por ejemplo (si ha de citarse uno solo) el final de la carta

novena donde se describe la salida de Cádiz del rey perjuro, y su traslación al Puerto en la falúa mandada por Valdés, el mismo que como Regente lo había traído desde Sevilla, y « cuya imperturbable frente « en una y otra ocasión no dejó de mos- « trar por un momento siquiera la ente- « reza y resolución de su generoso carác- « ter ». Todo ese epílogo de la lucha está descrito con fuerza y sobriedad, deja profunda impresión, y los rasgos de la escena, « el mar sereno, el viento en calma, « el sol escondido entre celajes, el color « del día pardo y oscuro » oportunamente recordados, disponen el ánimo del lector, como dispusieron el de los espectadores, « á la gravedad y la melancolía ». Hábilmente señalado también el contraste entre Fernando que partía « más como mísero « tránsfuga que como poderoso monarca », y los concurrentes « ya vestido el luto de « los bienes que perdían » que desde el muelle y la muralla escuchaban en silencio los vivas de ordenanza, revelando en

sus ojos y palabras « más sorpresa que « congoja ».

No pudieron por de contado estas cartas circular en la época nefasta en que se escribieron; el manuscrito guardado por el autor fué dado á la estampa en 1852 para formar parte del tomo, con las mal llamadas « Obras completas », publicado por Rivadeneyra, y constituír la sección tercera, reservada á la *Política*. Añadióle entonces un sólido prólogo para explicar el gran retardo y aprovechar, á título de viejo y experimentado lidiador, la ocasión de advertir á sus compatriotas liberales los riesgos de dormirse en la posesión de los pocos derechos políticos que hasta entonces habían adquirido, pues el estado de libertad exige vigilancia y combates continuos; si los adversarios dicen que « no « es otra cosa que una arena sangrienta « de gladiadores encarnizados », importa poco, mucho más repugnante que ese espectáculo « es el de Polifemo en su « cueva devorando uno tras otro á los

« compañeros de Ulises », — frases en que persiste el sabor amargo que depositaron en sus labios tantos vaivenes y desastres, en que se refleja también la indomable fortaleza de su espíritu.

El historiador y el político no se callaban ; pero el poeta resignado al silencio no daba signos de vida. Dos años después de la fecha de la última de esas cartas, un amigo, por quien sentía tanto afecto como estimación[1], lo excitaba á continuar el cultivo de la poesía ; la respuesta es el magnífico romance de 1826, *A Somoza*, en que principia afirmando que ya no es poeta, que los años y desventuras lo agobiaban, que las « ásperas rocas », los « campos ingratos » en que vivía le vedaban todo trato con el arte ; mas de súbito, irguiéndose al recuerdo de la odiosa

1. Don Josef Somoza Carbajal á quien luego (el 20 de Noviembre de 1829) dedicó el tomo IV de la *Nueva edición* de las *Poesías selectas* (Madrid, 1830), haciendo de él grandes alabanzas, porque « cultiva las musas y la filosofía para su propia felicidad y no para la fama ».

situación política de la patria, se estremece, como viejo corcel de batalla, al contacto de la punzante memoria, y prorrumpe: —¿Quieres que cante?—

Saca á la infeliz España
De la profunda mazmorra
En que aherrojada la tiene
La iniquidad de la Europa:

Despierta en sus hijos viles
Aquel sentimiento de honra
Que un tiempo los alentaba
Al laurel y á la victoria;

Y entonces quizá se anime
Mi voz trabajada y ronca,
Y á lucir vuelva en mi frente
Del Genio la sacra antorcha.

Pero la inmensa amargura nuevamente lo abruma; nó, la lira de oro nunca volverá á sus manos; pendiente queda del ciprés infausto que da sombra al sepulcro de la patria:

Allí la lluvía te ofende,
Allí los vientos te azotan,
Y algún esclavo que pasa
Con vil furor te baldona.

Yo sé que tú te estremeces,
Y en tus cuerdas, aunque rotas,
Algún eco sordo se oye
De indignación y congoja.

Sufre, oh lira ! : igual destino
A tu triste dueño acosa,
Juguete de la fortuna
Que en sus afrentas se goza.

Él calla, imita su ejemplo ;
Y desamparada y sola
Déjate mecer del aire,
Guarda silencio y reposa.

A ninguna otra composición confió tanto de sus sentimientos íntimos, de su situación personal en el instante que la escribía, sin duda porque era un desahogo en el seno de la amistad y no pensaba publicarla : hallóse en efecto después de la muerte entre sus papeles inéditos, y es

positivo que en alguno que otro lugar denuncia falta de retoque, de pulimento final por la mano del artista.

El otro romance de la misma época, *La fuente de la mora encantada,* menos interesante desde el punto de vista biográfico, vale más como trabajo artístico; es un mero juguete de su imaginación, pero tan nítidamente concebido, tan primorosamente ejecutado que puede calificarse de obrita maestra, y parece realmente por su novedad un eco de la literatura alemana ó inglesa de principios del siglo, con mucho tino ajustado á la poesía española por su carácter morisco y su transparente simbolismo.

El Epitalamio *Cristina* apareció, como ya hemos dicho, el año de las últimas bodas del rey, y al siguiente, 1830, la oda en la muerte de la Duquesa de Frías para la *Corona fúnebre* que tejieron los poetas españoles en honor de esa señora, cuyo esposo era también poeta y académico distinguido.

Hay en las siete composiciones posteriores á 1813 una variedad de metros relativamente mayor que en la gran colección de ese año, pues se subdividen en tres romances octosílabos, un soneto, una silva, unas endechas en versos de seis sílabas; y la elegía á la muerte de la Duquesa, en estrofas de cuatro versos de siete y once sílabas, y en robustos cuartetos endecasílabos, simétricamente rimada.

No trató ciertamente en esta última de salir del paso engranando simples cumplimientos de cortesía, ó desenvolviendo elegantemente ideas comunes como las de la silva *En la muerte de un amigo,* escrita treinta años antes; por el contrario, olvidando, ó abandonando de propósito, ciertos hábitos y formas de lenguaje característicos del siglo anterior con su afectación, bien importuna á veces, de sensibilidad y de ternura, contempla el doloroso caso con viril resignación, y en vez de agregar otra voz plañidera al coro de lamentos, insiste en ofrecer el único con-

suelo posible, recordando, á los que desolaba el triste y prematuro fin de la joven y hermosa mujer, que el sepulcro es el puerto único en « el recio temporal del mundo », la única posible defensa contra la inevitable, la odiosa decadencia física y moral, más cruel y más horrible mientras más bello y más fragil el sér humano en quien se ceba.

Esta poesía, más corta, más sencilla, menos desordenada que *La escuela del sepulcro* de Cienfuegos (é inevitablemente la recuerda por la identidad del asunto) es de superior categoría. Prescindiendo de la firmeza y precisión de estilo de la de Quintana, aspecto por el cual no se pueden ambas parangonar, en la de Cienfuegos — que es una epístola filosófica en versos libres, excelentes á menudo, y contiene tres ó cuatro magníficos pasajes — sobra por inútil, por contradictorio todo el final, todo lo que dice la voz que habla desde la tumba ; y sobra, no sólo porque la inspiración se arrastra debilitada, sino porque

la tendencia optimista, racionalista que de súbito se descubre, combate y destruye al cabo el efecto poético de sombría desesperación, que todo lo anterior ha ido creando en el lector.

La obra de todas suertes debió llegar á estar muy apartada de la memoria de Quintana, pues á pesar de su inclusión en la « Corona fúnebre » la olvidó, junto con los romances de 1826, al coordinar para la « Biblioteca de Autores Españoles » la edición de 1852; ó sería más bien que, persistiendo en juzgar todos esos versos de muy poco valor, los miraba como flores anómalas y tardías del arbol, sacudido y desgajado por el huracán de 1814, nunca vuelto á su prístina robustez.

X

VUELTA Á MADRID. — NUEVA EDICIÓN Y NUEVO TOMO DE LAS POESÍAS SELECTAS. — QUINTANA COMO CRÍTICO.

Cuando obtuvo por fin en 1828 permiso de vivir en Madrid, se dedicó asiduamente á los trabajos que solamente allí, con los dàtos y documentos necesarios á la mano, podía llevar á término. Política y literariamente todo le era adverso en la situación de la capital, y el menos hostil quizás para con él era el monarca mismo. Moratín murió en el curso de ese año, en París, pero su espíritu dominaba entonces en las esferas oficiales, donde el antecedente de haber sido « afrancesado » no era ya una tacha, y donde triunfaban sus amigos, señaladamente Hermosilla, que

llenaba alto puesto en la instrucción pública, y había consignado sus doctrinas ultraclásicas en un libro, *Arte de hablar,* declarado texto forzoso para las clases de humanidades. Por fortuna no esperaba Quintana favores de ninguna especie, y se reducían sus votos á que lo dejasen estudiar tranquilamente en su casa.

Inmediatamente preparó nueva edición muy aumentada de las *Poesías selectas castellanas* publicadas en 1807; y añadió un tomo, el segundo, á las *Vidas de españoles célebres,* con las de Vasco Núñez de Balboa y Francisco Pizarro: ambas obras salieron en 1830. En 1833 aparecieron: la segunda parte de las Poesías selectas con el título de *Musa épica,* y el tomo tercero y último de las Vidas, comprendiendo las de Don Alvaro de Luna y Fray Bartolomé de las Casas. Después ni publicó ni preparó trabajo alguno extenso ó importante, excepto una biografía crítica de Cervantes, refundición de la noticia que treinta años antes había dado para la edición

del Don Quijote hecha por el regente de la Imprenta real, noticia que encomió Navarrete[1] y se reprodujo en otras ediciones. La refundición equivale á un trabajo enteramente nuevo, resumen elegantísimo de todo lo que en la obra de Cervantes se buscaba y encontraba, antes de que la crítica dogmática cediese el paso á la erudición histórica y bibliográfica, y las reflexiones puramente literarias al estudio menudo de los hechos y datos positivos. El resumen llega (en las notas por lo menos) hasta la publicación de *El Buscapié;* en una de ellas alude á las disputas que originó, y se confirma, por lo que allí dice, que fue él, como entonces se corría y aseveró Gallardo en celebérrima polémica[2], de los que al pronto se inclinaron á creer de Cervantes ese opúsculo, cosa que hoy nos

1. Vida de Cervantes, por D. Martín Fernandez Navarrete. Madrid, 1819, pág. 512.

2. Hay muy interesantes detalles sobre esa polémica, y sobre la alusión á Quintana, en la biografía de Estébanez Calderón por don Antonio Cánovas del Castillo : — El « Solitario » y su tiempo, tomo II, capítulo XIII.

parece inexplicable. Sorprende en efecto que crítico tan sagaz, uno de los que más temprano trataron y resolvieron en el recto sentido las dudas sobre si eran de Quevedo y de Lope de Vega respectivamente las obras de Francisco de la Torre y de Tomé Burguillos, y de los muy primeros en sospechar de la autenticidad del *Centón epistolario,* cayese facilmente en el lazo que tendió don Adolfo de Castro á sus contemporáneos.

Las disertaciones que preceden á las diversas partes de las « Poesías selectas castellanas », y á la *Musa Epica*[1], reunidas en el tomo de la colección Rivadeneyra bajo el rótulo de « Estudios sobre nuestra poesía », donde se encuentran tales como el

1. *Poesias selectas castellanas* recogidas y ordenadas por Don Manuel Josef Quintana. *Nueva edición aumentada y corregida*, 4 vol. Madrid. Imprenta de D. M. de Burgos 1830. — (La advertencia preliminar del tomo I está fechada : 20 de Junio de 1828 ; la dedicatoria del tomo IV : 20 de Noviembre 1829.) Las *observaciones* al final de cada tomo, de los tres primeros principalmente, que á menudo son excelentes y muy dignas de conservarse, no están reproducidas en el tomo de la Colección de

autor las insertó en las ediciones de 1830 y 1833, con pequeñas añadiduras posteriores, son relativamente breves y superficiales; el asunto, demasiado vasto, sólo así podía caber en tan corto espacio; mas por lo mismo no son muy capaces de conservar para la posteridad grande importancia. El mejor estudio es aquel en que este inconveniente resulta menor, el que versa sobre la poesía épica castellana; aunque siempre el más interesante será el de la poesía del siglo XVIII, pues si bien los elogios pecan algunas veces de indulgentes, el conjunto vale mucho como declaración de un testigo; mejor dicho, á modo de comentario de una campaña, en cuyas últimas acciones tomó el narrador activa parte,

Rivadeneyra. En éste sólo hay de nuevo alguna pequeña nota, como la de la página 139 sobre Lope de Vega.

Poesías selectas, etc. — Segunda parte. — Musa Épica — 2 vol — Madrid : 1833, Imp. de D. M. de Burgos — La Advertencia preliminar no tiene fecha al pie; pero comienza así : — « Al publicarse en el año pasado de 1829 la nueva edición de nuestras Poesías selectas... » Lo cual indica que estaba lista la obra mucho antes, aunque no saliese á luz hasta 1833.

hasta el punto de llegar á ser más adelante el primero de los generales en esa escuela formados.

Al través del precioso y moderado estudio penetra y claramente se percibe el eco de la reñida contienda literaria en que se halló siempre envuelto. A pesar de que se abstuvo — probablemente para que nadie dudase de su imparcialidad — de analizar y calificar las poesías líricas de Moratín (algunas de las cuales insertaba en el Apéndice); á pesar de que como autor dramático lo menciona y celebra, tanto en la introducción como en una noticia biográfica, ni lo uno ni lo otro satisfizo á los amigos y admiradores. Tampoco Hermosilla menciona, más que de paso, y sólo indirectamente alude, á las poesías de Quintana en el libro, que ya se preparaba entonces á escribir bajo el título de *Juicio crítico de los principales poetas españoles de la última era,* y que había de reforzar además con papeles póstumos de Tineo; pero en cambio prodigó sin tasa las alusiones em-

bozadas, los ataques de soslayo, los golpes á mansalva, tanto que no sería fácil decidir si en la obra predomina espíritu literario ó deseo de venganza personal. El *Juicio crítico,* impreso en París después del fallecimiento de su autor, « sólo en América logró algunos lectores » ha dicho el señor Menéndez y Pelayo[1]; y efectivamente Andrés Bello hizo de él extenso análisis en *El Araucano* de Santiago de Chile, 1841 y 1842, principalmente de la parte en que tan desmedidamente se ensalza á Moratín[2]. Allí por cierto notamos que compara Bello la oda *A la memoria de don Nicolás Fernández de Moratín* y el bellísimo romance de José María Heredia, *A mi padre en sus días,* con objeto de mostrar por medio de ese ejemplo del poeta cubano cuál debiera ser « el genuino lenguaje del

1. *Historia de las ideas estéticas en España.* Tomo III (volumen segundo), pág. 302. En ese mismo volumen está Quintana como crítico literario muy bien estudiado y apreciado por el más competente de los jueces.

2. Artículos coleccionados en el tomo VII de las Obras completas *de don Andrés Bello,* Santiago de Chile, 1884.

amor filial y la verdadera ternura », muy diferente del frío y artificioso, que emplea Leandro Moratín, en el romancillo heptasílabo en que celebra la memoria de su padre.

Cuando después del fallecimiento del Rey en 1833 fué menguando el favor de que gozaba Hermosilla, y creciendo por el contrario, á la sombra del nuevo régimen, el aprecio y respeto generales hacia el digno y silencioso poeta tan cruel é injustamente vilipendiado, nadie deploraría más amargamente el cambio que el rencoroso gramático, nadie vería con desagrado mayor esa nueva confirmación del verídico proverbio italiano : *chi dura vince*. De ahí sin duda brotó y se acumuló la inquina que desborda por todos lados en el citado *Juicio*.

Los estudios sobre la poesía española pueden haber envejecido un tanto y, aun considerados como breves disertaciones, perdido alguna parte de su interés, en virtud de progresos recientes de la erudi-

ción y rumbos diferentes del gusto; pero el eminente servicio que representan para la época en que se dieron á luz, el raro ejemplo de juicio superior que forman, mantendrán siempre en alto el nombre, é incólume el prestigio, del humanista esclarecido que llevó á la tarea tanta imparcialidad como simpatía, tanta sagacidad como empeño decidido de equitativamente distribuír la alabanza ó el vituperio. Fué en ese terreno un verdadero precursor; ¿quien más que él, en toda España, durante la última década del siglo XVIII, se hallaba bastante libre de preocupaciones de escuela y bien lleno del genuino espíritu nacional, para explorar y bojear, aunque someramente, toda una provincia literaria, tan remota, tan poco recorrida como la poesía popular de los Romanceros? Desde 1796, en el tomo XVI, primero de dos dedicados á los romances, de la Colección de poesías que, hacía diez años ya, había empezado á aparecer bajo el nombre apócrifo de don

Ramón Fernández, dió á entender, antes que nadie, de una manera algo vaga, pero inequívoca, que en ellos se sentía latir el genio español con más fuerza que en los trabajos de gabinete de tantos escritores eruditos, para agregar en seguida, explícitamente : « hay en los Romanceros más expresiones bellas y enérgicas, más rasgos delicados é ingeniosos que en todo lo demás de nuestra poesía[1] ».

Esa misma afirmación fué repetida en los mismos términos en las dos ediciones, de 1807 y 1830, de las *Poesías selectas*. Importa poco que los modelos incluídos, tanto en el « Parnaso » de Fernández como en los que llevan el nombre de Quintana, no sean de los realmente populares, y que por falta de documentos no penetrase hasta el fondo mismo de la cuestión diferenciando los romances viejos y los

1. Poesias *escogidas de nuestros cancioneros y romanceros antiguos. Continuación de la colección de D. Ramón Fernández.* Tomo XVI — MDCCXCVI — En Madrid en la Imprenta Real — Prólogo, página xviii.

artísticos más recientes; no todo podía hacerse de una vez, pero la frase citada, con la fecha al pie, « 1796 », basta para su gloria de crítico; es como una inscripción entallada en piedra, en una columna del templo, que no se borrará, y defenderá del olvido su reputación.

Al transcribir en la edición de 1807 lo estampado en 1796, suprimió ya una frase desdeñosa sobre los romances heroicos, signo de que iba poseyendo mejor la materia, y aunque nada alterase en 1830, su interés por esas obras continuó aumentando, como lo demuestran los consejos con que excitó á Durán á agrandar su Romancero, consejos á que éste se refiere en una nota del Prólogo de su Colección definitiva [1].

En sus trabajos posteriores de crítica no concedió tampoco Quintana á la erudición, al estudio detenido de los orígenes y de los primeros tiempos de la poesía castellana, la importancia capital que,

1. Rivadeneyra, X. *Romancero por Durán*, I, prólogo, vii.

desde antes de 1830, ya por todas partes fuera de España se le reconocía. En virtud de sus grandes dotes de sagacidad y moderación, del aprecio é interés profundo con que era capaz de consagrarse aún á lo que más se alejaba de su gusto y aficiones ordinarias, estaba sobre todo llamado á ejercer influencia en la literatura contemporánea del país, á dar como artista ejemplo en algunos géneros al mismo tiempo que en todos consejo como crítico. Fué verdadera lástima que las circunstancias sólo por muy breve término le permitiesen ocupar esa posición, los dos años que duraron las *Variedades,* publicación que cesó en 1805, el momento precisamente en que su autoridad comenzaba á adquirir mayor peso por la edad, el prestigio y el éxito de sus escritos. Ninguna otra persona ejercía entonces la crítica en España de esa manera constante, eficaz, independiente, y provisto de instrucción tan sólida y variada.

El juicioso artículo sobre *La Mojigata*

de Moratín, escrito con motivo de la representación de esa comedia en 1804 conforme á una versión corregida y reconocida por el autor, es un modelo de imparcialidad ; si bien no ahonda mucho en el análisis, señala con gran tino algunos de los lunares de la obra. Mucho mejor es el que trata del Cid de Guillén de Castro y del de Corneille, á propósito de una pobre traducción en verso de este último publicada en 1803 ; ataca en ese artículo la cuestión, tan debatida antes y después, de los méritos respectivos de esas famosas piezas de teatro, se empeña en reconocer con equidad las cualidades de cada una, aunque sus simpatías lo inclinen del lado del poeta francés, cosa que no extrañará quien tenga presente la época, la educación del crítico y la escuela literaria á que como autor dramático pertenece. En esa misma cuestión muchos han cometido grandes exageraciones en sentidos opuestos, unos (franceses principalmente) ensalzando á Corneille hasta el ditirambo, otros

(como Schack en la *Historia de la literatura dramática en España*) denigrándolo hasta el menosprecio; Sainte-Beuve es quizás el único que la ha tratado con perfecto conocimiento de todos sus elementos, colocándose en el punto desde donde la vista es más completa, más dilatada, en cuatro extensos *Lundis,* escritos en 1864 [1], de cuyo carácter general puede dar idea bastante exacta la siguiente frase muy aguda y sugestiva: — Corneille (dice) en una pieza muy interesante y muy rica sin duda alguna, pero muy esparcida y más biográfica que dramática, cortó un *Cid* bien francés, un *Cid* á la manera de París, « *à l'instar de Paris* ».

Es igualmente ejemplo bueno el artículo sobre el poemita de Reynoso *La Inocencia perdida,* con motivo de la linda edición hecha en 1804 por la Imprenta Real, en el cual, siguiendo huellas de Boileau, desaprobaba la elección de asuntos

1. *Nouveaux lundis.* Vol. VII, pág. 199-306.

religiosos en poesía, porque no es posible ejercer libremente la fantasía « en objetos que es fuerza adorar con terror y respetar en silencio ». Esta observación, inexacta en términos tan absolutos, pero en suma muy defendible, provocó á terciar en el debate al que fué después en Inglaterra el célebre Blanco White, y era entonces amigo íntimo de Reynoso y concurrente á la tertulia de Quintana ; en una razonada comunicación (suscrita: *Jos. M. Bl.*) sostuvo con mesura que esos asuntos « no son estériles por ser religiosos, aunque haya muchos que lo sean ». La divergencia de opiniones entre los dos distinguidos contendientes no es ni grave ni profunda, pero sí curiosa, especialmente para quien recuerde que Blanco en ese instante estaba ya más lejos de la fe católica que Quintana[1] mismo, residiendo en

1. *Despedida* á los hispano-americanos en las *Variedades* ó *Mensajero de Londres*, Octubre 1°, 1825. — Rivadeneyra, Poetas líricos del siglo XVIII, tomos 61 y 67. — Lasso de la Vega, Escuela poética sevillana (Madrid, 1876). — Menéndez y Pelayo, Ideas estéticas, III, vol. 2°.

Madrid en virtud de licencia por no volver á Sevilla á praticar su « odioso oficio de engañar á las gentes » decía ; y el oficio era la canonjía Magistral de la capilla de San Fernando, ganada por oposición pocos años antes. La polémica es más interesante que la originada por Tineo á propósito de *La Mojigata,* aunque al artículo de Blanco en realidad no contestó Quintana, limitándose á ponerle breve nota, de unos doce renglones[1], en que, á más de hacer ligera explicación de una frase de su juicio, aprovecha la coyuntura de elogiar la misiva del canónigo de Sevilla como « ejemplo del modo urbano y decente con que deben tratarse estas materias entre personas que cultivan las letras y se estiman recíprocamente ».

La frase última se encamina directamente á Tineo por su intervención (anónima, pero de todos bien conocida) en supuesta defensa de la *Mojigata.*

1. *Variedades*, año II, tomo I, pág. 179 y 180.

A Tineo creyó del caso Quintana replicar punto por punto, con varias notas que fué insertando en los lugares oportunos, porque las intenciones hostiles, aviesas, del articulista penetraban y venían á la superficie, al través de la excesiva minuciosidad de sus observaciones. Moratín mismo terció en la polémica, de manera muy característica, por medio de una carta, áspera é irónica, en que afirma no tener nada que ver con su defensor, reprueba que haya guardado el anónimo, y advierte que su costumbre es no responder á las censuras hechas á sus obras[1]. « Si al autor del papel citado (concluye) no le ha parecido bien lo que vmds. han dicho de *la Mojigata,* sea en buen hora, y salga como pueda del empeño, en que voluntariamente se ha querido meter. Yo no la defiendo, ni hasta ahora lo necesita, y *el responderle á él no será responderme á mí.* Madrid 23 de Julio de 1804. B. L. M.

1. *Variedades*, tomo 3°, año I, pág. 306.

de vmds = su seguro servidor = L. F. de M. »

Pero el mejor de todos esos artículos de *Las Variedades,* y uno también de los más extensos, versa « sobre la Rima y el verso suelto »; en él sostiene que los consonantes no son en la versificación española tan necesarios, tan indispensables como en la francesa, y dice que « los versos sueltos, solos á veces, unidos entre sí otras, cortados de cuando en cuando, variando siempre en la disposición de sus cesuras, de sus acentos y de sus terminaciones, sin dejar de contentar el oído por su cadencia, son una imagen más verdadera y más propia para presentar la marcha del discurso ; siempre libre y desembarazada, siempre diversa de sí misma ». En prueba aduce los ejemplos de Figueroa en una égloga y de Jáuregui en la traducción de *Aminta,* fortificando además su opinión con lo que pasa en inglés y en italiano.

Esa viene á ser la teórica de la versifi-

cación de sus obras líricas, pues en las dramáticas adoptó el romance endecasílabo, término medio entre los alejandrinos pareados de los franceses y los endecasílabos sueltos de los italianos. No abundan, sin embargo, en las obras líricas de Quintana composiciones escritas desde el principio hasta el fin en versos sueltos, sin rima de ninguna clase, fuera de los fragmentos traducidos del *Pastor fido,* y dos ó tres piezas más, aunque en una de ellas, *A D. Ramon Moreno, sobre el estudio de la poesía,* hay trozos de primer orden. Las grandes cualidades de la lengua castellana se acomodan bastante al verso suelto, pero sin llegar al esplendor que en él alcanza la italiana, pues no dispone la primera de la riqueza de inversiones ni de la libertad de terminaciones en los vocablos ni de la contracción de vocales que tiene la segunda; y procedió á nuestro parecer Quintana con tino al preferir más á menudo mezclar los versos sueltos con los rimados en sus silvas, razón por la cual

son, como se ha dicho muy bien, « silvas con pocos consonantes y muy pocos heptasílabos[1] ». Nada sacrifica á la rima, pero le conserva siempre papel importante, y volviendo á intervalos, regulares algunas veces, nunca demasiado apartados, mantiene la unidad del efecto musical por medio de sus cadencias sabiamente colocadas.

Como modelos cita en el artículo versos libres de Cienfuegos y de Meléndez : un pedazo del *Idomeneo* del primero, un trozo de elegía del segundo ; y son efectivamente versos llenos, robustos, excelentes, como rara vez los hizo Quintana tan buenos. Pero la superioridad de éste reposa, como ya hemos visto, sobre otra especie de fundamentos[2].

1. Menéndez y Pelayo, Conferencia en el Ateneo, Madrid, 1887.

2. Variedades de Ciencias, Literatura y Artes. *Obra periódica*, 8 volúmenes, 1803-1805. — *Madrid, en la oficina de Don Benito García y Compañía.* — Solamente en los cinco primeros volúmenes, es decir, en el primer año y primer trimestre del segundo, hay artículos de Quin-

tana, todos suscritos con iniciales: *M. J. Q.*, menos el *Prospecto* que, aunque no firmado, se adivina por el contexto que es de él.

He aquí sus títulos:

Tomo I. —*La Muerte de Abel*, tragedia en 3 actos.—*Del* Cid de Corneille. — *Composición en la muerte de la Duquesa de Alba* por Sanchez Barbero. — *Obras* del Coronel Don Josef Cadalso.

Tomo II. — Notas á unas *Reflexiones* sobre la crítica de las obras de Cadalso. — *Viaje* de Vivant-Denon á Egipto (tres artículos). — *La Mojigata.*

Tomo III. — Del Idilio y de la Egloga. — Sobre un artículo de la *Década filosófica* (fábulas de Iriarte). — Notas á las Observaciones sobre el juicio de *la Mojigata.* — De Osian y de una nueva traducción española de sus poesías. — *La Inocencia perdida* de Reynoso. — *El Reconciliador*, comedia traducida de Demoustier.

Tomo IV. — *Principios de elocuencia* por el Cardenal Mauri. — Sobre la Rima y el Verso suelto (dos artículos).

Año II. Tomo I. — *Obras póeticas* de doña María Rosa Galvez. — *Tratado de los tropos* de Dumarsais. — *Lecciones* sobre la Retórica por Hugo Blair.

X

VIDAS DE ESPAÑOLES CÉLEBRES
TOMOS 2º Y 3º.

Las cuatro biografías de personajes famosos de la historia de España publicadas en este período son trabajos de mayor esfuerzo comparadas á los últimos estudios literarios, y superiores bajo todos conceptos á las cinco primeras vidas escritas en la juventud, é impresas en el volumen de 1807; domina en éstas la intención demasiado evidente de educar é instruir, que les comunica algo de ejercicio retórico ó de libro de recreo; mientras que las otras, desarrolladas conforme á plan más extenso, están cuidadosamente construídas sobre crónicas contemporáneas y documentos á menudo inéditos.

La del condestable Don Alvaro de Luna es un cuadro completo del estado de descomposición á que llegó Castilla á mediados del siglo XV, por la debilidad de las manos en que vino á parar la autoridad real y por las turbulentas ambiciones de la nobleza, únicos poderes en que residía suficiente fuerza material y moral, y cuya decadencia anunciaba la posibilidad de la transformación que, bajo los Reyes Católicos, inauguraría brillantemente en España la edad moderna. Lástima es solamente que aparezcan á cada instante en la narración el nombre del supuesto físico del rey Don Juan y su falso epistolario llamado el *Centón*, pues aunque fué Quintana, como ya advertimos, el primero en dudar de la autenticidad de ese imaginario documento, y aunque se precave tomando la determinación de echarlo á un lado y atenerse á la *Crónica* del reinado en todos los casos en que observe alguna discrepancia entre ambos documentos, hay transcritos multitud de de-

talles, probablemente inexactos, por no tener más garantía que la del Bachiller de Cibdáreal; muchas frases aparecen textualmente copiadas de las cartas; y todo ello únicamente sirve hoy para desfigurar, y aun desvirtuar, la puntual y elegante narración. El *Centón,* que él hizo poner en cuarentena desde que denunció el error de mucha cuenta que aparecía cometiendo el autor de las cartas en la relación de la muerte del Condestable, error en que un testigo presencial no podía caer, está ya completamente desacreditado y tenido por apócrifo, merced al examen filológico á que lo sometió el señor R. J. Cuervo en la introducción de su gran repertorio alfabético de Sintaxis Castellana.

Las tres vidas del descubridor del Océano Pacífico, del conquistador del imperio del Perú y del protector de los Indios, retienen todavía, aparte de su mérito literario, el mismo valor que en la época de su publicación.

Sobre Vasco Núñez de Balboa no hay trabajo posterior que se le pueda comparar, y al cabo de más de sesenta años es siempre autoridad reconocida, y única biografía del personaje, ni ligeramente oscurecida siquiera por Irving en sus *Compañeros de Colón*. No es decir que sea ya historia concebida ó ejecutada á la moderna, pero tampoco es imitación tardía de Plutarco ó Cornelio Nepote; por algunos lugares parece sentirse algo que se aproxima al estudio directo del testimonio contemporáneo, á la ansiedad por el documento inédito, original; ya no abundan tanto, como era usual hasta entonces, las oraciones imaginarias, las arengas atribuídas á los personajes; y estas mismas, cuando ocurren, no son ya tan anacrónicas, tan fantásticas como en Mariana ó en Solís. Encuéntranse más de lo necesario, sin embargo; al llegar, por ejemplo, al suceso más saliente de la vida de Balboa, el descubrimiento y toma solemne de posesión de « la mar del Sur », causa pena

ver perdida la impresión de sobriedad y concentrada energía que deja la narración, á causa del pequeño discurso puesto en boca del héroe, inútil y débil en medio de la riqueza de detalles que poseemos de esa célebre escena, conforme á las actas y diligencias de escribano allí mismo redactadas, que Oviedo inserta textualmente, y que Quintana extracta en un apéndice, despues de haberlas aprovechado atinadamente.

Los descubrimientos de Pizarro suceden inmediatamente á los de Balboa en el orden de fechas, y con la vida del destructor de los Incas el interés aumenta en la misma proporción en que se agrandan los sucesos. De esta biografía de Francisco Pizarro se dice, en la obra más reciente y erudita sobre historia general de América[1], que es « sin comparación lo mejor que existe, tanto por el mérito literario

1. Narrative and critical history of America, *edited by* Justin Winsor, vol. 2°, pag. 567.

como por la conciencia de las investigaciones ». La materia aquí ofrece recursos abundantes, que ayudan y llevan al escritor en su tarea ; pero Quintana, firmemente mantenido por su imparcialidad natural, su inalterable serenidad de juez, ni un instante se extravía, y evita aun mejor que Prescott abusar de su asunto, caer en declamación, exagerar los lados maravillosos de la empresa.

No se sabía en su época la mayor parte de lo que hoy está en el dominio común (aunque bien incompleto todavía) sobre la civilización peruana anterior á la conquista[1] gracias á los trabajos de Squier, de Wiener, á las excavaciones en la necrópolis de Ancón, etc., etc., y apenas le era dado por consiguiente presentar á su verdadera luz la caída del imperio de los Incas, esa catástrofe perpetuamente lamentable de la obra de tantos siglos, de-

1. Véase sobre este punto la erudita carta del Sr. R. M. Merchan á Don Juan Valera. Bogotá, 1889 ; publicada también en La España Moderna, Madrid, 1890.

rrumbada y en un día aniquilada; perdida para siempre en súbito desastre la ocasión única de salvarla, mejorarla, fecundarla al contacto de los elementos poderosos que representaban los inesperados invasores, de atajar en fin la espantosa barbarie que sobrevino, en que todo cuanto se había logrado se hundió y desapareció, sin dejar casi vestigio, como envuelto en una convulsión geológica. Esa manera de considerar el asunto no estaba sin embargo muy lejos del ánimo del historiador, cuando escribía que la « turbación de « aquel concierto de leyes divinas y huma- « nas llenaba de tristeza el corazón de « todos los hombres de bien », así como al agregar después que, muerto el Inca Atahualpa, « ninguna provincia se enten- « dió con otra, ni apenas hombre con « hombre, y falseada la clave de la cú- « pula que mantenía el edificio, todo él « con espantosa ruina vino al suelo [1] ».

1. Rivadeneyra, XIX, 332, 2ª columna.

Mucho es haber dicho tanto; suficiente para demostrar que no estaba la pluma en manos de un simple compilador, sino en las de un historiador artista, que en época más propicia, con más libertad y otros estímulos, hubiera realizado en mejores condiciones literarias lo que antes Muñoz intentó y no pudo ejecutar por la hostilidad de los que, á la muerte de Carlos III, disponían de las oficinas y los archivos donde se custodiaban los documentos. Condenado á tropezar contra las mismas ó peores dificultades, pudo al menos disfrutar la colección de manuscritos preciosos que de Muñoz pasó á manos de su amigo Uguina[1].

El Padre Casas es especie muy diferente de personaje, y su historia indispensablemente exige con más frecuencia la controversia que la narración. En ella se engolfó Quintana denodadamente, y seguro como

1. Ibid. Nota final del Apéndice á la vida de Pizarro, pág. 503.

estaba de sí mismo, de su respeto á la verdad y justicia, de su intrépida resolución de buscarla y proclamarla en todas circunstancias, ofreció con efecto por medio de la Vida del célebre fraile dominicano ejemplo de imparcialidad, superior aún á los muchos que tenía dados. Inspírale ese « insigne varón » la admiración más viva, y aunque no hayan faltado quienes piensen que fué demasiado lejos en esa dirección, se nos figura que basta á probar lo contrario la página[1] en que se ocupa del terrible, del famosísimo papel que en 1552 publicó el apóstol en Sevilla, con el título de *Brevíssima relacion de la destruycion de las Indias: colegida por el Obispo Don Fray Bartolomé de las Casas, ó Casaus, de la orden de Santo Domingo.* Llámalo el error más grande, en lo político y en lo literario, de la carrera del ilustre prelado, porque ninguna causa por buena que sea debe nunca defenderse

1. Ibid., pág. 460.

« con las artes de la exageración y la fal-
« sedad ». La desaprobación del biógrafo es en este caso tanto más eficaz y más sincera cuanto que juntamente declara : « el « fondo de las cosas á que Casas se refiere « es por desgracia harto conforme á la « verdad, para no simpatizar con su ira ó « acompañarlo en sus lamentos ».

Casas fué un exaltado, un fanático de los pies á la cabeza, pulgada por pulgada, para usar la expresión del *Rey Lear* : *every inch a king ;* aplicó á la defensa y conservación de la raza india, tan feroz é inhumanamente tratada en los primeros tiempos, la misma férvida energía, la misma fiereza implacable que desplegaron los inquisidores de Tolosa contra los Albigenses, ó Torquemada y sus dominicanos contra los herejes españoles. Bien mereció por ello el traje de la orden que luego vistió, en la cual — no ciertamente por despecho — quiso profesar hacia el medio de su carrera ; pero el objeto á que consagró, según escribe Quintana, « todos

« los momentos de su vida y todas las « potencias de su alma » parecerá siempre tan grande, tan beneficioso, tan necesario en su tiempo, que es fuerza convenir con el biógrafo, al terminar, que « el mundo « todo le respeta y le admira como un « dechado de celo, de humanidad y de « virtudes ».

Estas dos Vidas últimas, del Condestable Luna y el Padre Casas, escritas en las postrimerías del reinado de Fernando VII, revelan aquí y allí, por reticencias más bien que por alusiones embozadas, el régimen bajo el cual las componía, y la posición particular del autor, que sólo sumiéndose en continua oscuridad evitaba desazones y molestias. Pero había otros sucesos más remotos, y más dolorosos también, á que sin riesgo podía aludir ; y como el recuerdo de la agresión de Capmany y los que á éste se unieron en 1811 era siempre una de las grandes amarguras de su existencia, es fácil reconocer la alusión que envuelven las siguientes pala-

bras, empleadas al mencionar el ataque violento del franciscano Motolinia contra Casas: — « esta clase de desvaríos, al « paso que sirven á pintar la índole del « corazón humano y las costumbres del « tiempo, podrán también servir de con- « suelo á los que, sin el mérito y sin las « virtudes de Casas, se vean atacados tan « indignamente como él [1]. »

No bastan á dar idea cabal de las cualidades literarias de la obra unas cuantas frases intercaladas en el curso de este breve análisis; hacerles cumplida justicia requiriría más espacio. El estilo igual, reposado, abundante, no tan animado como hubiera podido esperarse de poeta tan verdadero, se mantiene constantemente lleno de nervio y de vigor, y es en suma bello ejemplo de prosa castellana [2].

1. Rivadeneyra, XIX, página 474, primera columna.

2. Juzgando Larra el tercer tomo de las *Vidas* elogia su estilo conciso y fluido, su lenguaje castizo y correcto, (*Obras completas de* Figaro, ed. de París, tomo I, 131). Don L. A. de Cueto, en el discurso de entrada en la Academia, encuentra la dicción no siempre igualmente

Si no conserva mucho de la grandilocuencia de sus versos, se recomienda en cambio por su elegancia sostenida; la pluma corre libremente sin subordinarse á nada que no brote de la naturaleza del asunto, sin empeñarse buscando, como otros escritores, excelentes por lo demás, la imitación de modelos antiguos, Tácito ó Salustio ó Tito Livio. Las historias de Quintana se aproximan más bien, en cuanto á la disposición general, carácter de la narración y tendencias filosóficas, á las obras del mismo género ó de género parecido, publicadas durante el siglo XVIII, en los países que iban á la cabeza de la civilización entonces; á Hume, al

limpia y acendrada, y después dice que Quintana « no sabe sostener siempre la unidad *limpia* y tersa del lenguaje. » En cambio Alcalá Galiano, respondiéndole, habla de la dicción del señor Cueto como correcta y, *en cuanto cabe en los dias presentes*, asimismo castiza.

Ya lo indicamos en otro lugar, y lo repetimos ahora: nada más vago y más cómodo, para elogiar ó para vituperar, en cuestiones de lenguaje, que calificativos de esa laya: limpio, acendrado, terso, castizo, etc., etc., y de los cuales se abusa hasta la saciedad.

Voltaire de la vida de Carlos XII; y de cuando en cuando, por rasgos esparcidos, por algunas reflexiones penetrantes que iluminan ciertos párrafos, al gran escritor francés á quien llamó, en una ocasión solemne, el inmortal Montesquieu, padre del espíritu filosófico del siglo[1].

1. Nota 2ª al Discurso en la instalación de la Universidad. Rivadeneyra, XIX, pág. 198.

XI

DESPUÉS DE 1833. — CORONACIÓN EN 1855. — FALLECIMIENTO.

Cuando murió al cabo Fernando VII en Setiembre de 1833, y se fundó nuevo orden de cosas con el nombre de la hija casi en la cuna llamada á sucederle, y bajo los auspicios de la libertad, llegó igualmente para Quintana la hora de recoger de alguna manera el premio de toda una vida consagrada al estudio, al trabajo, al culto incesante de virtudes públicas y privadas. Tenía ya más de sesenta y un años; nadie empero pareció muy ansioso en los primeros momentos de compensarle el tiempo perdido y las penas sufridas. Para él de pronto no hubo, como para

tantos otros, ascenso inmediato al cambiar la escena política, y su galardón no pasó de ser repuesto en el empleo que desempeñaba, no en 1823, sino veinte años antes, cuando en 1814 lo atropellaron y encarcelaron : la secretaría de la Interpretación de lenguas conferida en Cádiz por la Regencia.

Otro desengaño más mortificante le aguardaba. Desempeñaba él entonces á título de interino la secretaría de la Academia de la lengua, y deseaba mucho obtener la propiedad perpetua, á causa de ciertas ventajas materiales de alojamiento etc. que traía aparejadas. En su lugar fué escogido Martínez de la Rosa, quien por lo mismo de representar mayor categoría, pues desde 1822 había sido primer Ministro de Estado, estaba menos llamado á cargo relativamente tan secundario, y para el que además, á todas luces, era menos idóneo que Quintana. El desaire le dolió tan vivamente que por razón de él únicamente, según cuenta el Marqués de

Molins [1], se abstuvo de allí en adelante de concurrir á las sesiones; y quiso que durasen los efectos aun más allá de la tumba, confiando por su testamento el encargo de guardar la corona de oro y la bandeja de plata que la nación y la soberana le regalaron, no á la corporación de que era miembro, sino á la Academia de la historia, de la cual (aunque parezca extraño) nunca formó parte [2]. A la Española no legó más que un ejemplar en tafilete de la obra de Lord Holland sobre Lope de Vega, y espero (dijo en el testamento) que el ilustre Cuerpo aceptará gustoso este legado, « no por « consideración á mí, sino por el alto « aprecio de los nombres insignes consig-

1. Bretón de los Herreros, página 190.

2. Molins no lo dice; pero basta consultar el tomo 8°, de las Memorias de la Real Academia de la Historia donde se halla el Catálogo de los socios en 1852, así como la página XIII del tomo 9°, donde están los fallecidos hasta 1879, para no quedar duda acerca del particular. La corona fué recibida por la Academia en junta pública el 26 de Abril del mismo año de 1857.

« nados en él ». Hasta el fin, pues, afectaba dudar de la consideración de la Academia hacia su persona [1], prueba sin duda de que sus iras, á despecho de los años transcurridos, no amainaban.

Era miembro también, desde 1814, de la Academia de bellas artes de San Fernando, y á ésta legó por la misma cláusula el busto hecho por Monasterio de su maestro y amigo el insigne Jovellanos, « el grande y virtuoso Jovellanos », que dijo en otra ocasión [2].

No todos empero habían de ser fracasos y desaguisados, y después de episodio tan penoso para él fueron por fin los demasiado merecidos honores viniendo poco á poco. Varias veces, y según las diversas

1. El ejemplar de la obra es de la primera edición en un volumen, 1806 (véase antes, pág. 145 de este ensayo). Se halla en la Biblioteca de la Academia, y en la hoja blanca de la anteportada tiene una nota manuscrita, toda de letra de Bretón de los Herreros, secretario perpetuo en la fecha, y que contiene la cláusula del testamento en virtud de la cual pasó á propiedad de la Academia. Está firmada y fechada el 13 de Junio de 1857.

2. Obras inéditas, pág. 202, nota.

constituciones vigentes, tocóle ser ó Prócer del reino, ó Senador vitalicio, nombres diferentes de cosas idénticas; en 1836 le devolvieron el cargo, desde 1821 recibido y desempeñado, de Presidente de la dirección de estudios, ó Consejo de instrucción pública, el cual conservó por el resto de sus días, más bien como un honor desde su jubilación en 1851, pero por disposición especial del gobierno; era por de contado un empleo de importancia puramente « burocrática », oficinesca, que por sí solo no daba influencia real, ni permitía aplicar ideas propias á la educación general del país. Al instalarse otra vez en el poder en 1840 el partido político que *mutatis mutandis* equivalía al liberal de las Cortes de Cádiz, fué nombrado Ayo instructor de la reina, entonces de diez años de edad, y con ese carácter siguió hasta que al caer el partido juzgó su deber el renunciarlo. Así continuó lleno de años, de bien ganada estimación general, tranquilo y feliz, aunque arrinconado; nunca

había tenido hijos de su matrimonio con una hermosa señora de Zaragoza, de quien quedó viudo en 1820[1]; vivía muy modestamente del sueldo de empleado, mas firme y animoso como siempre, y rodeado de amigos fieles que acudían á su casa á acompañarlo todas las noches.

En ese período redactó á veces, como antes de 1814, manifiestos del gobierno y otros documentos, cuyos títulos ú objetos sería inútil ir á brujulear en los periódicos oficiales. Al morir Lord Holland en Diciembre de 1840 envió á la *Gaceta de Madrid* un notable y sentido artículo, coleccionado en las *Obras inéditas*.

El aislamiento silencioso en que vivió todo ese tiempo, conservándose también apartado de la marcha general de los su-

1. Es de notarse que en la Memoria sobre su prisión en 1814, al hablar de la tristeza que lo dominaba en los primeros momentos de su encierro, diga: « Acordábame de mi anciano padre, de mis hermanos y de mis amigos » y no mencione á la mujer, la cual no murió hasta 1820, como decimos en el texto siguiendo la biografía que precede á las Obras inéditas.

cesos, del movimiento literario de su propio país, sin escribir, sin producir nada que de algún modo renovase ante el público alguna faz de su talento, es la confirmación definitiva del rasgo, saliente por sí mismo, que ha de ser siempre el esencial en todo estudio acerca de su vida y escritos, conforme al cual aparecerá perennemente, en las letras y en la filosofía, como un hombre del siglo XVIII.

Del modo más irrecusable igualmente lo declara el volumen póstumo publicado por sus herederos en 1872, en el que, fuera de versos fugitivos trazados por galantería en el álbum de algunas señoras, nada importante se encuentra compuesto en sus últimos veinte y cinco años. El fragmento de biografía del Duque de Alba, que allí aparece, quedó interrumpido muy en los comienzos de la narración, probablemente por cansancio, por falta de aliento y estímulo, no porque anduviese inútilmente, como creía el prologuista, en busca de pruebas de una intercesión

fantástica é inverosímil del famoso Capitán general de los Países Bajos en favor de los dos Condes ajusticiados en Bruselas.

Durante la revolución literaria que, bajo el nombre de romanticismo, transformó tantas cosas en España del año 1833 en adelante, se mantuvo completamente neutral, sin mostrar por ella siquiera moderada simpatía, aunque supo siempre, merced á su dignidad y nobleza ingénitas, abstenerse de la ostentación de mal humor, de la agria hostilidad con que, en las mismas ó semejantes ocasiones, otros ancianos respetables han tratado los cambios y reformas iniciados ó realizados por los que les han sucedido en el aprecio y admiración del público.

Cuando en 1854 volvieron Espartero y sus amigos al poder, á consecuencia de breve guerra civil iniciada por varios generales con O'Donnell á la cabeza, se formuló por los jóvenes redactores del diario *La Iberia,* que llevaba la bandera

del partido, en un extenso artículo muy declamatorio, pero muy entusiasta, suscrito nominalmente á manera de manifiesto político por toda la redacción, la idea de ir á buscar « en el rincón de su hogar doméstico » al poeta, « monumento viviente de nuestras glorias nacionales » y ofrecerle públicamente « el premio de- « bido á sus grandes servicios », sin esperar á que la muerte lo prive de ser « testigo y partícipe del triunfo que la « historia le tributará algún día ». — « Acabamos » (dijeron por último esos fogosos tribunos revolucionarios) « de ha- « cer una revolución por la libertad y la « patria ; ¿ qué medio más noble de con- « sumar y legitimar esa revolución glo- « riosa que consagrar la patria y la « libertad en su más antiguo y predilecto « hijo[1] ? ». Organizaron en seguida una comisión compuesta de los directores de

1. Artículo del 14 de Setiembre de 1854, insertado en el folleto CORONACIÓN DEL EMINENTE POETA, etc. Madrid, 1855.

siete periódicos políticos, acordaron que la fiesta consistiría en una coronación pública, y abrieron listas de suscripción. La juventud progresista respondió llena de ardor; el sexo femenino, representado por aplaudidas poetisas, se asoció con fervoroso entusiasmo, Gertrudis Gómez de Avellaneda ofreciendo espontáneamente versos para la ceremonia, Carolina Coronado pidiendo venia para agregar una hoja á la corona de oro, con el nombre de su hija mayor, que el gran poeta había llevado á la pila del bautismo. El general Espartero contestó: « Con mi dinero y con mi persona para todo lo que redunde en honra y gloria de nuestro insigne vate. » La Reina, diciendo que lo honraba, no sólo como á su maestro y ayo, sino como al ingenio más grande del país, ofreció costear la bandeja de plata para colocar la corona.

La ceremonia se verificó el domingo 25 de Marzo de 1855. Espartero, primer ministro, el Alcalde de Madrid, y Martínez de la Rosa, director de la Academia espa-

ñola[1], fueron á casa del poeta á buscarlo, y en un coche real conducirlo al palacio del Senado. Allí leyo Calvo Asensio, el redactor de *La Iberia* que había dado el primer impulso á ese movimiento, un discurso henchido de los más nobles sentimientos, empinado y altisonante, como el artículo iniciador de la fiesta. El ilustre anciano de ochenta y tres años se acercó entonces lentamente al trono, apoyado á ambos lados por Martínez de la Rosa y el general Infante, y la Soberana, declarando asociarse al homenaje como discípula y como reina, le ciñó la corona; el agraciado correspondió con la oración bellísima, de que ya hemos citado alguna

1. Bien se ve por este detalle que, á pesar de la pasajera rivalidad en el asunto de la secretaría, continuó el culto poeta granadino profesando á Quintana la antigua consideración, de que había dado temprana muestra cuando en 1811, á los veinte y tres años de edad, salió á la palestra en su defensa, durante las cuestiones con Capmany, por medio de un escrito *Carta de un maestro de escuela de Polopos*... Polopos, según Alcalá Galiano (*Memorias*, tomo I, página 291), era un lugar chico de las Alpujarras.

frase, y copiamos ahora íntegro el párrafo siguiente:

« Medio siglo va á hacer que, por estos « mismos días, se alzó en Madrid el pen- « dón de la libertad y de la independencia « española. Entonces fué cuando se em- « pezaron á fundar los cimientos de ese « trono constitucional en que Vuestra « Majestad está sentada. Desde entonces « pudieron los españoles decir que te- « nían patria. Yo, Señora, soy de los escri- « tores que hoy viven el único tal vez « que asistió á aquel grande movimiento. « Yo, que había invocado á mi patria con « los más fervientes deseos cuando no « existía, la saludé con himnos de gozo y « de entusiasmo cuando la ví aparecer. « Yo la he seguido constantemente en « todas las vicisitudes de su fortuna, « cayéndome con ella, levantándome con « ella, consagrándola todos los esfuerzos « de mi actividad, todas las potencias de « mi alma.

« Quizá el recuerdo de aquellos glorio-

« sos días ha dado origen ahora á la solem-
« nidad presente[1]. »

En un cuaderno impreso con hermosos tipos y buen papel, que lleva al frente el retrato laureado del poeta, medianamente litografiado, con el título « Corona-
« ción del eminente poeta D. Manuel
« José Quintana celebrada en Madrid á
« 25 de Marzo de 1855 », se trazó la historia detallada de los preparativos de la fiesta y se insertaron las composiciones en verso á ella dedicadas, la primera de las cuales, que ofrecía la originalidad de llevar entretejidos muchos versos sueltos de Quintana, fué leída allí mismo por la Avellaneda, su autora. Al pie de las otras no aparecen más nombres de poetas ya célebres que los de García Gutiérrez y Hartzenbusch, junto con los de otros que pronto lo serían, como López de Ayala y Núñez de Arce. La isla de Cuba tuvo el honor de contribuír, además de la Avella-

1. Obras inéditas (Biografía, pag. xxxii).

neda, con otro también de sus hijos, Francisco Orgaz. De todas esas composiciones ninguna vale lo que el pequeño discurso de Quintana, que por cierto no está en el cuaderno; por su sobriedad, su elegancia, su expresiva concisión es como una buena poesía, la última de sus odas, el canto del cisne diríamos, si la frase no estuviese tan gastada por el uso.

A pesar de la insólita ovación, la posición personal del héroe en nada había cambiado, y escaso hasta el fin de bienes materiales de fortuna necesitó pedir prestada, según el sobrino de su mismo nombre y apellido, autor de la interesante biografía que contiene el tomo de las *Obras inéditas,* el dinero para costear el traje de etiqueta con que asistió al acto de su triunfo. Celebrado éste, volvió á su casa, y no salió á la calle más que una sola vez en los dos años de vida que le quedaron. Pero si le negó la fortuna otros favores, otorgóle al menos el de condu-

cirlo en posesión completa de su inteligencia y voluntad hasta el trance final, que ocurrió el 11 de Marzo de 1857, al cumplir exactamente ochenta y cuatro años y once meses.

No era de creerse, dada su firme, resistente naturaleza, — ni hay de ello ningún serio indicio — que hubiese abandonado ó alterado en el fondo de su espíritu una sola de las opiniones filosóficas de su juventud y virilidad, opiniones nunca innecesariamente pregonadas, nunca tampoco desmentidas ; mas, circunspecto y puntual hasta lo último, ocho días antes de morir confesó y comulgó « ante una « concurrencia bastante numerosa », como quien llena el postrero de sus deberes públicos.

La muerte vino luego sin otro aviso, sin el cortejo de miserias habituales, continuación del sueño de todos los días ; despertó en la mañana de ese once de Marzo y preguntó la hora, volvió á dormirse y no despertó más. Cuando acude

en esa forma, es realmente la hermana del Amor, invocada por el otro gran poeta moderno italiano [1], la única que se apiada de los dolores humanos :

Pietosa
Tu sola al mondo dei terreni affanni !

1. Leopardi. *Amore e morte*, versos 98 y 99.

APÉNDICES

I

VERSOS JUVENILES DE QUINTANA

(Véase pág. 27.)

En una colección de versos escritos á los quince años por un futuro poeta célebre es interesante buscar, hasta donde sea posible en esa edad, la nota personal, sincera, y ésta parece naturalmente resonar al principio en los versos de amor, eróticos, como primer anuncio del Quintana de las poesías *A la hermosura, A Cin-*

tia, A Luisa Todi, etc. Las otras sobre asuntos de muy diferente género, como *A un opulento avaro, A la esperanza,* la carta de la Condesa repudiada etc., tienen demasiado el acento de ejercicios de escolar para ahora ofrecer algún interés.

De la primera clase hay dos que miradas por ese aspecto merecen todavía un poco de atención. Una es la oda II, *A Filena,* de que tomamos algunas estrofas hasta llegar á un verso: *La blanca nieve,* etc., que es acaso el mejor de toda la colección:

Ya que vuestra severa
Virtud desdeñe recibir ahora
Mi voluntad sincera,
Tened piedad, Señora,
De este rendido amante que os adora.

De este amante abrasado
Al fuego de la gracia y hermosura
Que próvida os ha dado
La admirable Natura:
Pues todo su poder en Vos apura,

Mas ay! el desden fiero
Que tiene por mi mal fortalecido
Vuestro pecho severo,
Está firme al gemido
Qual roca inmoble al viento enfurecido.

Oh! quien á gracia tanta
Aunque fuera de marmol resistiera?
Y la triste garganta
Al yugo no rindiera
Si vuestras prendas con cuidado viera?

Yo quedé enajenado
Al enredar la vista en el cabello
Para mi mal rizado:
Y al mirar aquel cuello
Que suspende y encanta en solo vello.

En vuestros ojos via
El fuego para arder las almas hecho
Y despues advertia
En lágrimas deshecho
La blanca nieve palpitar del pecho....

De la segunda citamos ya dos versos en la nota de la página 30. Hela aquí íntegra:

SILVA 1ª

A UNA GARGANTA

A tí mi vista se dirige ahora,
Garganta encantadora,
Yo atónito en tí veo
Un no se qué de gracia y hermosura,
Que enciende mi deseo.
¿ Quién es el que en tí puso
Para mi mal la celestial blancura,
Que junto á lo encarnado de la rosa,
Al amante suspende que te mira ?
Tú eres principio del nevado seno,
De ese nevado seno, donde unida
La honestidad con la virtud se anida.
Tú añades majestad y gentileza
A la tierna cabeza,
Que augustamente sobre tí sostienes.

Quiso naturaleza
Echar el resto á su poder un dia
Y el modelo formó de la belleza
En vos, Señora mía,
Sacó las perfecciones
De las mas excelentes producciones

Que en el mundo existían,
Y en sola Vos las puso: dió á la frente
Aquel albor que alegra la mañana,
A los ojos la luz abrasadora,
Con que Febo en su carro el suelo dora...
Pero hermosura tanta
Colocó en la garganta,
Que al mirarla acabada
Naturaleza atónita y pasmada
Se quedó contemplando su belleza:
El amor con extrema ligereza
Voló á verla, y al verla, enajenado:
« Aquí haré mi mansión eternamente »
Dijo de ella abrazado.

Ay! si Amor y Natura
Admiran la hermosura
De esa garganta bella,
¿Qué hará un amante al vella?
Ya mis ojos ardientes se extravían,
Ya miran cual se enciende y cual se agita
La rosada cerviz, luego reparan
Entre los lazos y delgadas gasas,
Como palpita el delicado pecho.
Alzo despues la vista, y la garganta
Otra vez me suspende y enajena:
Yo al mirarla no puedo contenerme.

No puedo contenerme, y á mí mismo
Me digo enardecido : « Si á aquel cuello
Abrazado te vieras,
Enajenado Anfriso ¿qué te hicieras ? »

No debe olvidarse que estos versos son realmente juveniles, sin ninguna especie de corrección, tales como se imprimieron cuando el autor tenía diez y seis años.

II

TROZOS NO INCLUÍDOS EN LAS *OBRAS COMPLETAS*

Nos ha parecido también interesante reunir y reproducir aquí, por orden de fechas, las dedicatorias y advertencias puestas por Quintana en varias de sus obras, á que hemos aludido en diversos lugares de nuestro trabajo, y que no han sido coleccionadas, ni en las OBRAS COMPLETAS de la *Biblioteca* de Rivadeneyra, ni en las INÉDITAS publicadas en 1872, donde se insertaron sin embargo trabajos impresos anteriormente. En todas esas notas preliminares se encuentran datos personales, rasgos biográficos, que importará siempre conocer.

ADVERTENCIA

al frente de El Duque de Viseo, edición de 1801.

El asunto de esta Tragedia está sacado de un Drama Inglés titulado *el Espectro del Castillo*, escrito por Mr. G. Lewis, y representado en Londres con un aplauso extraordinario. Los nombres de los personajes, el país y la época de la acción son diversos; pero los supuestos en que se funda la fábula, los caracteres más distinguidos, y algunos trozos son enteramente los mismos en la obra inglesa que en la española.

Esta conformidad, sin embargo, no bastaba para completar una Tragedia: los que deseen averiguar hasta qué punto se ha separado de su modelo el Autor del Duque de Viseo pueden consultar el núm. 61 de la Biblioteca

Británica, donde se halla un juicioso y extenso análisis de aquel Drama. Allí verán que en él igualmente que en la Tragedia se trata de pintar las agonías de un malvado, que ardiendo en una pasión incestuosa, por la mujer de su hermano, y habiendo asesinado á los dos, sus remordimientos le sitian en todas partes, y la imagen de sus delitos le martiriza hasta en sueños. Enamorado después de una hija de las dos víctimas, la llama á su castillo, la quiere primero seducir con la ostentación de sus riquezas, y al fin atropellar con la violencia. Ella después de haber encontrado á su padre, á quien un criado del opresor había salvado la vida, es libertada por su amante que acude con su gente á socorrerla, y derriba el poder del tirano.

Pero hallarán al mismo tiempo, que con unos mismos elementos la composición dramática es diversa. El público de Londres, acostumbrado á las mayores extravagancias en las obras sublimes y desatinadas del extraordinario Shakespeare, ha perdonado á Lewis, ó por mejor decir ha aplaudido en él la mez-

cla absurda de las bellezas más trágicas y teatrales con las bufonadas más groseras; la verosimilitud y decencia corrompidas con apariciones y juegos de teatro pueriles; y la verdad y naturalidad de los diálogos rotos con una música inoportuna: este conjunto de incoherencias ha dado lugar á que se diga que *El Espectro del Castillo* es un drama lírico-tragi-cómico con algunas puntas de farsa.

Era, pues, forzoso abandonarlas tratando de hacer una obra regular: y por lo mismo dar otra marcha á la acción, ponerla en movimiento por otros medios, y alterar algunos caracteres que, ó no están bastante bien desenvueltos en la obra inglesa, ó no se presentan con la nobleza y dignidad correspondiente.

Pero si en mi concepto la razón y el buen gusto exigían estas mudanzas, no por eso creo mi obra superior al ejemplar que he tenido delante para hacerla: la energía y novedad que ha sabido dar Lewis á los dos personajes de Osmundo y Asán, y el sublime horror con que está pintado el sueño son bellezas admi-

rables dignas de un talento superior; y yo me creería bastante pagado de mi trabajo si ellas no desmereciesen en él.

Para que nadie me atribuya aciertos que no son míos, ni impute al escritor inglés trivialidades que sólo serán hijas de mi incapacidad ó inexperiencia, he traducido literalmente y reunido en un apéndice después de la tragedia todos los rasgos y trozos que exactamente he sacado del drama; y así los lectores podrón juzgar con todo conocimiento de mis imitaciones.

En cuanto al mérito absoluto de la tragedia, considerada en sí misma, y sin relación á su modelo, el público solo es á quien toca juzgar de él. El conocimiento que su autor tiene de la grande dificultad del arte; la circunstancia de ser el primer paso que da en él, y la poca afición que hay comúnmente en España al género trágico, por causas de que sería importuno hablar ahora, pero que todas contribuyen á hacer más escabroso este camino, podrían tal vez ser motivos de que el Duque de Viseo hallase indulgencia en la

crítica, si la crítica pudiese tener indulgencia. Y esto se entiende en el caso de que la obra por algún aspecto sea acreedora á la atención pública; porque de lo contrario, todas estas consideraciones y plegarias, según la graciosa expresión de un escritor, no son otra cosa que *oraciones de difuntos, las cuales no los resucitan.*

ADVERTENCIA

al frente de Pelayo, edición de 1805.

Dos escritores justamente distinguidos entre nosotros han hecho ya cada uno su tragedia sobre este mismo asunto, conocidas y publicadas la una con el título de Hormesinda, y la otra con el de Munuza. El autor del Pelayo no espera ni intenta que aquellas obras se olviden por la suya ; pero reconociendo las prendas estimables y el mérito que hay en ellas, ha creído que podría tratar el mismo argumento con otro plan y diversos medios. El Pelayo pintado allí pertenece á sus autores exclusivamente ; pero el Pelayo de la historia está á la disposición de cualquier poeta. Usando pues del derecho que en todos tiempos han tenido los autores dramáticos de ejercitarse en asuntos ya manejados

por otros, ha querido el autor de esta tragedia dar por su parte al heroico restaurador de nuestra Nación y Monarquía el tributo de admiración y de alabanza que todo buen español le debe.

Alguna vez se habrá encontrado con sus predecesores, ya en los pensamientos, ya en las expresiones: inconveniente inevitable cuando se escribe sobre una materia tratada ya por otros; pero lo advierte para que no se le tache de usurpación voluntaria y silenciosa, especie de imputación á que por nada en el mundo quiere estar sujeto.

Y esto no lo dice porque se desdeñe de seguir las pisadas de otros: en su obra encontrarán los inteligentes y los aficionados á este ramo de literatura un buen número de imitaciones. En un arte tan difícil, y á los principios de la carrera, ¿quién es tan atrevido que presuma poder volar con sus propias alas sin auxilio ninguno ajeno? Apenas ha dejado ya el pincel de la tragedia personaje señalado en la historia, ni pasión ninguna fuerte, ni situación interesante que no haya

puesto en la escena: ¿quién pues aspirará á escribir una obra enteramente nueva sin exponerse á que salga extravagante en gran parte, á menos de contar con unas fuerzas y un talento extraordinario.

El autor del Pelayo no presume tanto de sí mismo; y lo más que pretende por ahora es estudiar continuamente los grandes modelos, seguir sus huellas aunque de lejos, apropiar á nuestro teatro algunos de sus primores, y esforzarse para que los cuadros en que los imita no sean absolutamente indignos de lo que recibe de ellos.

DEDICATORIA

de las Poesías, edición de 1802.

A mi amigo || Don Toribio Núñez.

A nadie con más razón que á tí deben dirigirse estos ensayos, frutos de una afición desmedida hacia la poesía, tal vez equivocada con el verdadero talento. Tú fuiste mi compañero en mis primeros estudios: tus consejos, dictados por el gusto fiño y recto que te distingue, me han sostenido y dirigido en casi todas mis tareas; y tu amistad, jamás desmentida ni debilitada, me ha acompañado en mis alegrías, consolado en mis tristezas, y mirado con indulgencia en mis errores.

El libro que te presento es muy pequeño; pero tal cual es, basta para mi reputación si tiene mérito, y sobra para mi vergüenza si

carece de él ¿ Cómo, por otra parte, podría yo aspirar á empresas más importantes, y á darles aquella perfección que solamente consiguen á fuerza de descanso y desahogo los talentos más felices ? Una complexión delicada que el trabajo agobia y destruye, una sujeción continua á ocupaciones muy ajenas de la amenidad de las Musas, son circunstancias poco favorables para cultivarlas con fruto ; y el templo de la gloria se presenta á mis ojos harto distante, y rodeado de obstáculos, para presumir que mis débiles fuerzas puedan romper por todos ellos, y llevarme hasta él.

A falta pues del interés y perfección que estas composiciones tendrían si otro las hubiese hecho, he creído que debía respetar bastante al público y á mí mismo, para no mezclar con ellos los géneros que excitan la severidad por su malignidad ó su bajeza. Estoy persuadido de que si los poetas hubieran tenido más cuenta con la dignidad de su arte, no hubieran caído en la degradación vergonzosa de que se les acusa. Ellos fueron los primeros maestros de los hombres ; y el

talento divino de pintar en verso no debió emplearse jamás sino en dar atractivos á la verdad y exaltar los ánimos al bien y á la virtud.

Pero á despecho de una profesión y destino tan sublimes, los unos sitiaron y cansaron al poder con el humo denso de las alabanzas más groseras[1]: otros se emplearon en sátiras mordaces y en trovas indecentes; y muchos, vistiendo á las Musas de bacantes, las ocuparon en escandalizar la modestia y las costumbres. ¿Qué mucho en tal caso que el sabio al ver este desorden relegase la poesía al último lugar de su estimación, ó al primero de su desprecio?

A excepción de algunos pocos versos destinados á pintar los sentimientos tiernos que ocupan á la juventud, no creo que los demás

1. De todos los abusos que se hacen del talento poético, este sin duda es el más vil. La adulación es á la alabanza lo que la hipocresía á la virtud; y yo jamás he leído sin avergonzarme esta severa expresión de un orador del siglo pasado: *Es triste para los poetas haber tenido en todos tiempos el privilegio de adular, sin advertirlo ellos, y sin que los demás se lo extrañen.*

que van en este libro sean ajenos de la gravedad más austera. Los objetos que ofrecen al público estas poesías son los afectos que nacen de la amistad, la admiración que inspiran la hermosura y los talentos, el entusiasmo que encienden los grandes espectáculos de la naturaleza, la indignación hacia toda especie de bajeza que profane la dignidad de las artes ; en fin la exaltación por la gloria y por los descubrimientos que ennoblecen la especie humana. Es verdad que hay mucha distancia de escoger bien un asunto á desempeñarle bien : sé cuán pocas son mis fuerzas para la mayor parte de los que he manejado ; pero al fin, aunque el mal gusto y la crítica literaria me condenen, el juicio y la moralidad deberán ser más indulgentes conmigo.

Mas en el caso de que estas obrillas merezcan algún aprecio, la gloria de ello pertenecerá en primer lugar á los autores que en estos últimos tiempos me han precedido en la carrera. No necesito nombrártelos : tú los conoces, y sabes de cuánto auxilio me han sido todos. Así, lejos de aspirar á la preferen-

cia, ó de querer eclipsar á nadie, me tendría por dichoso si mis versos no se contemplasen indignos de los ejemplos que ellos me han dado, y del tiempo en que se han escrito.

Tal vez pudieran esperar una acogida favorable, si fuesen recibidos de la misma manera que lo han sido ya algunos de ellos; pero conozco la diferencia de fortuna que hay ordinariamente entre las primeras tentativas de un escritor y sus empresas posteriores. Una composición suelta, un corto número de versos, no excita los celos de nadie, y por poco mérito que tenga, todo el mundo se honra en reconocerle y aplaudirle. Mas si este mismo autor antes alabado y consentido se atreve á publicar un libro, ya en tal caso la severidad de sus jueces se aumenta en la proporción misma que creció su ambición. Los artistas ven en él un rival peligroso si tiene talentos, un temerario si carece de ellos: entonces la crítica se levanta á señalar sus defectos, la envidia á exagerarlos, y la pereza orgullosa se complace en condenarle y en nivelarle consigo.

Esta es la historia de cuantos escritores ha habido : malos, medianos, buenos, excelentes, todos pasan por ella ; y sin embargo nadie escarmienta en el naufragio ajeno, y tal vez ni en el suyo propio. Es fuerza que el ansia de reputación que devora á los hombres que cultivan las letras sea bien irresistible, cuando tantos peligros y sinsabores no la amortiguan.

Paréceme, sin embargo, que los que en literatura hacen profesión de maldicientes, y aspiran por medio de sarcasmos á castigar en los autores la ambición de sobresalir, no logran jamás humillarlos tan completamente como desean. El amor propio de los que escriben se rebela contra el amor propio de los que critican ; á los malos autores consuela el ejemplo de los buenos zaheridos y mofados también como ellos ; y á los buenos el conocimiento de sus propias fuerzas, que los pone á cubierto de la rabia insensata de sus contrarios.

Bien comprendes que yo no hablo aquí de los críticos propiamente tales, como son considerados Aristóteles, Quintiliano y Longino

entre los antiguos, y otros que en los siglos modernos han seguido gloriosamente sus huellas : los cuales de la observación de la naturaleza y de la contemplación de los modelos han deducido los principios del buen gusto y de la sana crítica. Hablo de esta especie de hombres, que según la graciosa expresión de Beaumarchais, *hacen profesión de pescar lo malo en las obras de otros;* que se complacen en las heridas que presumen hacer en el amor propio de los que atacan ; y que á manera de espadachines quieren hacerse famosos á costa de ser infames.

Estos entes ridículos son los que han desacreditado las letras por la parcialidad de sus juicios, la inconstancia de sus opiniones y el descaro de sus censuras. ¡ Cuánto tiempo no han malgastado los buenos autores para responder á sus desatinados ataques ! ¡ cuántas veces irritados y fuera de sí con la injusticia han salido de los límites de moderación y dignidad que su mismo mérito les prescribía, y han escandalizado al mundo con el espectáculo de sus querellas ! Tú sabes que en nuestras

primeras lecturas al ver esta miserable degradación del talento no la podíamos comprender. Cuando la tragedia del *Cid,* ó la de *Zayra,* estaban hechas, nada tenían que añadir sus autores á los sublimes esfuerzos que les había costado su ejecución. ¿ Qué importaba después que Jorge Escuderi ó Juan Freron empeñados en desacreditarlas delirasen más ó menos ? Los aplausos del mundo aniquilaban aquella pretensión ridícula, y los dos primeros poetas de su tiempo no debieron degradarse jamás contendiendo con unos insectos viles é infelices.

¡ Oh amigo mío ! yo bien sé cuán lejos estoy de semejantes modelos ; pero sé que esta misma desigualdad me prescribe mayor moderación. Así, me he prometido á mí mismo, y lo he cumplido hasta ahora, de no entrar jamás en ninguna de estas contiendas impertinentes, en las cuales aun cuando se tenga razón, poquísimas veces se tiene juicio. Si en esta pequeña colección hubiese algún mérito, el voto de los inteligentes que estén de buena fe me consolará de lo que la malig-

nidad diga contra mí; si nada tiene de apreciable, ¿á qué añadir al yerro de hacer malos versos el de defenderlos con razones que necesariamente han de ser peores?

Adiós, mi amado Núñez: recibe con tu indulgencia y bondad acostumbrada este obsequio que te hace tu amigo; y concede á su Musa la satisfacción de salir al público llevando tu nombre en su frente.

M. J. Quintana.

Esta dedicatoria de la edición de 1802 no merece el olvido que la envuelve, por no haber sido reproducida en las otras; está escrita con elegancia y con energía, y en ella se encuentra ya al prosista vigoroso de sus mejores momentos.

Tiene también esa edición quince notas agrupadas al final, deliberadamente suprimidas por el autor en la colección de 1813 *por no parecer ya necesarias,* y que son sin embargo dignas de atención todavía. En ellas indica principalmente las

imitaciones de otros autores que ha incluído en sus versos; imitaciones de la opera *Armida* que cantaba la Luisa Todi que tanto celebra, de Racine, de Pope, de Tirteo, de la oda de Safo traducida por Boileau, un pensamiento de Klopstock, otro de Horacio, otro de Lucano, y éste, por último, de Lafontaine:

Rien ne trouble sa fin, c'est le soir d'un beau jour,

felizmente imitado en la composición *A la Duquesa de Alba* de este modo:

Al dulce obscurecer de un bello día.

En composiciones, ó posteriores, ó con posterioridad publicadas, hay igualmente algunas otras imitaciones, además de las numerosas que se observan en las tragedias, conforme á la costumbre entonces universal en esa clase de obras, y que él mismo indicó en la Advertencia al PELAYO. Entre las primeras sobresale la estrofa

conocidísima de Le Franc de Pompignan en la oda á la muerte del poeta Rousseau, estrofa que, según el abate, luego cardenal Maury, sucesor suyo en la Academia Francesa, « debía grabarse sobre su tumba como su mejor elogio ». El original dice:

Le Nil a vu sur ses rivages
De noirs habitants des déserts
Insulter par leurs cris sauvages
L'astre éclatant de l'univers.
Cris impuissants ! fureurs bizarres !
Tandis que ces monstres barbares
Poussaient d'insolentes clameurs,
Le dieu, poursuivant sa carrière,
Versait des torrents de lumière
Sur ses obscurs blasphémateurs.

En la *Epístola á Jovellanos* traduce Quintana estos versos de la siguiente manera:

Àllá en el Nilo
Suele el tostado habitador dar voces,
Y al astro hermoso en que se inflama el dia
Frenético insultar : la injuria vana

Huye á perderse en la anchurosa esfera,
Y Febo en tanto derramando lumbre
Sigue en silencio su inmortal carrera.

Dos imitaciones más pueden señalarse, indicadas ambas por el señor Menéndez y Pelayo en la conferencia de *El Ateneo* de Madrid que ya hemos citado. Una de ellas era evidente, pues Quintana mismo puso por epígrafe de la *Canción epitalámica* unos versos de Claudiano, que luego traduce é inserta al medio de la obra, movido por la semejanza casual entre lo que dice el poeta latino, y las circunstancias personales de la joven princesa venida de Nápoles á enlazarse con Fernando VII.

La otra es la estrofa de la elegía á la muerte de la Duquesa de Frías que comienza:

Granos todos de incienso....

y que es reproducción fiel y oportuna de un pensamiento de Marco Aurelio.

ADVERTENCIA

Á LAS

POESÍAS PATRIÓTICAS (1808)

(Véase pág. 69.)

Estas poesías se han escrito todas antes de la época en que nos hallamos; y alguna cuenta once años de antigüedad. Dos de ellas conoce ya el público, impresas poco ha con el título de *España libre:* y aunque también la de la Imprenta se halla entre las poesías que dió á luz el autor en 1802, las cadenas que entonces aprisionaban la verdad entre nosotros, no permitieron que se imprimiese como se había escrito; de modo que las variantes con que se publica ahora la constituyen una obra casi enteramente nueva.

Inspirados estos versos por el amor á la

gloria y á la libertad de la patria, manifiestan ya la indignación de que un pueblo fuerte y generoso sufriese el yugo más infame que hubo nunca ; ya la esperanza de sacudirle, y de que tomásemos en el orden político y civil el lugar que por nuestro carácter y circunstancias locales nos ha asignado la naturaleza ; ya en fin la desesperación de ver desvanecerse con el aspecto que tomaban las cosas públicas esta hermosa y grande perspectiva.

Nunca se confiaron al papel ; el miedo á la opresión no lo consentía ; y el autor se contentaba con recitarlos alguna vez de memoria á sus amigos en la confianza y franqueza de un festín, ó en la soledad de los campos. Ajeno de presumir, ni aun por delirio, que llegase un día en que pudiesen imprimirse, no cuidó nunca de darles aquella corrección que exige esta clase de composiciones, y correspondía á la majestad de su argumento. Trocada ya la situación de las cosas de un modo tan feliz, y convertidas en realidad las ilusiònes, el abatimiento en gloria, y la indignación en con-

tento; se han trocado enteramente los sentimientos del escritor, siéndole imposible, para limar estos versos, ponerse en la situación misma que cuando los componía. Aun así podrán tal vez ser útiles para sostener y fomentar el entusiasmo de los buenos españoles; y esta esperanza le ha animado á imprimirlos, confiando en que se condone el desaliño de la ejecución al interés patriótico de los asuntos.

Madrid 6 de Octubre de 1808.

III

POESIAS SELECTAS CASTELLANAS

La edición en cuatro volúmenes, de 1830, lleva al frente primero un prólogo, ó *Advertencia,* reproducido en la edición de París (*Baudry*), y de que ha corrido por tanto gran número de ejemplares. En cambio, no inserta esa edición de París las dedicatorias, del tomo I y del IV, por lo cual las copiamos aquí.

A

D. JUAN MELÉNDEZ VALDÉS

No dudo, amigo mío, que muchos, viéndome poner al frente de una colección de obras ajenas el nombre de Meléndez, condenen este obsequio como poco correspondiente

á los estrechos y antiguos vínculos que nos unen. V. me empezó á amar desde mi infancia, tuvo de mi educación un cuidado casi paternal, me dió las primeras lecciones de buen gusto y me inspiró hacia la poesía esta afición viva y sostenida que he conservado hasta ahora. Muy ajeno de aquella odiosa superioridad que los que vienen antes suelen comúnmente afectar con los que llegan después, V. ha sido siempre el primero á hacerse favorable ilusión sobre mis progresos, y á aplaudir con bondadosa indulgencia cualquiera paso que he dado en la carrera. La naturaleza y las circunstancias, que no favorecen á todos de un mismo modo, ni les prestan alas para poder volar igualmente, no han dejado que mis escritos correspondan á estímulos tan generosos, ni á un modelo tan cabal : pero á lo menos siempre habré debido á mi pasión por un arte tan sublime, el amor al estudio y á la sabiduría, y en el ejercicio delicado que proporciona al entendimiento las horas más deliciosas de mi vida. Tales son los beneficios con que estoy obligado á V. ;

beneficios cuya memoria es tan continua en mi coraózn como su repetición en mis labios: y si para el reconocimiento público que hago de ellos he preferido esta obra, es porque yendo unido á los rasgos inmortales de nuestros principales autores, pienso que así se extienda y perpetúe más con gloria mía.

¿Y dónde, pregunto yo á mi vez, estará mejor el nombre de Meléndez que al frente de unas poesías, que él ha sabido tan diestramente imitar, y tan frecuentemente vencer? ¿A quién dedicarse mejor las obras de nuestros líricos antiguos que al primero de los líricos modernos; al que ha dejado tantos modelos de perfección, y al que tiene, viviendo, la satisfacción de ser citado y reputado como un clásico, dentro y fuera de su país? Estos motivos ya no son particulares á mí solo; son comunes á cuantos aman y honran las Musas españolas; y todos aprobarán, creo yo, el homenaje que hago aquí, no sólo al eminente poeta, sino al hombre amable y bueno que ha sido amigo, hermano, elogiador de todos sus compañeros en el arte, y jamás

se ha mostrado detractor ó envidioso de ninguno.

Mil causas han retardado la conclusión de la colección que ahora publico, sin embargo de haber corrido algunos años desde que empecé á recoger y á ordenar las poesías que comprende. Pero deseando entregarme con más desahogo á la obra histórica que tengo empezada[1], he querido quedar enteramente desembarazado de esta otra empresa. Movióme á entrar en ella la utilidad de los que no quieren ó no pueden dar á nuestros poetas la atención prolija que se necesita, para buscar y disfrutar lo bueno que contienen. El extranjero que desea enterarse del gusto y carácter de la poesía castellana, el joven que empieza á dedicarse á ella, el aficionado que lee versos por distracción y no por estudio, las mujeres, en fin, que no atienden sino á la flor de las cosas, agrad ecern tal vez, que se les excusen

1. *Las vidas de los Españoles célebres*, cuyo primer tomo se ha publicado ya, y el segundo se está preparando para la prensa (*Así dice la nota en 1807; pero es sabido que ese segundo tomo no salió hasta 1830*).

el dispendio y la fatiga de adquirir y recorrer muchos volúmenes, para leer lo que cómodamente puede ser reducido á muy pocos.

Bien sabe V. que ninguna de las colecciones últimamente publicadas se ha dirigido á estos fines. Debemos al *Parnaso Español* el conocimiento de muchas composiciones inéditas ú olvidadas ; pero esta compilación, además de ser demasiado voluminosa, tiene el inconveniente de estar hecha sin orden ni discernimiento alguno. La que después empezó, y no acabó, don Juan Bautista Conti, ejecutada á la verdad con gusto exquisito y buena disposición, se destinó principalmente á dar á conocer á los italianos el mérito de nuestra poesía. Contentóse, pues, su autor con publicar y traducir en toscano las composiciones líricas y bucólicas más señaladas del siglo XVI, y algunas de los Argensolas : pero nada incluyó de Valbuena, de Jáuregui, de Lope, de Góngora, ni de otros igualmente célebres en nuestro Parnaso, quedando por consiguiente la colección en extremo insuficiente

y diminuta. Por último, la que lleva el nombre de don Ramón Fernandez, aunque se resiente de haber sido abandonada muy desde el principio de las manos hábiles que la empezaron, es útil, ó más bien necesaria, á los que se dedican á cultivar este ramo de nuestra literatura, porque su objeto fué la reimpresión de los mejores líricos españoles, cuyas ediciones antiguas se habían hecho muy raras; pero esto mismo manifiesta la diversidad de su uso y aplicaciones, comparada con la presente. Omito hacer mención de algunas otras que se han publicado fuera de España, porque ni por el número de las piezas que contienen, ni por su elección, ni por su disposición, ni en fin por aspecto alguno cumplen con el objeto que se proponen [1].

1. Desde el tiempo en que esto se escribía han salido á luz fuera de España diferentes colecciones, más bien hechas y á todas luces recomendables. Señálase entre todas la que con el título de *España poética* acaba de publicar en París D. Juan Bautista Maury, por la particularidad de dar en ella traducidas en versos franceses las poesías que comprende, con el intento de dar á conocer

El plan seguido en la mía es el que concilia mejor la variedad con el orden, el de los tiempos. Después de una corta muestra de la poesía castellana en el siglo XV, se empieza por Garcilaso, y se sigue por los demás poetas hasta Cadalso, dándose las composiciones cortas más generalmente estimadas de cada uno. Van enteras las muy conocidas; pero en las que no lo son tanto se ha suprimido tal cual pasaje; bien que con la mayor circunspección, y sólo cuando la decencia lo prescribía, ó lo aconsejaba la necesidad de conservar el efecto de la obra, destruído á las veces por alguna extravagancia. De estas supresiones hubiera dado razón

en Francia el gusto, carácter y mérito de nuestros poetas. Con igual objeto, respecto de la italiana, hizo años pasados la suya el conde D. Juan Bautista Conti; pero eran otras y harto mayores las dificultades con que tenía que luchar el señor Maury para salir con su empresa. Decir que las ha vencido con una destreza incomparable, y que en su obra ha hecho prueba de un talento eminente como poeta, de un gusto exquisito y delicado como crítico, y de una amenidad y cortesanía propias de un caballero, parecería aquí el lenguaje de la amistad y del agradecimiento, no siendo en todo rigor, sino el de la justicia (*Nota de la edición de 1830*).

en las observaciones críticas que pensaba poner al fin de cada tomo, donde los lectores hubieran hallado las noticias particulares á cada composición, y mi juicio sobre sus bellezas y sus defectos. Pero esto pedía por su delicadeza más tiempo y atención que la que me permitían las circunstancias actuales; y de todas las ilustraciones que me propuse al principio, sólo he podido bosquejar en la Introducción la historia de la poesía castellana, limitándola á los géneros y autores comprendidos en la obra.

Estos son en suma, amigo mío, el plan y propósito de la colección que presento á V. Bien conocí al emprenderla que en ella me aguardaban más molestia y peligro que satisfacción y gloria; pero además del provecho particular que yo sacaba de este nuevo estudio que hacía, me alentó á proseguir la esperanza de la utilidad que tal vez producirá á los demás. Ella puede contribuír á formar el gusto de la juventud, á generalizar más la afición á las artes del bien decir, harto descuidadas entre nosotros; y á atraer sobre

nuestras cosas más aprecio y estimación de parte de los extranjeros, los cuales se quejan del poco esmero que hemos tenido en allanarles los caminos de nuestra literatura.

V. fué el primero que me puso en las manos los padres de la poesía castellana ; V. me enseñó á juzgarlos sin desprecio injusto y sin fanatismo extravagante : reciba V., pues, con la bondad indulgente que acostumbra, este monumento que les levanto ; y permita que grabe al pie de él los títulos de estimación y cariño que me han unido á Meléndez.

M. J. Quintana.

15 de Octubre de 1807.

(*Tomo IV*)

A

D. JOSEF SOMOZA CARBAJAL

Esta parte de mi obra, en que se comprende

la poesía selecta castellana del siglo XVIII, á nadie con mejor título puede dirigirse que al humanista filósofo que tanto la ama y la prefiere. Yo bien conozco, amigo mío, que la modestia de V. se ofenderá de ver su nombre al frente de este volumen, y acaso me culpará de que parta con otro el obsequio hecho antes á Meléndez. Pero este gran poeta celebraría gustoso ver asociado en esta especie de honor á uno de sus más queridos y aventajados discípulos, hijo al mismo tiempo de un amigo que estimó tanto mientras vivió [1]. Yo por mi parte no he querido por esa consideración retraerme de dar á V. esta demostración pública de aprecio, de agradecimiento y de cariño. ¿En quién la emplearía yo mejor que en aquel que, en veinte y cinco años que cuenta nuestra conexión, no ha cesado de darme cada día consuelos en mis penas, socorro y alivio en mis adversidades, consejos

1. Don Ignacio Somoza, apasionado de las letras y de los artes, modelo de honradez, de cortesanía y de discreción, y cuya muerte después de treinta años lloran todavía su familia y sus amigos.

excelentes en mis dificultades y en mis dudas? Mi amistad como que se desahoga de este modo del peso de tantas obligaciones, y se complace en decir á los lectores presentes y futuros de este libro que hay en las sierras y soledades de Piedrahita un hombre que reúne al corazón más afectuoso y sensible la razón mas fuerte y despejada; que cultiva las Musas y la filosofía con ardor, y es dichoso con ellas porque las cultiva para su propia felicidad, y no para la fama; que ha sabido despreciar los empleos y los honores por no dejar su retiro, y sacrificar este retiro al servicio público cuando ha sido menester; que sabe contemplar el espectáculo sublime que la naturaleza le presenta en su soledad, y sacar de esta contemplación pensamientos grandes y profundos, sentimientos sublimes y generosos que él expresaría, si quisiera, con la energía de Osián y con la pluma pintoresca de Thomson; y en fin, que este gusto á la meditación y á la melancolía en nada altera la indulgencia y amabilidad de su carácter, y la ingeniosa festividad de su conversación, que

hacen las delicias de cuantos tienen la satisfacción de conocerle y de tratarle.

A vista de tan justos títulos y de tan poderosos motivos, nadie extrañará, creo yo, el homenaje de amistad, estimación y gratitud que tributa á V. en este lugar su amigo afectísimo.

M. J. Quintana.

Madrid 20 de Noviembre de 1829.

INDICE

I. — Quintana y las Américas. — Sus jueces en España. — Falta de una edición completa de sus obras. 7

II. — Nacimiento. — Primeros ensayos : poesías impresas en 1788. — Epístola de 1790. — Las *Reglas del Drama* y las notas de 1821. — Ingreso en la vida pública. — Versos á la paz de 1795. — Situación política. — El Príncipe de la Paz. — La filosofía del siglo y la Enciclopedia. — Influencia poética de Gessner y Thomson.. 23

III. — La Escuela de Salamanca. — Meléndez, Cienfuegos y Quintana. — La Epístola *A Andrés* de Moratín ; críticas de Hermosilla, Tineo y Capmany. 47

IV. — Clasificación general de las poesías líricas. Silvas *al Sueño* y *Despedida de la juventud.* 67

V. — La oda á *Padilla.* — Composiciones dedicadas á Meléndez y á Cienfuegos. — Oda *al mar.* — Formas diferentes de la *Invención de la Imprenta.* 79

VI. — *El Panteón del Escorial.* — *Trafalgar.* — *A Balmis.* — Las dos tragedias : *El Duque de Viseo* y *Pelayo.* 95

VII. — Trabajos en prosa de 1806. — Vida en Madrid hasta 1808. — Sucesos de ese año. — Las dos odas á *España libre*. — Residencia en Cádiz. — Prisión en 1814. — Autobiografía. 109

VIII. — De 1820 á 1828. — Discurso en la Universidad Central. — Crisis de 1823. — Cartas á lord Holland. — Romance *á Somoza* y elegía á la Duquesa de Frías. 137

IX. — Vuelta á Madrid. — Nueva edición y nuevo tomo de las *Poesías selectas*. — Trabajos de crítica en *Las Variedades*. 157

X. — *Vidas de Españoles célebres*. — Tomos segundo y tercero. 181

XI. — Después de 1833. — Coronación en 1855. — Fallecimiento. 195

APÉNDICES.

I. — Versos juveniles de Quintana. 211

II. — Trozos no incluídos en las *Obras completas*. 217

El Duque de Viseo. 218

Pelayo. 223

Poesías de 1802, dedicatoria. 226

Imitaciones en las obras de Quintana. . . 235

Advertencia á las *Poesías Patrióticas*. . . . 238

III. — *Poesías selectas castellanas*. 241

Dedicatoria á Meléndez. 241

Dedicatoria á Somoza. 249

Chartres. — Imprimerie Durand, rue Fulbert.

CHARTRES. — IMPRENTA DE DURAND.

UTL AT DOWNSVIEW
D RANGE BAY SHLF POS ITEM C
39 09 14 06 02 006 9